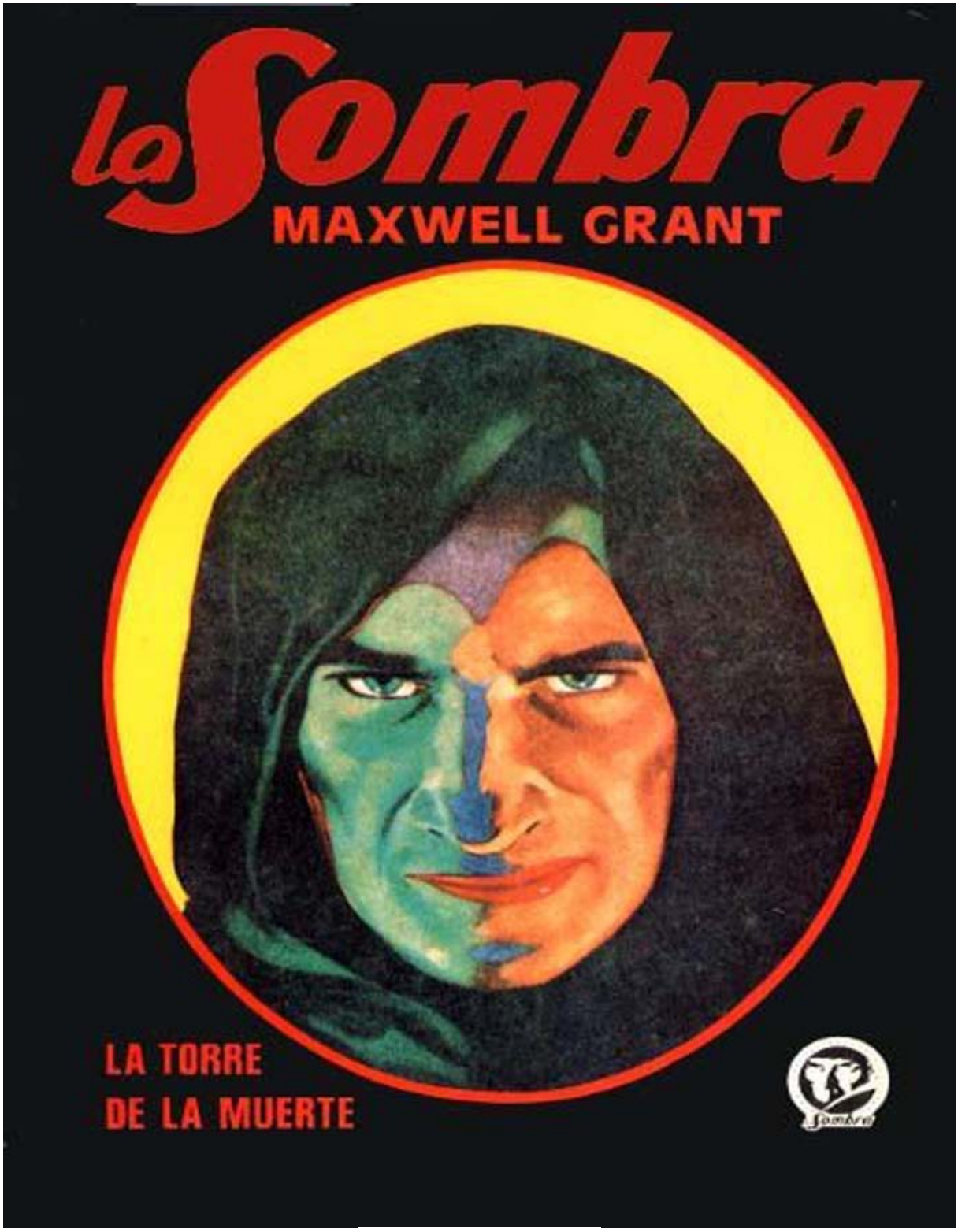
La torre de la muerte

Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
EL ZAFIRO DE PÚRPURA

El conserje de los departamentos Marimba, en la Avenida del Parque, miró con fijeza el rostro del desconocido. Y al ver al hombre dirigirse hacia la entrada, lanzó una exclamación ahogada. El aspecto del visitante tenía en verdad algo para sobresaltar a cualquiera.

Sus facciones estaban contraídas de miedo, desgarradas por el terror; sus labios temblaban, a pesar de los esfuerzos que hacía para dominarse.

Tardó más de cinco segundos en poder hablar al conserje.

-Deseo ver al doctor Palermo -dijo con voz tensa-. ¿Está... está en sus habitaciones?

-Aguarde un momento, señor -respondió el conserje-. Telefonearé preguntando. Un momento, por favor. ¿Su nombre, tiene la bondad?

-Chatham. Horacio Chatham.

No tardó más de medio minuto en recibir el conserje aviso de que el visitante podía subir; sin embargo, aun en ese breve período, Horacio Chatham mostró señales de irrefrenable nerviosidad.

Paseando de un lado a otro, abría y crispaba los puños delatando por completo su terrible impaciencia y miedo.

El conserje introdujo a Chatham en el ascensor, dando instrucciones al empleado de llevar al piso cuarenta a su pasajero.

-Siento la demora, señor -se disculpó-. Tenemos orden de hacerlo.

Horacio Chatham no replicó.

Al cerrarse la puerta, se apoyó en la pared del ascensor, luchando por serenarse. La suavidad del veloz ascensor restableció su confianza.

Cuando el empleado abrió la puerta del piso cuarenta, se asombró al ver el cambio operado en su atemorizado pasajero.

El hombre salió del ascensor con paso firme y rápido, desaparecido por completo su aire de honda preocupación.

El visitante se detuvo en la antesala de un departamento que ocupaba todo el piso cuarenta del edificio. Una puerta daba a los ascensores. Vio un nombre junto a la misma. Lo oprimió y la puerta se abrió, mediante algún mecanismo automático.

Penetró en un recibidor largo y débilmente iluminado. La puerta se cerró tras él. A la izquierda, la pared entera estaba llena de macizas librerías llenas de volúmenes encuadernados.

A la derecha, veíanse varios sillones y una mesa de escritorio.

Evidentemente era una biblioteca.

Pero antes de que Horacio Chatham tuviera tiempo de estudiar con minuciosidad el aposento, se abrió una puerta en el extremo opuesto del recibidor apareciendo la figura de un hombre alto, perfilado a la luz más brillante de una habitación contigua.

Horacio Chatham avanzó con viveza. El hombre del umbral era el dueño de la casa, el doctor Alberto Palermo.

Los dos hombres se estrecharon las manos; luego Palermo condujo o su visitante al interior y le señaló un cómodo sillón situado en un rincón del aposento. Chatham se secó el sudor de la frente al tomar asiento.

Y al levantar la cabeza vio que el doctor Palermo le observaba con ojos escrutadores.

La personalidad del doctor Palermo era tan especial que exigía una atención inmediata. Su rostro era suave y cetrino. Tenía el cabello corto y gris.

Pero eran sus ojos lo que más subyugaba, unos ojos negros y penetrantes, que parecían poseer un poderoso sentido de agudeza y observación.

Era imposible calcular su edad. Chatham sabía que contaba alrededor de cuarenta años; pero esto era todo.

Como su visitante, el doctor Palermo vestía traje de etiqueta. A excepción de sus diferencias faciales, podía haber pasado el uno por el otro.

No obstante, nadie habría confundido las facciones contraídas y preocupadas de Horacio Chatham por el firme y bien moldeado continente del doctor Palermo.

Los dos hombres se contemplaron en silencio.

En la habitación reinaba un silencio de tumba. El ruido y tumulto de las calles de la ciudad no llegaban hasta aquel departamento, situado a más de cien metros de altura sobre las aceras de Manhattan.

Sin embargo, este silencio resultaba expresivo. Al parecer, el doctor interrogaba mentalmente a su visitante, quien era incapaz de poder pronunciar una sola palabra.

Palermo no tardó en dar por terminado su estudio. Se dirigió a una mesa, abrió una puerta situada al otro lado y sacó una jarra llena de un líquido claroscuro.

Vertió parte del líquido en una copa, ofreciéndola a Horacio Chatham.

El nervioso visitante bebió de un solo trago todo el contenido. Era un licor fuerte desconocido para él.

La bebida resultó un remedio sorprendente para Chatham, pues dio la sensación de dar una nueva expresión a su rostro. Miró a su alrededor con una sonrisa apagada; de pronto se echó a reír, olvidando su nerviosidad.

Por primera vez se dio cuenta del lugar donde se hallaba. Se fijó en el doctor, devolviéndole la sonrisa, de pie en el centro del confortable aposento, con sus muebles y tapices exquisitos.

-Tome un puro-dijo Palermo con voz suave.

Ofreció una caja de legítimos habanos. Chatham tomó uno y Palermo le alargó un mechero encendido.

El doctor tomó también un cigarro y acercó un sillón al centro del aposento.

Aquella acción contribuyó a tranquilizar a Chatham.

El doctor Palermo era un hombre singular. Su nombre indicaba una ascendencia italiana, pero su nacionalidad era un misterio.

Pronunció las palabras con acento perfecto al dirigirse a su visitante.

-Unos vagos temores le han traído a usted aquí. Sin embargo, luchó contra esa preocupación que se convirtió en terror. ¿Me equivoco?

Chatham asintió.

-No tenía usted ninguna preocupación la última vez que le vi -observó Palermo-. ¿Qué le ha sucedido desde nuestra anterior entrevista?

Horacio Chatham se arrellanó en el sillón. Miró fijamente al doctor.

Había ido con el decidido propósito de hablar, pero ahora vacilaba de nuevo. El porte tranquilo del eminente médico invitaba a las confidencias.

Chatham se sacudió toda vacilación.

-Tengo mucha fe en usted, doctor -declaró-. No sólo a causa de su habilidad y de su reputación, sino debido a nuestra amistad.

El doctor Palermo hizo una reverencia y sonrió.

-No puedo confiar en ningún médico corriente - continuó Chatham -. Sé lo que tengo. Es en parte imaginación y en parte verdadero peligro. Cuando, finalmente, se me ha hecho insoportable, me he visto obligado a venir a verlo a usted.

"Aquí, lejos de todo el mundo, es el único lugar donde puedo hablar y es usted el único hombre a quien puedo confiarme.

El doctor Palermo descansaba con languidez en su sillón. No hizo ningún esfuerzo para apresurar a Chatham en su discurso. Este hecho pareció animar al visitante.

Conocía muy bien la reputación de Palermo. Como psiquiatra nadie podía compararse con él. El doctor Palermo se especializaba en el psicoanálisis.

Todo el tiempo que no dedicaba a sus consultas, lo pasaba en su laboratorio experimental, situado en el piso cuarenta.

Chatham conocía la existencia del laboratorio; Sin embargo, no entró nunca allí ni tampoco se sabía que el doctor Palermo admitiera jamás a nadie, ni siquiera a su más íntimo amigo.

-Debo relatarle toda la historia-dijo Chatham. Sus palabras ya brotaban con naturalidad-. Se remonta a hace dos meses, en la época de mis vacaciones en la Florida. Lloyd Harriman se suicidó poco antes. ¿Usted conocía a Lloyd Harriman, no es verdad, doctor?

-Sí, pero no profesionalmente. Si yo hubiese...

-Quizá no se habría suicidado -añadió Chatham.

-Es probable -murmuró Palermo.

-Pues bien, doctor, precisamente he venido a verle por eso. Estoy experimentando idéntico proceso físico y moral que Harriman sufrió.

Hizo una pausa y añadió:

-He llegado casi al borde del precipicio yo mismo. He pensado en el suicidio...

-¡Deje de pensar en ello!

-¡Pero el peligro me amenaza! Soy un eslabón de una cadena infinita. ¡Harriman no fue la primera víctima!

Hizo una pausa. Su rostro semejaba el de un hombre perseguido. Asió los brazos del sillón y miró suplicante hacia el doctor Palermo.

El doctor tenía un aspecto muy solemne; sin embargo, el mirarle tranquilizaba.

Chatham se humedeció los labios. Dio una chupada al aromático cigarro y empezó su historia. Un leve temblor de su voz delataba tan sólo su secreto temor.

-Conocí a Harriman en Florida -empezó-. Parecía estar muy enfermo y cansado. Todos sus deseos y ambiciones se reducían a beber y jugar. Me pidió dinero prestado. Perdió fuertes cantidades jugando conmigo.

"Empecé a pensar que el dinero le preocupaba, aunque se suponía que era millonario. Pero, desde luego, todos los préstamos los solicitaba en las mesas de juego, después de unas rachas de mala suerte y sólo cuando se quedaba sin un céntimo en el bolsillo.

Chatham miró al espacio, absorto en sus pensamientos.

-Una noche -continuó-. Harriman me preguntó cuánto me debía. Mencioné la cantidad de tres o cuatro mil dólares. Se echó a reír. Sacó un joyero y lo abrió. El estuche contenía un zafiro magnífico, de color purpurino oscuro. Me aseguró que valía mucho más del importe de la deuda y me preguntó si quería aceptarlo.

El doctor Palermo parecía interesarse por la historia.

-La joya me fascinó -prosiguió Chatham-. Y la acepté.

Al hacer Chatham una pausa, por el rostro del doctor Palermo se dibujó una leve expresión de sorpresa. Parpadeó un instante, imposibilitado de reprimir aquella expresión.

Su visitante no observó esto. Estaba demasiado embebido en su historia.

-Luego Harriman volvió-continuó-. Quería que le devolviese el zafiro purpurino. Ofreció darme el doble de la cantidad adeudada. Parecía estar loco, a juzgar por la manera cómo me suplicó la devolución de la maldita piedra.

-¿Se la devolvió?

-Me negué a entregársela. Entonces me explicó que el zafiro purpurino había ocasionado la ruina de todos sus poseedores. Desde que lo tenia en su poder, le persiguió la mala suerte. Habló de la maldición que pesaba sobre la joya. No quería que fuese la causa de

mi ruina, como había sido la suya. Adujo que habían atentado varias veces contra su vida, todo a causa del zafiro. ¡En una palabra, me lo dio para deshacerse de él¡.. Me reí de tales argumentos. Parecía ridículo que semejantes majaderías saliesen de un hombre de la inteligencia de Harriman. Cuando comprendió que no tenía el propósito de devolvérselo me hizo prometer que no diría a nadie que se hallaba en mi poder. Luego se marchó. No volví a verle más. Se disparó un tiro unas semanas después. Nadie supo el motivo... pero ahora... estoy de que...

Chatham se inclinó hacia delante y, en cuchicheo ronco, habló: -¡Fue a causa de la maldición del zafiro!

*****

Tan sólo los ojos firmes y serenos del doctor Palermo evitaron que Horacio perdiera el dominio de sí mismo.

Tenía el infeliz los ojos frenéticos; sus labios se contraían. Asió convulso los brazos del sillón.

-El zafiro purpurino-musitó Palermo-. Jamás he oído hablar de él. Es extraño que esta obsesión de Harriman se haya apoderado también de Usted, Chathman. Es Usted simplemente víctima de una sugestión.

Los labios del atemorizado visitante se movieron, como si probara de formular una pregunta. Pero ningún sonido brotó de aquella garganta paralizada por el miedo.

-Harriman creía que la piedra era maldita-continuó Palermo, con voz serena-. Su creencia era tan firme que Usted también se contagió. La promesa de guardar el secreto de su profesión motivó una supertensión de sus nervios, después del suicidio de Harriman. Ahora que se ha descargado del fardo pesado de un secreto, experimentará un alivio. Con unos cuantos tratamientos, puedo curarle de todo temor. Su terror no es real. Está sugestionado por la idea de un peligro vago...

-¡Es real!-La voz de Chathman fue un grito ronco-. ¡Es real!, se lo aseguro. Nunca me he sentido tranquilo desde que tomé esa piedra de manos de Harriman.

-No se preocupe.

-Me han seguido. Han entrado en mis habitaciones en mi ausencia. No los he visto nunca... pero he encontrado pruebas de que me siguen los pasos. No hace más de una semana, un automóvil siguió al mío cuando entraba en Nueva York.

"¡Esta noche, cuando entré aquí, me seguían! Cambié de taxi y logré burlarlos. ¡Todo porque poseo ese zafiro maldito

"No puedo librarme de esa maldición. Harriman murió a causa de ello...

-¿Qué ha hecho de la piedra?-interrogó Palermo.

-La escondí -cuchicheó Chatham -. ¡La escondí donde nadie pudiera encontrarla! Luego tuve miedo de que alguien me apresara y me exigiera el zafiro purpurino. En consecuencia la llevé encima y mi terror se ha centuplicado.

-¿Dónde está ahora?

Horacio Chatham titubeó. Miró con fijeza al médico. Durante un momento lucharon dos voluntades; al fin Chatham cedió. La influencia apremiante y amistosa del doctor Palermo pareció vencer sus temores y sospechas.

Lanzando un suspiro de alivio, Chatham introdujo una mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un estuche sujetándolo con fuerza a su puño crispado.

-Permítame verla.

Suavemente, como si se tratara de una criatura, el doctor Palermo quitó el estuche a Horacio Chatham.

Lo abrió y el zafiro purpurino, una joya enorme y deslumbrante, brilló con belleza fantástica a la luz suave del aposento.

-¿Se lo guardo yo?-preguntó Palermo, con voz sutil y seductora.

- ¡No! ¡No!

Chatham hizo un movimiento rápido para arrebatarle el estuche con su precioso contenido. Era preciso no apartarse de la piedra, y ya se arrepentía de haberla enseñado al doctor.

Palermo retiró la mano y detuvo al otro hombre con la mano alzada.

-Calma, Chatham-le dijo-. Recuerde que soy su amigo.

-¡Pero es mía!-exclamó Chatham-. ¡Soy yo quien debe guardarla! ¡Siempre llevaré esa maldición encima! "Harriman no murió hasta que se separó de ella. Mientras yo la lleve encima, mi vida está segura. Una vez que salga de mis manos, causará mi muerte...

-¡Cálmese! -ordenó el doctor Palerm-. Escuche, déjeme hablarle, Chatham.

- Pero...

- Yo puedo ayudarle. Puedo poner fin a sus penas y a sus temores. Reclínese en su sillón. Así, tranquilícese...

Horacio Chatham obedeció. Se reclinó en el sillón, descansando la cabeza contra los entrepaños de la pared. Observó cómo Palermo sacaba con destreza el zafiro purpurino de su estuche.

Mientras lo hacía, comentó el médico:

-Es una piedra admirable. Es extraño que sus poseedores teman su maleficio. ¡Yo no lo temería en absoluto si fuese mía!

Estas palabras tranquilizaron a Chatham. Esbozó una sonrisa leve al mirar la piedra que el doctor Palermo tenía en la mano.

Tan absorto estaba su pensamiento en ello, que en su mente no cabía otro, olvidándose de todo lo demás.

El entrepaño tras la cabeza de Horacio Chatman se deslizó en completo silencio hacia un lado, dejando una negra cavidad.

La acción fue seguida de un movimiento del doctor, que levantó el índice de la mano izquierda.

Como a su conjuro, de la cavidad surgieron dos manos gruesas y morenas, una a cada lado del sillón de Chatham.

Resonó la voz dulzona de Palermo:

-Olvidará usted sus temores, Chatham. Desaparecerán dentro de un instante. No volverán nunca más. Puedo prometerle que...

El médico siguió hablando, contemplando absorto la joya que tenía en la mano. El resplandor de sus miles de facetas parecía fascinarle.

Pero Horacio Chatham no oyó las palabras que siguieron.

Pues mientras Palermo hablaba, las manos morenas avanzando de súbito hicieron presa de la garganta de Chatham.

De los labios de la víctima escapó un ligero estertor. Intentó desesperado zafarse y apartar frenético las manos estranguladoras; pero sus esfuerzos fueron en vano.

Las manos implacables quedaron victoriosas. La presión no cedió mientras quedó un átomo de aliento.

Cuando el hombre del sillón quedó inmóvil, las manos misteriosas retrocedieron desapareciendo en la oscuridad y el entrepaño volvió a cerrarse en la pared.

El doctor Palermo continuaba hablando y su voz era ardiente y apasionada.

Hablaba a un hombre muerto en el sillón.

Se interrumpió de repente, contemplando el cadáver de Chatham, mientras sonreía. Luego se acercó a la mesa abriendo un cajón.

Después de contemplar por última vez el zafiro lo colocó dentro de su estuche y lo tiró al interior del cajón.

Se acercó al cuerpo inerte de Chatham, sacó varios artículos de sus bolsillos y los examinó.

En su rostro se dibujó una sonrisa al descubrir una entrada de teatro, que se guardó en un bolsillo del chaleco. También se apropió de su cartera, conteniendo tarjetas y varios documentos personales.

De un cajón de la mesa, sacó una caja metálica larga y plana, que puso junto al sillón donde yacía su víctima.

Luego sucedió una cosa asombrosa.

De la caja, Palermo sacó diversos artículos de maquillaje y con rapidez y precisión que demostraba larga experiencia empezó a transformarse.

Miraba atento el rostro del muerto mientras corregía defectos imperceptibles a simple vista.

Se detenía a intervalos y en un espejo de mano comparaba su rostro con el de Chatham.

La cara del misterioso doctor se transformó de una manera sorprendente.

Iba por momentos pareciéndose cada vez más a Horacio Chatham, hasta que fue imposible distinguir la menor diferencia entre el vivo y la víctima del sillón.

El único contraste era el cabello. El doctor Palermo solucionó esa discrepancia con una caja llena de pelucas. Escogió una muy semejante al pelo negro y espeso de Chatham.

Una vez colocada la peluca en la cabeza, se contempló en el espejo sonriendo con malicia al ver su perfecta obra. No podía ocultar su satisfacción.

Chasqueó los dedos dos veces. Se abrió un entrepaño en la pared y de la puerta disimulada surgió un hombre fuerte y corpulento, de piel morena.

Palermo señaló el cadáver mientras pronunciaba unas palabras en lengua extraña.

El hombre moreno colocó sus manos macizas bajo los hombros de Chatham, levantándolo en peso con la mayor facilidad. Llevó al cuerpo por el entrepaño, que se cerró tras él dejando una pared sólida.

El asesino se llevó a su víctima, sin dejar el menor rastro de la tragedia, excepto el sombrero y el abrigo que yacían sobre una silla situada en un rincón.

El doctor Palermo se puso dichas prendas. Luego se dirigió hacia un pequeño archivador y examinó las fichas hasta llegar a la letra C.

Leyó a media voz:

-Chatham, Horacio. Pasa mucho tiempo en el club Argo.

Soltó una risita y observó:

-Buen sitio para después del teatro.

Dirigiendo una última mirada al espejo, permaneció por unos instantes sumido en profunda meditación. Volviendo al archivo consultó de nuevo la ficha que llevaba el nombre de Horacio Chatham.

Examinó una lista de nombres anotados al pie de la misma y revisó con rapidez otras fichas del clasificador.

Descubrió algo que colmaba sus aspiraciones, pues olvidó por el momento el papel que representaba y su expresión se tornó muy diferente de la que jamás mostrara Horacio Chatham.

Durante breves momentos, por sus labios jugueteó una sonrisa cínica, burlona y cruel, que tan bien sentaba en la boca del doctor Palermo, pero desapareció con rapidez convirtiéndose de nuevo en el doble de Horacio Chatham.

Salió al pasillo y tocó el timbre del ascensor. Su rostro delataba honda preocupación cuando el empleado le abrió la puerta.

Una vez en el vestíbulo, llamó a un taxi, permaneciendo en la puerta hasta que el vehículo se detuvo en el bordillo de la acera.

Dirigiendo una mirada furtiva, cruzó rápido la acera y entró en el coche, partiendo al instante.

-¡Qué tipo más extraño! -comentó el empleado del ascensor, hablando con el conserje-. No resulta fácil olvidar su "estampa". ¿No es verdad?

-Estoy entrenado para recordar caras y nombres-fue la respuesta-. Lo reconoceré si vuelve otra vez, aunque se muestre más alegre. Horacio Chatham... a visitar al doctor Palermo.

El disfraz salió triunfante de la primera prueba. Ya había dos hombres que afirmarían bajo juramento que el hombre que acababa de salir de los Departamentos Marimba era Horacio Chatham.

CAPÍTULO II
EL VISITANTE DE MEDIANOCHE

- Buenas noches, señor Chatham.

Habló un obsequioso empleado de una agencia de localidades de Broadway.

Dirigía la palabra a un hombre que acababa de entrar y que se acercó a la mesa con rostro lúgubre.

El recién llegado sonrió con aire cansado.

-Buenas noches- respondió-. ¿Tiene algo bueno para mañana por la noche? Me gustaría ver "Zarpas de Gato" en el teatro de la calle Cuarenta y Siete. Es una obra divertida e interesante.

-Puedo darle una butaca de la cuarta fila, en el centro-replicó el empleado-. Pero, ¿no vio ya esa función, señor Chatham? Le vendí una entrada para ella, la semana pasada.

-Sí, la he visto ya-respondió el hombre, rápido-. Por eso se la recomendé a un amigo mío. Prometí conseguirle una entrada.

Sacando un fajo de billetes de un bolsillo, adquirió la entrada para "Zarpas de Gato". Con el cambio del billete sacó otra entrada y el dependiente sonrió al verla.

Pues vendió otra localidad para un espectáculo nocturno que se estrenaba aquella noche, a Chatman el día anterior.

El empleado acentuó su burlona sonrisa cuando el hombre vestido de etiqueta salió presuroso de la agencia.

-Extraño, ¿verdad?-observó a un compañero del mostrador-. Ese Chatham pagó una prima por una buena localidad para la función del "Embassy", esta noche. El primer acto está casi terminado y, sin embargo, viene a comprar otra entrada para la próxima función, de camino al teatro.

-Algunos no saben lo que significa entrar antes de levantar el telón-comentó el compañero.

El doctor Palermo se sonreía para sí mientras se dirigía presuroso hacia el teatro "Embassy". Había sometido a otra prueba su representación de Horacio Chatham y salió victorioso de la misma.

El dependiente de la agencia de localidades podría atestiguar la presencia de Chatham poco antes de las nueve.

Y el hombre no dejaría de recordar la particularidad de adquirir una entrada para "Zarpas de Gato" y otra localidad para una obra recién estrenada.

Al entrar en el vestíbulo del "Embassy", tuvo una nueva oportunidad de demostrar la eficacia de su falsa identidad.

Uno de los empresarios que se hallaba junto a la taquilla, reconoció al asiduo concurrente, y lo saludó con una cortés inclinación de cabeza.

Palermo devolvió el saludo y entró en el teatro. Le interesaba la representación y permaneció allí hasta que descendió el telón por última vez.

Terminada la función, llamó a un taxi y ordenó a un chófer que lo condujera al club Argo, del cual era Chatham socio y asiduo concurrente.

En la oscuridad del taxi, Palermo abandonó por el momento la personificación de su víctima. Por su cerebro poderoso y maligno cruzaba algún plan y en sus labios apareció su sonrisa peculiar.

-Diez minutos en el club-murmuró-. Será suficiente. Llamaré a Wilkinson desde allí. Seguramente estará en casa. Si no, esperaré un rato.

Cuando el taxi se detuvo delante del Club Argo, el hombre que se apeó era Horacio Chatham con todas sus características personales.

El conserje le saludó respetuoso cuando cruzó la puerta y Palermo cambió saludos de cabeza con dos miembros del club que conversaban en el vestíbulo.

Atravesó a paso lento el espacioso aposento y el salón de lectura, mirando en el espacio, como si estuviera absorto en profundos pensamientos.

Tenía la seguridad de que algunos de los amigos de Chatham le observaban; pero no debía quedarse allí demasiado tiempo para entablar conversación con alguien. En consecuencia, se dirigió a la cabina telefónica y pidió un número.

-¿El señor Wilkinson?-preguntó. Imitaba a la perfección la voz de Horacio Chatham-. ¡Ah! Me alegro de que estés en casa. Tengo necesidad de verte. Se trata de algo muy importante. ¿Cómo? ¡Sí, hombre, de acuerdo! Estoy en el club Argo. Iré a verte en seguida, Wilkinson.

Había un bar cerca de la cabina telefónica, donde vendían tabaco. Palermo observó que el empleado oyó la conversación.

Compró tres puros, de una marca que halló en un bolsillo de Chatham; después sacó una libreta de apuntes del bolsillo y simuló leer unas señas de una página.

-Seth Wilkinson, Departamentos Grampian-murmuró.

Una vez fuera del club Argo, pidió un taxi y dio las señas al conserje, quien repitió al chófer el nombre de los Departamentos Grampian.

Media hora más tarde el doctor Palermo llegaba a la residencia de Seth Wilkinson y era introducido al "living room" de un departamento lujoso.

Conocía el lugar, pues estuvo allí anteriormente, pero nunca bajo la falsa personalidad de Horacio Chatham.

El doctor Palermo contuvo una sonrisa mientras aguardaba la aparición de Wilkinson. Éste conocía a Horacio Chatham y a Alberto Palermo.

Sería una prueba definitiva y peligrosa.

Seth Wilkinson había entrada en el aposento. El saludo fue cordial; pasó la primera fase del peligro.

Palermo se levantó y estrechó manos. Luego volvió a sentarse mientras Wilkinson tomaba asiento al lado, mirándole como si esperara que iniciase la conversación.

Palermo no vaciló. Estaba tan identificado con su víctima, que el más sagaz observador no hubiera dudado de encontrarse ante Chatham.

-Wilkinson-dijo, en tono de ansia-, deseo pedirte un favor. Se trata de un amigo nuestro... el doctor Alberto Palermo...

Los ojos de Wilkinson se achicaron. Algo en su mirada penetrante obligó al médico a enmudecer por unos segundos.

Era evidente que Seth se sorprendía de saber que Chatham conocía al eminente doctor: y era también claro que no le agradaba.

-¿De manera que conoces a Palermo?

Al pronunciar estas palabras, Seth Wilkinson se levantó de su asiento y cruzando el aposento cogió una pipa que había encima de la mesa.

La cargó y miró pensativo a la pared opuesta de la habitación.

Volviéndose de repente hacia sur visitante sentado en el sillón, gruñó:

-¡Te diré lo que pienso de Palermo! ¡Si tuviese a ese embustero y fanfarrón aquí, le daría una paliza que no olvidaría jamás! ¡Puedes decírselo de mi parte, Chatham!

La amenaza de Wilkinson no era vana. Se trataba de un hombre fuerte y corpulento, con todas las características de un hábil y potente luchador.

Sin embargo, Palermo permaneció imperturbable. Bajo la eficaz protección de su falsa identidad contempló con leve sorpresa el estallido de Wilkinson.

-¡Déjame decirte quién es Palermo! - Wilkinson interrumpió su discurso lo suficiente para encender la pipa-. Es un bribón astuto que pretende ser un hombre de importancia. ¡No confiaría en él ni cinco minutos y él lo sabe!

Objetó Palermo, simulando la voz de Chatham.

-Pero tuviste confianza en él una vez. Por lo menos así lo asegura... En realidad...

-Eso fue antes de que intentara estafarme-interrumpió Wilkinson, en tono desabrido-. Es verdad, confié en él; pero una sola vez fue suficiente.

"Escucha, Chatham. Apuesto a que de todos los que conocen a Palermo -y conoce a mucha gente rica-yo soy el único que comprende su juego. Más aún: soy el único que puede darle un disgusto, y eso es precisamente lo que me propongo hacer.

-¿Por qué?

-Chatham-dijo Wilkinson, sentándose en una silla y retorciendo la pipa entre sus manos-, he guardado silencio sobre este asunto. Ignoro por qué has venido, pero nuestra vieja amistad me autoriza a decirte que estoy seguro de que Palermo trata de engañarte también. Y quiero evitarlo.

"Hace seis meses Palermo vino a verme. Me habló de unos experimentos maravillosos que practicaba en su laboratorio. Algo que revolucionaría la ciencia. Creí su historia y cuando mencionó que necesitaba treinta mil dólares, convine en dárselos. Estaba dispuesto a prestarle el dinero sin ninguna clase de garantía, pues tenía plena confianza en él.

"Pero, de pronto, pensé que además de un sabio podía ser un burlón y propuse que firmara un pagaré por esa cantidad. Intentó eludir la firma, pero cuando entré en sospechas, obró de repente de una manera muy sensata. Firmó el pagaré y tomó el dinero. Este acto desvaneció todos mis prejuicios.

-Exactamente lo que él me dijo.

-Sí-replicó Wilkinson-, pero apuesto a que no te dijo nada más, ¿no es cierto?

-No, nada más. ¿Es que la historia no termina aquí?

Wilkinson se echó a reír.

-Vi a Palermo con frecuencia después de eso. Siempre me hablaba de sus grandes experimentos, que iban dando buen resultado, pero con lentitud. Estaba preparando el terreno para conseguir algo que le interesaba; una prórroga del pagaré.

"Hace unas dos semanas vino a verme. Me enseñó unos valores de los Trenes Aéreos Consolidados y me sugirió que los aceptase como garantía en lugar de su pagaré.

"Examiné las acciones; parecían ser una excelente garantía, pero tuve un presentimiento. Le dije que esperase hasta el final del plazo de seis meses; entonces aceptaría aquellas acciones. Eso le satisfizo y se marchó.

"Pero observé algo, Chatham. Recordé la numeración de dos de aquellas acciones. Al día siguiente, practiqué una investigación y logré dar con el paradero de las acciones legítimas.

Wilkinson hizo una pausa y luego continuó:

-Eso descubrió el juego que se traía Palermo. Se figuró que teniendo yo en mi poder las acciones, le concedería a lo menos otros seis meses, pues las acciones valían mucho más del préstamo concedido. Pero ¿y si no hubiera querido pagar su deuda? No habría tenido en mi poder más que las acciones falsas.

-Quizá te equivocaste-objetó el falso Chatham.

-De ninguna manera-replicó Wilkinson-. Todavía tengo el pagaré de Palermo. Cuando llegue el día de su vencimiento, que será la semana próxima, exigiré el pago. No concederé ni un solo día de prórroga. Si Palermo no tiene dinero, lo lamentará toda su vida. -Esto parece increíble, Wilkinson-objetó el visitante-. El doctor Palermo me habló de este asunto, aunque sin mencionar su oferta de las acciones.

"Me dijo que tenías un pagaré suyo por valor de treinta mil dólares y que confiaba accederías a prorrogarlo. Entonces convine con él en que yo te daría mi pagaré en su lugar para que...

-No lo aceptaría, Chatham.

-¿Acaso mi garantía no tiene valor?

En la voz del hombre había una nota de irritación. La simulación de la voz resultó una maravilla de perfección.

-Es demasiado buena-replicó Wilkinson-. No quiero tu garantía. ¡Quiero la de Palermo!

-¿Y si no la redime?

-Eso es precisamente lo que espero.

Siguió un tenso silencio. Wilkinson sonrió al mirar a su visitante.

Sospechaba que Chatham preparaba una proposición. Acertó.

-Wilkinson -empezó el astuto médico-, lo que cuentas me ha sorprendido de verdad. Sin embargo, dudo de que tus conclusiones sean correctas. Si aciertas, es tan importante para ti como para mí; pues, como tú, yo también he confiado en el doctor Palermo. Si es un estafador... ¡me gustaría ayudarte a desenmascararlo!

-¿Cómo puedes hacerlo?

-Fingiendo seguir su plan. Dándote mi pagaré y quedándome con el de Palermo.

-Eso le dará tiempo de encontrar el dinero.

-No lo creo. ¿Sospecha que has descubierto que las acciones eran falsas?

-No. Al propietario de las legítimas le interesaba también guardar silencio.

-Muy bien. Intentará engañarme como lo hizo contigo; pero estaré alerta. Prometo avisarte en cuanto Palermo intente cosa sospechosa. Podremos cogerlo con las manos en la masa...

-¡Perfectamente! -exclamó Wilkinson.

Se levantó haciendo una seña con la mano a su visitante.

-Ven a mi estudio-invitó-. Puedes extender tu pagaré allí; y te entregaré el de Palermo. Pero no te deshagas de él, por nada del mundo.

Los dos hombres entraron en una biblioteca contigua al aposento donde se encontraban.

Seth Wilkinson abrió un cajón de su escritorio y sacó una caja metálica.

Antes de abrirla entregó un papel para que su compañero firmara un pagaré.

El doctor llenó el impreso; luego, fijándose que Wilkinson se ocupaba de arreglar la combinación para abrir la caja, sacó una tarjeta del bolsillo.

En ella se veía estampada la auténtica firma de Horacio Chatham.

Con diabólica habilidad copió la firma al pie del pagaré. Y antes de que Wilkinson se volviera hacia él, la tarjeta desapareció en lo profundo de sus bolsillos.

-La has fechado con día de mañana-comentó Wilkinson, examinando el documento que llevaba la firma de su amigo Chatham.

-No-fue la respuesta-. Han tocado las doce. La fecha es correcta.

Wilkinson no pudo reprimir una sonrisa al mirar el reloj de sobremesa. Las agujas marcaban unos minutos más de las doce.

-Toma, aquí tienes el pagaré de Palermo-dijo alargándole el papel.

-Gracias.

Wilkinson permanecía sentado ante la mesa, encima de la cual estaba la caja de seguridad. Aquella palabra le hizo dar un respingo.

Un secreto presentimiento, demoraba el guardar el nuevo pagaré.

De pronto pareció recordar la voz que pronunció aquellas palabras. Fue una noche memorable, seis meses antes, cuando entregó treinta mil dólares en efectivo al doctor Alberto Palermo.

-Gracias.

La palabra retumbó en el cerebro de Wilkinson. No fue su amigo Horacio Chatham quien la pronunció.

¡La palabra brotó de los labios del doctor Palermo! Volvió la cabeza y dirigió una mirada penetrante al hombre que en la alegría del triunfo olvidó el papel que estaba representando.

Sus ojos confirmaron la sospecha que llegó a sus oídos.

En el rostro de Horacio Chatham se veía una expresión que no era habitual.

Era la sonrisa característica del doctor, aquella sonrisa cínica y cruel, que afeaba los labios del hombre.

Seth Wilkinson no dudó más, ahora reconocía a su visitante. La imprudencia de Palermo destruía en breves segundos la ilusión de crear de manera tan hábil una identidad falsa.

-¡Palermo!

Wilkinson empezó a incorporarse al pronunciar la palabra de reconocimiento.

Tenía las manos sobre la mesa; empujaba hacia atrás un sillón. Sin embargo obraba con lentitud, como un hombre que volviera en sí de su aturdimiento.

La respuesta del aludido fue instantánea. Estuvo siempre alerta durante la entrevista, esperando que sucediera algo parecido.

Entró en acción con tal velocidad que no dio al aletargado Wilkinson la menor oportunidad de defenderse.

De debajo de su abrigo, sacó rápido un cuchillo largo y de hoja fina. Con un movimiento firme y seguro hundió el cuchillo en el cuerpo de su enemigo.

De los labios de Wilkinson brotó un grito corto; luego cayendo de lado, chocó con la mesa. Mantúvose un instante allí; después se desplomó al suelo, como una masa inerte.

La sonrisa maligna seguía dibujada en los labios de Palermo, que permanecía de pie, admirando la operación que acababa de ejecutar. Luego, con calma e indiferencia, recogió el pagaré que Wilkinson le entregó y se lo guardó en el bolsillo. Inclinándose sobre el cadáver, retiró el cuchillo envolviéndolo con sumo cuidado con un pañuelo antes de guardárselo.

Después se dirigió a la puerta, la abrió y entró en el "living-room". Su porte era tranquilo, nada delataba la nerviosidad de un criminal.

En el momento en que cerraba la puerta tras sí, apareció un hombre en el otro lado del aposento. Era el criado de Wilkinson.

La sonrisa desapareció de los labios de Palermo. Transformóse de nuevo en un perfecto doble de Horacio Chatham.

Preguntó el criado:

-¿Me llamó usted, señor? Es decir, ¿me llamó el señor Wilkinson?

-Sí-fue la respuesta serena-. Su señor deseaba que me diera usted mi sombrero y abrigo y me condujera al ascensor. Estaba ocupado, escribiendo, y no quiero molestarle más tiempo.

-Muy bien, señor.

El criado trajo el sombrero y el abrigo y ayudó a Palermo a ponérselo.

Luego lo condujo al ascensor y esperó allí hasta que el visitante se marchó.

En el vestíbulo de los Departamentos Grampian, Palermo pidió al conserje que le llamara un taxi. Representó el papel de Horacio Chatham, simulando hallarse presa de viva nerviosidad e impaciencia.

Tropezó al subir al coche y dio las señas: "Estación Gran Central" en voz lo bastante fuerte para ser oído por el conserje.

Poco después la figura de Horacio Chatham se mezcló con la multitud que deambulaba por la gran estación de Nueva York.

Desapareció hacia la entrada de la Avenida Lexington unas cuantas manzanas y luego llamó otro coche desde la oscuridad.

Cuando el vehículo se detuvo en la puerta de los Departamentos Marimba, fue el doctor Palermo, abrigo y sombrero al brazo, quien saltó a la acera.

No había ningún conserje de servicio después de media noche. El empleado del ascensor se había marchado; su turno terminaba a las doce en punto.

Por consiguiente el reemplazante que condujo al doctor al piso cuarenta no se sorprendió al ver al médico. Ignoraba que nadie vio al doctor Palermo salir del edificio aquella noche.

CAPÍTULO III
DOS HOMBRES INVESTIGAN

El asesinato de Seth Wilkinson llenó las primeras páginas de los periódicos de la mañana. Tratándose del nombre de Horacio Chatham, un hombre perteneciente a la alta sociedad y tan rico como Wilkinson, la historia del crimen presentaba doble interés para los neoyorquinos.

La policía tenía la seguridad de conocer al asesino. El problema era encontrarlo, pues desapareció como si la tierra lo hubiese tragado.

El criado de Seth Wilkinson fue sometido a un interrogatorio severísimo pero su relato no presentó la menor contradicción.

Declaró que diez minutos después de marcharse el visitante, encontró el cadáver de su amo.

Chatham fue el único que entró en el piso aquella noche. Ninguna otra persona pudo entrar o salir sin ser visto por el criado.

El conserje de la casa corroboró el testimonio. Observó la nerviosidad demostrada por Horacio Chatham al descender del piso.

Declaró que el conocido deportista tropezó al subir al taxi. Estaba seguro de que sucedía algo anormal. Cuando el criado de Wilkinson comunicó la tragedia un poco después, el conserje recordó los incidentes de la partida de Chatham.

La policía descubrió el móvil del crimen. El pagaré firmado por Horacio Chatham era suficiente prueba de que el asesinato fue motivado por alguna cuestión de intereses.

En la reconstrucción del crimen, se representó con todos los detalles la escena en la biblioteca de Wilkinson, y los periodistas la aprobaron también.

Chatham, según creencia general, dio a Wilkinson un pagaré por valor de treinta mil dólares. Quizá fue para pagar una deuda de juego, pues ambos hombres eran jugadores empedernidos.

Sea cual fuere el propósito de la operación, debió conducir a una riña súbita; y en un arrebato de cólera Horacio Chatham mató a su amigo.

Aunque la policía perdió todo rastro de Chatham después que el chófer lo dejara delante de la estación Central, tuvieron la suerte de descubrir todos sus movimientos antes de realizar el crimen.

Horacio Chatham vivía en la parte alta de la ciudad, en una vieja residencia que fue el hogar de su familia durante muchos años. Su hermana soltera y dos criadas eran los únicos ocupantes de la casa.

Declararon que salió de la casa a mediodía. Almorzó en el Club Argo, permaneció allí la mayor parte de la tarde y cenó temprano.

Fue visto en una agencia de localidades y en el teatro de la calle cuarenta y tres. Después de eso regresó al club; y se le oyó telefonear a Seth Wilkinson.

El único tiempo en que se perdía el rastro de sus movimientos era durante el intervalo entre la cena en el club y su llegada a la agencia de localidades.

Este período no se aclaró hasta la tarde del día siguiente al asesinato.

Entonces la policía recibió una llamada telefónica del doctor Alberto Palermo, de los Departamentos Marimba. El médico les informó que Horacio Chatham le visitó antes de las ocho de la noche y salió de sus habitaciones con dirección al teatro.

Un detective de la jefatura visitó al comunicante y encontró al médico dispuesto a facilitar el eslabón perdido en los movimientos de Chatham.

El doctor Palermo era un especialista de enfermedades nerviosas. Declaró que Horacio Chatham fue a consultarle.

Añadió que, aunque de costumbre no era ético que un médico revelase los secretos de su paciente, no creía hallarse bajo tal restricción en el caso de Horacio Chatham.

El conocido deportista le informó que estaba preocupado por problemas financieros pero sin mencionar la naturaleza de los mismos.

El doctor Palermo le aconsejó procurase retener su imaginación en otros asuntos de índole diferente; luego si su problema seguía atormentándole, volviese a consultarle.

Tenía la impresión de que Chatham exageraba de una manera formidable su situación económica.

No era un caso extraordinario; muchos de sus pacientes tenían problemas temporales de dinero; y sabía por experiencia, que las personas adineradas, sin una sola excepción, agrandaban sus dificultades financieras.

El detective que visitó los Departamentos Marimba también interrogó al ascensorista y al conserje. De ellos comprobó la hora casi exacta de la llegada y partida de Chatham.

Así quedó establecido de forma indiscutible que Horacio estuvo inquieto durante todo el día anterior al crimen; que estaba preocupado por asuntos de dinero; y que todo ello condujo a su encuentro con Seth Wilkinson.

La cuestión que ahora llenaba las primeras páginas de los periódicos era el paradero de Horacio Chatham después del crimen.

¿Le dio Wilkinson treinta mil dólares en dinero contante y sonante? Sabíase que la víctima guardaba tal cantidad en sus habitaciones.

Quizá la vista del dinero enloqueció a Chatham.

Sin embargo la policía no pudo descubrir el menor indicio demostrando que Chatham estuviese en un apuro financiero. Es cierto que sus negocios no marchaban muy prósperos; pero tenía cuentas corrientes en diversos Bancos por un total de bastante más de treinta mil dólares.

La solución del misterio consistía evidentemente en dar con el paradero de Chatham y conducirlo a Nueva York.

Era creencia general que huyó al Canadá. Y se transmitió un aviso a la policía de todas las ciudades canadienses.

Un hombre con treinta mil dólares en su poder podía viajar con toda clase de precauciones, para no ser descubierto; sin embargo la policía de Nueva York confiaba en que no tardaría en darse con el paradero de Chatham, pues tarde o temprano no podría seguir ocultando su identidad.

Ciertos periódicos comentaron el hecho de que ahora había tres nombres de neoyorquinos muy conocidos, complicados en casos de homicidio.

Unos dos meses antes, Lloyd Harriman se suicidó en Florida. Como Seth Wilkinson, Harriman había sido amigo de Horacio Chatham.

Un reportero entusiasta hizo una historia magnífica, y el periódico lo anunció con grandes titulares.

¿Estuvo Horacio Chatham complicado en la muerte de Lloyd Harriman?

¿Se suicidó Harriman o...?

La pregunta se detenía allí pero la inferencia era clara. Quizá Chatham mató a Harriman también. Alentado por un crimen perpetrado con éxito, en un nuevo apuro, tuvo el valor de matar a otro hombre.

Pero los periódicos se abstenían de hacer nuevas insinuaciones.

Transcurrieron tres días sin hallarse el menor rastro de Horacio Chatham.

Sin embargo, la búsqueda continuaba sin cesar de noche y de día.

Quizá las columnas de los periódicos con idénticos comentarios del asesinato de Wilkinson iban haciéndose aburridas para el público en general; pero, para un hombre eran motivo de gran interés.

Este individuo estaba sentado a su pupitre en un despacho de la calle cuarenta y ocho, con unos montones de recortes de periódicos delante suyo; Y sonreía cuando, empuñando unas enormes tijeras, iba recortando noticias sobre el crimen de las páginas de los periódicos.

Las letras que se veían en la puerta de cristales de su despacho indicaban su nombre y ocupación.

"CLYDE BURKE"
"*Oficina de Recortes de Prensa*"

Burke terminó el examen de los periódicos, reclinóse en su sillón y encendió su pipa. Parecía estar encantado de la vida.

Era un hombre de unos treinta años de edad pero sus facciones firmes y bien moldeadas indicaban una larga experiencia de la vida.

Era ligero de peso y delgado; no obstante sus ojos mostraban gran decisión, patrimonio exclusivo de los hombres audaces y resueltos.

Podía suponerse que gracias a una imaginación fértil, hallaba una válvula de desahogo de su deseo de acción formándose una teoría de los sucesos que leía mientras recortaba los periódicos.

Era evidente que iba coleccionando todos los datos y noticias relacionados con el asesinato de Wilkinson; que su espíritu agudo iba formulando opiniones firmes. En realidad permanecía tan absorto en sus pensamientos que no vio abrirse la puerta de la oficina.

Dio un respingo al darse cuenta de que había otro hombre en el despacho.

Al reconocer a su visitante, se puso en pie de un salto con una exclamación de sorpresa.

-¡Señor Clarendon!

El hombre a quien se dirigía permaneció silencioso y sonriente. No obstante, su sonrisa era tan extraña como su aspecto.

Era alto, delgado y nervioso, con hombros ligeramente encorvados. Sus manos blancas tenían dedos largos y afilados, con uñas puntiagudas.

Su rostro era pálido, semejante a una máscara.

Era la solemnidad del rostro lo que hacía a la sonrisa tan peculiar; pues como las otras facciones, parecía formar parte de un rostro cincelado.

El hombre mostraba una expresión que habría semejado a la muerte, de no ser por la extraordinaria luz que irradiaba de sus ojos profundos y penetrantes. Parecían carbones encendidos, ardientes, vivos.

Dirigió una mirada a los montones de recortes y sus ojos parecieron dar su aprobación.

-Son todos suyos, señor Clarendon -sonrió Burke -. Esperaba su aviso. Están listos para mandarlos.

-¿Ha incluido las fechas atrasadas?

-Sí. Revisé la colección de *Daily Sphere* y encontré todo lo concerniente a Harriman, así como también lo de Wilkinson y Chatham.

"No he pasado nada por alto. Lo he revisado todo con el mayor cuidado. He trabajado duro con este caso, no obstante, aun así, la paga es superior a lo que merezco.

-Olvide eso.

-No puedo olvidarlo, señor Clarendon.

Los ojos de Burke mostraban agradecimiento y admiración.

-He estado esperando verle-continuó-, con la esperanza de poder manifestarle cuán agradecido estoy por todo cuanto ha hecho por mí.

-¿Lo que he hecho por usted?

El rostro de Clarendon conservaba la misma sonrisa sin alegría.

-No es difícil comprobarlo-dijo Burke-. Al perder mi empleo, cuando el *Daily Sphere* compró al *Evening Clarion*, me encontré en una situación verdaderamente desesperada. No sabía adónde dirigirme. Yo era un buen repórter policiaco, pero existen demasiados de mi clase en Nueva York.

"Cuando usted ofreció pagarme los gastos de montar una oficina de recortes de prensa, me figuré que a duras penas me ganaría la vida. Su segunda oferta-pagarme un sueldo por facilitarle recortes que usted pudiera necesitar-representaba mucho para mí. Además tuvo la gentileza de fijar usted mismo la retribución.

"De haberlo anotado yo como cliente, habría usted recibido los mismos recortes por una décima parte de lo que me paga. No es de extrañar que le esté agradecido.

"Sin embargo, estoy nervioso e inquieto sobre el particular. Le debo más de dos mil dólares.

-¿Qué piensa hacer al respecto?

-Lo ignoro-fue la franca respuesta-. No he dado todavía con una solución aceptable.

-Burke-la voz de Jorge Clarendon era firme y expresiva-, le he pagado a usted bien, porque deseaba una cooperación inteligente. Ha cumplido usted su parte. Ésta es la segunda vez que nos entrevistamos personalmente. Deseo que me dé su opinión franca. ¿Le inspiro confianza?

-Absoluta.

-¿Trabajaría para mí, fielmente, sin hacer ninguna pregunta?

-Sí.

-¿Guardando el secreto de todos nuestros asuntos?...

-Sí.

-Entonces puedo decirle mi verdadero propósito al montarle a usted un negocio. Burke, yo soy un criminólogo. Tengo mi manera personal de combatir el crimen. Los que trabajan para mí deben obedecerme siempre implícitamente...

Burke asintió con la cabeza.

-...aunque no comprendan mis motivos.

La voz de Clarendon era firme, casi severa. Continuó:

-¡Aunque hayan de arrostrar peligros!

En el rostro de Burke apareció una expresión de júbilo. Presentía la aventura, y su espíritu, como su cuerpo, anhelaba entrar en acción.

La sonrisa continuaba en los labios de Clarendon, como si el hombre de rostro tan impenetrable como una máscara, conociese lo que pasaba por la mente de su nuevo ayudante.

Sellaban un pacto.

Desde aquel momento, el ex repórter era un ayudante de Jorge Clarendon.

Los dos hombres se contemplaron un minuto con mutua comprensión.

Clarendon rompió el silencio señalando hacia los recortes clasificados con orden encima de la mesa.

-¿Los ha leído con atención?-preguntó.

-Sí.

-¿Qué opina del caso?

-Es un asunto extraordinario-respondió Burke, dando chupadas, pensativo, a su pipa-. Lo he examinado con verdadera atención, señor Clarendon. Parece que Chatham asesinó a Wilkinson; sin embargo...

-Sin embargo se siente inclinado a rechazar lo evidente.

-Exacto.

-¿Por qué?

-Porque el móvil no me parece suficiente.

Jorge Clarendon asintió con la cabeza.

Animado, su nuevo ayudante continuó:

-Chatham poseía dinero en cuenta corriente. Sin embargo, hizo una operación de préstamo por valor de treinta mil dólares. Su pagaré de garantía fue aceptado. Wilkinson lo guardó.

"Chatham debería cancelar ese documento dentro de seis meses, no obstante mató a su amigo al instante. Es una acción necia si a su juicio el crimen era necesario; podía esperar un tiempo y buscar una coartada.

-¿Pero suponga que hubo una riña súbita?

-Eso mismo. El presunto asesino demuestra gran presencia de ánimo al encontrarse con el criado de Wilkinson, fuera de la habitación. La declaración de éste demuestra que salió tranquilamente sin el menor asomo de nerviosidad. Por consiguiente, me extraña que no abriese la caja metálica y se apoderase del pagaré delator.

-¿Ha mencionado eso a alguna otra persona, Burke?

-No, señor. Me recomendó usted que no hiciera comentarios ni conjeturas de cualquier caso por el cual usted se interesara. He obedecido sus instrucciones.

-Aparte de suposiciones, Burke-continuó Clarendon-, qué ha encontrado que no se haya repetido mucho en las reseñas?

En respuesta, Burke alargó una mano hacia un montón de recortes. Sacó uno, evidentemente un recorte de un periódico viejo. Leyó en voz alta:

-"Zafiro cambia de dueño-. Lloyd Harriman, rico deportista neoyorquino, es ahora poseedor del famoso zafiro purpurino. Lo compró en una subasta, por mil ochocientos dólares. Se dice que la joya da mala suerte, pero Harriman contesta: ¡Bah!"

-Supongo que se trata de una noticia de algún periódico ilustrado con una fotografía encima.

-Exacto-sonrió Burke.

Exhibió el recorte en el cual se veía a Lloyd Harriman, con pantalones de franela, mostrando la joya a dos señoritas admiradoras.

-¿Qué me dice del zafiro? -inquirió Clarendon.

-Trae mala suerte, no hay duda-respondió Burke, señalando a otro montón de recortes-. No obstante, parece la repetición de la misma historia. Perteneció al rey Alfonso de Antaría, en la época de su destronamiento, fue vendido a una marquesa inglesa que pereció en un accidente de aeroplano. Ya sabe cómo se propagan tales noticias. Pero el hecho es que Lloyd Harriman se suicidó varios meses después de haberlo adquirido.

-¿Qué opina del suicidio de Harriman?

-Tengo una duda respecto a él. He coleccionado varios recortes que hablaban del caso. Fue considerado como un suicidio, pero un periódico sugiere una nueva hipótesis. Dado que Horacio Chatham, mató a Seth Wilkinson, quizá no es ajeno a la muerte de Lloyd Harriman. Es una idea fantástica, pero...

Burke hizo una pausa; luego añadió:

-...Pero Chatham estaba en Florida cuando Harriman murió; y no se ha encontrado el menor rastro del zafiro purpurino después de la adquisición de Harriman.

-Por lo tanto, supone...

-No sé qué pensar-confesó Burke-. No soy ningún detective, aunque la índole peculiar de mi trabajo me dio cierta experiencia en los casos misteriosos. Por regla general, no creo eso de una piedra que acarrea la mala suerte; no obstante, por los indicios ocurre algo por el estilo.

"Pero supongamos que Chatham se apoderó del zafiro. Entonces a su vez pasaría a ser víctima del maleficio. En lugar de ello, las pruebas muestran que mató a Wilkinson.

-Burke-observó Clarendon-, sus ideas son interesantes, aunque no muy tangibles. Sin embargo, existe otra faceta de esta situación. Sabemos que Harriman compró el zafiro por una fracción ínfima de su valor. Por consiguiente es posible que le persiguiera no un peligro imaginario sino alguien con la pretensión de apoderarse de la joya...

-¡Un momento!-exclamó Burke-. ¡Ahora recuerdo algo relacionado con este asunto!

Sacó un recorte de un montón que consultara anteriormente y se lo mostró a Clarendon:

"Harriman ha sufrido su primer percance después de adquirir el zafiro. Fue atracado en una carretera de Florida. Los asaltantes le despojaron del dinero y de un valioso reloj de oro."

-Guarde esos recortes-indicó Clarendon-. Quizás encontremos algo interesante allí. Pero entre tanto, examinemos cl caso de Chatham... y el asesinato de Seth Wilkinson. Su hipótesis es razonable; estoy de acuerdo en que el móvil no era suficiente para que Chatham matase a Wilkinson. También debemos tener en cuenta el asunto del pagaré.

-En efecto, es algo que me preocupa.

-¿Por qué lo dejó Chatham, allí?

-Lo ignoro. No tiene explicación posible.

- ¿Ha visto el pagaré?

-No he salido todavía de la oficina. Pero la policía tiene el documento. Lo retienen como prueba...

-¿Tiene buenas relaciones con los de Jefatura?

-Excelentes, somos buenos amigos de mis tiempos de reportero del Clarión.

-Vamos allá pues.

Clarendon se levantó de su asiento. Clyde Burke le siguió y breves instantes después los dos hombres se dirigían en un taxi hacia Jefatura.

-La policía posee dos cartas de Chatham dirigidas a Wilkinson -mencionó Burke mientras subían por Broadway-. Creo que nos permitirán examinarlas.

Clarendon asintió en silencio. Estaba absorto en sus pensamientos y permaneció silencioso hasta que llegaron a la Jefatura de Policía.

Burke le condujo al interior del edificio. Preguntó por el detective Steve Lang y cuando éste apareció, hizo las presentaciones.

-¿Qué haces ahora, Burke?-preguntó el detective-. Supe lo del Clarión.

-Soy corresponsal de varios periódicos-replicó Burke, lacónico-. Pensé que podría mandar alguna información interesante sobre el asesinato de Wilkinson. Escucha, ¿podrías dejarme ver el pagaré y las dos cartas que Chatham escribió?...

-No puedes ver los originales-respondió Lang-, pero tenemos excelentes copias fotográficas. Todos los reporteros las han visto. Tú eres uno de ellos. No hay inconveniente en que las examines.

Condujo a los dos hombres a la oficina y exhibió las fotografías.

Señaló el hecho de que el pagaré de Chatham llevaba fecha del día veintitrés, indicando que pudo extenderse después de media noche.

También hizo una breve comparación entre las firmas de las cartas y del pagaré.

Burke pasó las copias fotográficas a Clarendon, quien, después de examinarlas, asintió con la cabeza y las devolvió.

Pareció quedar satisfecho del examen.

-Gracias, Steve-dijo Burke-. Sólo quería asegurarme de la existencia de las cartas. Los periódicos dieron información correcta, se trata sólo de un par de cartas personales escritas por Chatham.

-Eso es todo-replicó el detective-. No significa nada, excepto que los dos individuos intimaban lo suficiente para sostener correspondencia amistosa.

Clarendon y Burke se dirigieron en taxi a la parte alta de la ciudad.

-Lo dejaré en su oficina-dijo Clarendon-. Continúe con ese trabajo hasta recibir noticias mías.

-¿Qué opina de las pruebas?-interrogó Burke.

-Dos cartas y un pagaré-respondió Clarendon, pensativo.

- Ambas cosas escritas por Horacio Chatham.

-Burke-interrogó Clarendon, pensativo-, ¿qué haría usted si perteneciese al cuerpo de detectives y estuviese en posesión de esos documentos?

-Obraría en la misma forma que ellos han hecho. Consideraría el pagaré como una operación comercial entre Chatham y Wilkinson; las cartas personales como prueba de la amistad entre los dos hombres.

-¿No iría usted más allá?

-No lo creo. Es evidente que Chatham escribió a Wilkinson y más adelante le dio el pagaré. Sólo no llego a comprender los propósitos del presunto asesino, dejando tras sí un documento firmado.

El taxi se detuvo delante del edificio donde Burke tenía su oficina. Clarendon puso una mano en el brazo del otro, en el momento en que el joven Burke iba a apearse del coche. Preguntó en voz baja:

-Un momento, Burke. ¿Recuerda que dijo que le gustaría rechazar lo que parecía claro?

-Sí. Parece evidente, pero no llego a razonarlo con claridad.

-Sin embargo, a pesar de sus dudas, se da por satisfecho de que Chatham escribiese las cartas y el pagaré. Se limita a pensar lo mismo que la policía.

-Sí.

-Ellos miraron las firmas con el solo objeto de comprobarlas y usted hizo lo mismo. Se interesó usted por el contenido de las cartas y la cantidad del pagaré. Pero mi principal interés radicaba solamente en las firmas. De esa forma averigüé...

Clarendon se interrumpió, mirando con fijeza a Burke.

El ex repórter había abierto la portezuela del taxi y tenía un pie en el estribo.

Pero ahora vaciló asombrado, como si comenzara a vislumbrar algo.

Continuó Clarendon:

-Lo que descubrí debemos guardarlo secreto. Las cartas y el pagaré llevaban la misma firma; sin embargo, existen ciertas, casi imperceptibles, diferencias entre la firma del documento y las de las cartas. Por consiguiente, creo...

-¿Qué?-exclamó Burke, estupefacto.

-¡Que el pagaré firmado por Horacio Chatham es una falsificación!

Con su sonrisa sutil, Jorge empujó con suavidad a su compañero.

Clyde Burke permaneció boquiabierto cuando la portezuela del taxi se cerró.

Su sorpresa fue tanta que no encontraba palabras para expresarla.

Luego, en el momento en que el coche se ponía en marcha, brotó un sonido del interior del vehículo. Era una carcajada suave y fantástica; una risa burlona y triunfal.

Clyde Burke siguió con la mirada al automóvil hasta que éste desapareció entre el torbellino del tráfico.

Con los ojos medio cerrados, se imaginaba ver todavía el rostro tan similar a una máscara de su misterioso jefe y por su cerebro retumbó como un eco el sonido de aquella carcajada fantástica y siniestra.

Jorge Clarendon debía ser un temible enemigo, y el joven, con un suspiro de alivio, recordó que era su aliado.

CAPÍTULO IV
CLARENDON EXPLICA

Clyde Burke estaba perplejo. Durante veinticuatro horas estuvo meditando la extraña revelación que le hiciera Jorge Clarendon.

Pensó en ello durante la noche. Ocupó su mente desde que abrió los ojos por la mañana. Y ahora, en su oficina, seguía pensando en lo mismo, sin ningún resultado.

El descubrimiento de su nuevo jefe de que el pagaré firmado por Horacio Chatham era una falsificación, resultaba en verdad extraordinario.

Pero la verdadera causa de la perplejidad de Burke era el mismo Jorge Clarendon. El hombre era un enigma.

El joven se dio cuenta ahora de la intervención que había tenido con su bienhechor. Durante meses estuvo remitiéndole recortes de prensa y sin embargo no tenía la menor sospecha de dónde vivía.

Mandaba los recortes cuando recibía la orden de acuerdo con las primeras instrucciones, que consistían en colocar los papeles dentro de un sobre, y depositarlo en el buzón de una mísera oficina situada en un edificio de la calle veintitrés.

El nombre que ostentaba la puerta era M. Jonas. Nunca preguntó quién podría ser el desconocido destinatario. La oficina estaba siempre cerrada con llave y nunca vio ninguna señal demostrando que allí se trabajaba.

Clarendon había aparecido ahora, explicando que era un criminólogo y ofreciéndole emplearlo en sus investigaciones.

El joven no lo extrañaba, comprendía que su nuevo jefe era un hombre de mucha intuición. Clarendon podía tener completa confianza al tomarle por confidente. Sentado a su mesa, el ex reportero se dedicaba al estudio del asesinato de Wilkinson. Examinó algunos recortes; luego los separó y tomando papel y lápiz empezó a anotar algunas ideas.

Concediendo que el pagaré de Chatham era una falsificación, ¿qué significaba ello? La posesión de un pagaré falsificado, como Wilkinson tenía, pudo ser motivo suficiente para que Chatham matase a su amigo.

¡Sin embargo, el pagaré estaba fechado en el día que ocurrió el crimen!

No pudo extenderlo nadie más que el mismo Chatham, a menos que Wilkinson lo falsificase en presencia de su amigo.

Burke tuvo otra idea.

Quizá Chatham firmase el pagaré, pero alterando su firma normal. Quizá Wilkinson observó la diferencia haciendo cargos a su amigo.

Esto pudo provocar una violenta discusión entre los dos hombres, y en un rapto de locura Chatham asesinó a su acreedor.

Pero ¿por qué dejó el presunto asesino el pagaré falso en la biblioteca si el documento fue causa primordial del crimen?

La mano de Burke no permanecía inmóvil mientras pensaba. Casi de una manera subconsciente, iba escribiendo las cifras 30.000 por toda la hoja de papel.

Repetía, a media voz, las palabras "treinta mil dólares".

Burke casi se cayó del asiento al oír una voz a su lado que decía: "Una buena cantidad de dinero". Levantó la cabeza con expresión de sobresalto en el rostro, y vio a Jorge Clarendon de pie a su lado.

El hombre sonreía, aquella sonrisa extraña que Burke notara desde que le conoció personalmente.

Jorge Clarendon se sentó en el otro sillón.

El joven esperó a que hablase. Aun abstraído en sus pensamientos el ex reportero estaba de costumbre atento, por lo cual extrañó la misteriosa e inexplicable llegada de su jefe.

-Este caso le apasiona-dijo el visitante.

Burke asintió. Algo más también le interesaba conocer en aquel momento, pero calló prudentemente.

-No me sorprende-continuó Clarendon-, porque me ha estado intrigando a mí. Sin embargo, comienzo a formar una hipótesis. Doy por supuesto que usted no tiene formada ninguna hipotética solución al respecto.

Burke movió la cabeza en señal negativa.

-Debe usted estar en lo cierto respecto a esa falsificación, señor Clarendon-dijo-, pero, por lo que yo saco en consecuencia, no nos lleva a ninguna parte. ¿Qué prueba ello?

-Prueba que se ha averiguado algo rechazando lo que parecía obvio. Hemos dado el último paso en la dramática muerte de Seth Wilkinson, a saber, el hallazgo de un pagaré firmado por Horacio Chatham; y hemos rechazado el significado que se le atribuye.

"Ahora retrocedamos paso a paso. ¿Qué sucedió antes de eso?

-Vieron a Chatham que salía del piso de Wilkinson. Todos los testigos lo han afirmado de una manera espontánea.

-¿Quién lo vio?

-El conserje y el ascensorista. También el criado de Wilkinson.

-Exacto. ¿Hasta qué punto conocían a Horacio Chatham?

-Es algo difícil concretarlo. Me figuro que el criado de Wilkinson le había visto varias veces, pero no con mucha frecuencia. No quiere usted decir que...

-Quiero decir lo que está usted pensando-replicó Clarendon aumentando su sonrisa de una manera casi imperceptible-. De la misma forma que la policía pensó haber hallado un

pagaré firmado por Chatham, así aquellos tres hombres, el conserje, el empleado del ascensor y el criado, piensan que vieron salir a Chatham. Y de su pensamiento hacen una realidad.

-¡Ahora comprendo! -exclamó Burke-. No fue Chatham quien firmó el pagaré. No fue él quien mató a Wilkinson. ¡Pero aguarde un momento! ¡La hipótesis termina ahí! Wilkinson debía conocer al agresor lo bastante para no equivocarse. De otra manera no hubiera aceptado tan absurdo engaño.

-¿Tiene usted el testimonio de Wilkinson a ese efecto?-inquirió Clarendon, con suavidad-. ¿Puede conocer, acaso, los sentimientos de la víctima?

-¡Ah!-exclamó Burke-. Quizá Wilkinson pensó que era Chatham, también, hasta que...

-Hasta que reconoció su error. Entonces el hombre disfrazado de Chatham no tenía otra opción que... matar a Wilkinson.

Burke estaba aturdido. Aunque la hipótesis parecía fantástica, la juzgaba muy real. Después de todo, el único que podía identificar a Horacio Chatham estaba muerto.

Sin embargo, le costaba aceptar aquella hipótesis que destruía los hechos conocidos. Estaba a punto de formular una pregunta cuando Clarendon se le anticipó. Dijo el hombre de rostro semejante a una máscara:

-Remontémonos más atrás todavía. Puede usted indicarme si me equivoco en algún detalle. Oyeron que Horacio Chatham llamó por teléfono a Seth Wilkinson. ¿Quién? Un hombre detrás de un mostrador de un despacho de tabaco. Señalan su presencia en el Club Argo, pero no conversó con nadie. Antes de eso, lo vieron en un teatro. También visitó una agencia de localidades. ¿Hay hasta ahora algún testimonio que no pudo haber sido engañado con facilidad? ¿Alguno de estos testigos le conocía lo suficiente para afirmar de una manera categórica su personalidad?

-No.

-También salió de la casa Marimba después de visitar al doctor Alberto Palermo. Eso fue poco antes de presentarse en la agencia de localidades. Creo que el conserje nocturno recordó su partida. ¿Tengo razón?

-Sí. Todo sucedió exactamente como indica.

-El conserje, como los otros, es un testigo de poca importancia. Pero ahora -Clarendon no sonreía ya, y su voz era baja-, ahora llegamos a un eslabón sólido de la cadena. Chatham pasó algún tiempo con el doctor Palermo. Quizás podamos considerar que el médico es un testigo de confianza.

Burke asintió con la cabeza.

-Por consiguiente-concluyó Clarendon-, el último hombre que es seguro vio a Horacio Chatham fue el doctor Palermo. Es él a quien deberá interrogarse respecto a la identidad de Horacio Chatham.

Burke no salía de su asombro. Sin embargo su sólido criterio se habituaba mejor a los hechos que a las fantasías.

-Pero tantas personas vieron a Chatham-protestó débilmente-. Parece increíble que todo el mundo se engañe...

-Burke-interrumpió Clarendon con su peculiar sonrisa-, conozco la eficacia de un buen disfraz. Yo podría hacer que una docena de personas, amigos suyos, jurasen haber visto a usted en Broadway, o en una redacción, sin que usted saliese de esta habitación. "Mi conocimiento del arte de disfrazarse me induce a suponer-simplemente a suponer, téngalo en cuenta-que la última persona que vio a Horacio Chatham fue el doctor Palermo. Es decir, si Palermo le vio.

-Esta última aclaración, hace que el asunto se vuelva más confuso-objetó Burke-. Si rechazamos que el doctor Palermo...

-No lo descartamos-replicó su jefe-. Es posible, desde luego, que el doctor fuese también engañado. Pero existen otras posibilidades, por ejemplo:

"Palermo puede ser cómplice del falso Chatham. O Chatham puede haber desaparecido después de salir de las habitaciones del doctor. O... -Clarendon se interrumpió. Extendió las manos en un movimiento muy expresivo.

Su nuevo ayudante comprendió el significado del gesto mejor que si Clarendon hubiese hablado.

-Quizá-murmuró el ex reportero-, quizá le sucedió algo a Horacio Chatham cuando visitó a Alberto Palermo.

-Exacto-Clarendon habló con firmeza-. Por esta razón, espero que esta noche reanude su antiguo empleo de reportero. Visitará usted al doctor Palermo y lo interrogará respecto a Horacio Chatham.

"Use su criterio, pero le aconsejo que su tema sea el estado mental del desaparecido.

"Cuando visite al eminente psicoanalista, si todo marcha bien, puede usted suscitar el tema de-la voz casi cuchicheó las palabras finales-, el tema del zafiro purpurino.

Clyde Burke permaneció unos momentos tenso. Luego sonrió. Era el papel más importante en que jamás interviniera. Nunca le asignaron un asunto tan apasionante como representar un papel en una obra; sólo que esto era un drama real, con un propósito oculto.

-Puede usted decir que trabaja para el *Daily Sphere*-sugirió Clarendon-. Muchos de sus amigos están allí, los que antes trabajaban en el Clarion.

*****

Los dos hombres descendieron a la calle. Mientras caminaban hacia Broadway, Clarendon habló a su compañero en voz baja, que sonaba de una manera extraña en el oído de Burke.

-Esta noche es casi definitiva-fueron las palabras-. ¡Recuérdelo, Burke! Si descubre algunos hechos de importancia, será el comienzo de una lucha desesperada. Habrá peligro... pero no es usted hombre que lo tema. Sin embargo, el peligro exige cautela.

"Si se desarrollasen algunos sucesos extraños, no volverá usted a verme; es decir, no bajo la personalidad de Jorge Clarendon. En lugar de ello recibirá mensajes, por regla general, notas por escrito. Estos mensajes estarán escritos en una tinta especial. Contestará usted de igual forma. Hay una botella de esa tinta en su mesa, donde la dejé en previsión.

"Las palabras de todos los mensajes serán escritas en sentido reverso, es decir hacia atrás. Escribirá usted su palabra de derecha e izquierda, de idéntica forma cuando conteste. Quizá le extrañe una clave tan sencilla. Sin embargo, sirve para su fin; pues todas las notas escritas con esa tinta desaparecen por completo a los pocos minutos de estar expuestas al aire.

Se aproximaban a la calle Broadway. Habían llegado cerca del lugar donde por las tardes hay mayor aglomeración de gentío deambulando por las aceras.

Cuando torcieron para cruzar la calle, Clyde Burke se distrajo unos momentos con el tráfico de la importante arteria ciudadana.

La voz cuchicheante de Clarendon apenas se oía sobre el ruido.

-Deje como de costumbre todas las contestaciones en la oficina de Jonas-fueron las instrucciones finales-, y no olvide que al recibir un mensaje debe leerlo inmediatamente, pues desaparecerá a los pocos minutos. Las letras se borrarán como yo estoy desapareciendo.

No habría transcurrido un segundo cuando Burke se dio cuenta de que ya no se oía la voz de su jefe. Volvióse con rapidez para interrogarlo. Pero a su lado no había nadie.

Miró a lo largo de la calle, escudriñando los rostros de los transeúntes.

Clarendon se esfumó como disuelto en el aire. No obstante, mientras permanecía inmóvil y perplejo en el borde de la acera, sus oídos percibieron el sonido de una carcajada peculiar que jamás olvidaría.

Miró en vano a su alrededor buscando al hombre que tan finamente se le burlaba. Luego cruzó la calle y se mezcló, perplejo, entre la multitud que deambulaba por Broadway.

¡Su misterioso compañero había desaparecido cual una sombra, y sin embargo no quedaba ni siquiera una sombra que delatase su presencia!

CAPÍTULO V
UNA ENTREVISTA EXTRAÑA

El ascensor llegó al piso cuarenta de los departamentos Marimba, y Clyde Burke quedó solo en el pasillo. Ya fue previamente anunciado.

El periodista estudiaba con ojos observadores la puerta que tenía delante.

Le impresionó su construcción maciza.

Tocó el timbre y aguardó. La puerta se abrió de una manera que parecía sobrenatural.

Al entrar tuvo una sensación de desfallecimiento. El vestíbulo iluminado con luz difusa, con sus enormes librerías, semejaba la entrada de un castillo medieval.

Parecía imposible que en el centro de la ciudad existiese un ambiente tan misterioso.

Cuando avanzaba por el pasillo de espesas alfombras, se abrió una puerta en el otro extremo y divisó una figura con un laceo ropón, parada en el umbral, destacándose como una silueta de la luz interior.

La figura del hombre parecía la de un inquisidor, hasta que el joven se acercó más. Luego identificó la toga del hombre por la bata de un médico, la cual en lugar de ser blanca era amarilla oscura.

-¿El señor Burke?

La pregunta se formuló en voz modulada.

Cuando Burke respondió, comprendió que se hallaba en presencia de una persona extraordinaria y conoció, como impulsado por un secreto instinto, que se trataba del doctor Palermo.

El médico introdujo a Burke en una habitación y le invitó a tomar asiento.

El ex reportero aceptó el habano que le ofreció.

Terminados estos preliminares de cortesía, el doctor Palermo permaneció en el centro del aposento, con las manos cruzadas a la espalda, esperando.

No había en su actitud nada interrogante. Simplemente esperaba que el recién llegado expusiera cl motivo de su visita.

-Le agradezco su amable recibimiento-empezó Burke-. Se me ocurrió hoy que acaso tendría la bondad de concederme una entrevista...

-¿Sobre qué asunto? - interrumpió el doctor.

-Respecto al desaparecido Horacio Chatham-respondió Burke.

El doctor Palermo se echó a reír, sin cambiar la expresión firme de sus labios. Parecía estar complacido por las palabras de su visitante.

-Ya he explicado todo cuanto sé de Chatham-dijo, acentuando con claridad las palabras-. Estuvo aquí por la tarde antes de visitar a Seth Wilkinson. Encontrará mis declaraciones en los periódicos. Eso es todo lo que he juzgado necesario dar a la publicidad.

Hizo una ligera reverencia, como si desease dar la entrevista por terminada.

Burke, como no reparando en el gesto, se reclinó en un sillón, lanzó una bocanada de humo y miró, curioso, al doctor.

-Existen ciertos factores en el caso de Horacio Chatham-dijo-, que me indujeron a venir a verle. Comprendo muy bien que ha dado usted una explicación completa de la visita de Chatham a esta casa.

"Pero creo, estoy seguro de ello, que Chatham fue inducido por ciertas emociones desconocidas de usted.

-De ser así-respondió Palermo, con frialdad-, no tengo el menor interés en conocerlas ahora.

-En cambio, a mí me interesaría conocer su opinión respecto a ellas.

El joven periodista sostuvo sin parpadear la penetrante mirada del doctor.

El aspecto físico de Burke era engañador; su espíritu indomable podía verse en sus ojos. Palermo lo reconoció.

Comprendió que trataba con un hombre resuelto. En sus facciones se dibujó durante una fracción de segundo una expresión de furia; luego se suavizó de repente y pareció expresar verdadero interés en las palabras de su visitante.

-Muy bien-dijo, en tono indulgente-. Dígame lo que ha comprobado acerca de Horacio Chatham. Procuraré complacerle en lo que solicita.

-Doctor Palermo, he conocido a muchos hombres que han cometido crímenes. He descubierto que, sin excepción, se trata de hombres sumamente endurecidos o excesivamente emotivos. Si, como se cree, Horacio Chatham cometió un crimen la noche que salió de aquí, me parece que usted debió de observar algo anormal en sus maneras que le hubiese servido de aviso.

-Eso ya ha sido explicado en mi declaración a la policía-replicó el doctor Palermo-. Chatham estaba emocionado aquella noche. Pero el motivo inspirador de su emoción era el dinero. No podía hablar de nada más. Casi estuvo incoherente...

-Sin embargo-interrumpió Burke-, ahora se ha comprobado que Chatham no carecía de dinero. Sus finanzas no sufrían ninguna depresión importante. Si mató a Wilkinson por treinta mil dólares, en realidad fue un esfuerzo inútil.

El doctor Palermo se encogió de hombros.

Burke se sentía interiormente contento. Puso al médico en una situación que hacía una respuesta rápida imposible.

Esperó a que el doctor hablase, pero Palermo cambió con habilidad el sesgo de la conversación.

-Debe usted dispensarme unos minutos-exclamó-. Podré discutir con usted dentro de unos momentos. Trabajaba en mi laboratorio cuando vino y debo terminar unos experimentos que efectuaba.

Dio unos pasos en dirección al laboratorio, luego se dirigió a Burke:

-Venga, sí gusta-añadió-. Quizá le interesen mis trabajos.

Se dirigió hacia dos cortinas situadas a un lado del aposento. Abrió una puerta y el periodista le siguió al interior. Entraron en una habitación blanca, repleta de aparatos.

El doctor se detuvo delante de una mesa de mármol donde hervía un cacharro de líquido verde, encima de un mechero de gas.

El médico tomó un frasco pequeño de un estante y vertió unas cuantas gotas en el cacharro.

El burbujeo cesó al instante y cuando el líquido empezó a posarse, cambió de verde a un rojo oscuro.

-Uno de mis experimentos-explicó el doctor-. Puede resultar un gran descubrimiento científico, ¡Hassan!

Su última palabra fue una fuerte exclamación. Sobresaltó a Burke, quien no comprendía el significado hasta que vio a un hombre moreno y corpulento aparecer por una puerta situada a un lado del laboratorio.

El hombre vestía una túnica blanca e iba tocado con una especie de turbante blanco. Para la fértil imaginación de Burke, podía representar un genio de las Mil y Una Noches, evocado al mandato de su amo.

El doctor Palermo pronunció unas palabras en una lengua extraña. El criado hizo una profunda reverencia, y quitando cl cacharro con manos enguantadas se lo llevó a una habitación más pequeña contigua al laboratorio.

Explicó el médico:

-Hassan es mi ayudante. Es un árabe que no comprende ni una palabra de inglés. Más aún, tiene atrofiadas las cuerdas vocales y no puede hablar.

-Eso debe ser una desventaja-observó Burke.

-De ninguna manera-replicó Palermo-. En mis estudios del cerebro humano, he observado que la pérdida de una facultad invariablemente desarrolla las otras. Un sordo usa sus ojos mejor que el resto de los mortales. Un ciego posee un tacto finísimo. Los que no pueden hablar se vuelven sabios porque están silenciosos. Hassan es fiel, laborioso y a la fuerza discreto. Venga.

Llevó al periodista a un rincón del laboratorio y le mostró una hilera de frascos de cristal, conteniendo cada uno de ellos una masa de sustancia blanca.

Explicó señalando los envases:

-Un cerebro humano. Un cerebro humano, ahora una informe masa gris. Un cerebro que una vez tuvo ideas, que una vez creó pensamientos, y ahora no es más que una masa de mecanismo ocioso.

"Este cerebro-puso el frasco en una mesa-puede haber sido promotor de toda clase de impulsos; pero es difícil identificarle, ahora no se le podría distinguir de otro.

"Supongamos, por ejemplo, que éste es el cerebro de Horacio Chatham. ¿Puede usted ver algo que identificase un cerebro para el crimen?

Había en la voz de Palermo un aire de reto.

Burke recordó de pronto las palabras de Jorge Clarendon, aquella frase sin terminar que condujera a la suposición de que Chatham pereció a manos del hábil y un tanto misterioso doctor.

Con los nervios en tensión, le asaltó una sospecha. Luego, al ver la mirada fija de Palermo, dijo riendo:

-A la policía le gustaría tener el cerebro de Chatham en un frasco de cristal. Si alguna vez lo atrapan y lo someten al tercer grado, sus células no les servirán de mucho cuando hayan terminado con él.

"A propósito, doctor -Burke cambió con habilidad el tema-, ¿de dónde obtiene usted todos estos cerebros?

-De varias fuentes-replicó el médico, sin inmutarse-, pero lo que aprecio más son los que me han sido legados.

-¡Legados!

-Sí. Por pacientes a quienes he beneficiado. He hecho con frecuencia ese trato con ellos. Sus cerebros les son útiles mientras viven. Les he permitido vencer muchos trastornos mentales. Más de uno ha convenido casi espontáneamente en que algún día su cerebro pudiera sumarse a mi colección.

"Aquí-volvió al estante-está el cerebro de un eminente abogado. Este-indicó el lado de otro cerebro-, es el mecanismo cerebral de un hombre que fue un artista famoso.

"No creo poseer el cerebro de un periodista en esta colección. Quizás... -y Palermo miró pensativo al joven.

-¿Quizá los periodistas no tenemos cerebro?-interrogó Burke, con una sonrisa forzada.

-No-replicó muy serio el doctor Palermo-, eso no. Todos los hombres tienen cerebro. Pensaba que acaso querría algún día ofrecer tan indispensable elemento a mi colección, con tal de que, desde luego, muriese joven.

Burke guardó silencio. Se notaba algo ominoso en el tono del médico. El periodista se sintió intranquilo. Decidió volver la discusión al tema de su visita.

-Respecto a Chatham... -empezó cauteloso.

-Ah, sí-interrumpió Palermo-. Horacio Chatham. Nos referíamos a su cerebro. Ya tengo en mi colección el de un asesino. Pero usted se interesa por los vivos, no por los muertos. Por consiguiente, le gustaría discutir acerca de Chatham, tal como estaba la noche que me visitó. Mis experimentos han terminado por hoy. Venga.

Cuando el periodista seguía al doctor, recordó cierta sutileza en las últimas palabras del hombre.

Palermo había dicho que discutiría sobre Chatham, "tal como estaba".

¿Significaba eso que el infeliz ya no vivía? Comprendió que se enfrentaba con un hombre sagaz que hablaba con doble sentido. Por consiguiente, decidió usar extrema discreción.

Hassan los esperaba fuera del laboratorio. El doctor Palermo hizo una seña con la mano derecha.

El criado le ayudó a despojarse de las ropas de laboratorio. Luego trajo una túnica oriental color rojo, bordada con dragones dorados. Evidentemente un traje chino, pensó Burke.

El doctor Palermo se puso la túnica y todo su aspecto cambió. Parecía más un mandarín que un moderno hombre de ciencia.

"Es un hombre extraño"; el joven no pudo reprimir tal pensamiento.

Sin embargo, la siguiente acción de Palermo fue más extraordinaria. Chasqueó los dedos y, como en respuesta a un mandato, se abrió un entrepaño en la pared junto a la puerta del laboratorio. Apareció a la vista una escalera circular.

Haciéndole señas de que le siguiese, el médico ascendió por la escalera, seguido de Burke.

Llegaron a una especie de ático. Era un aposento espléndido, amueblado al estilo oriental. El doctor Palermo encajaba a la perfección en aquel ambiente, mientras que Burke parecía hallarse desplazado. El médico se sentó en un sillón muy parecido a un trono y Burke tomó asiento en una otomana.

-¿Esto le parece extraordinario?-sonrió Palermo-. No le extrañaría si lo comprendiese. Es mi método absoluto de descanso.

"Comprendo los desastrosos resultados de una alta tensión nerviosa. Cuando termino mi trabajo en el laboratorio, vengo siempre a descansar aquí. Cambia por completo mi actitud mental. ¡Hassan!

El árabe pareció surgir de la nada. Como su dueño, vestía ropas orientales.

Parecía conocer lo que el doctor Palermo deseaba, pues abrió de par en par unas puertas situadas en un extremo del aposento.

Burke miró al exterior. La ciudad estaba a sus pies. Millares de luces chispeantes brillaban a distancia.

La vista era en verdad maravillosa, parecía la realización de un sueño fantástico e ideal.

-¡Venga!

Burke caminó hacia la azotea del edificio.

El doctor le condujo a la baranda y señaló a su alrededor.

-Aquí-dijo-, soy el rey del mundo. Los asuntos triviales del género humano-señaló a la calle, en lo profundo, donde los automóviles semejantes a juguetes, se deslizaban por la calzada que no parecía más ancha que una cinta-parecen muy pequeños y fútiles.

"Estamos muy altos aquí. Se tiene la impresión de que uno no bajaría nunca, si cayese. Los momentos parecerían horas. Para un hombre cayendo, todos los acontecimientos de su pasado se reproducen con la velocidad de un relámpago por su mente.

La mano del doctor hizo presa en el codo de Burke; y el periodista retrocedió alarmado, de la baranda.

Palermo sonrió y el joven vio la sonrisa a la luz del aposento oriental.

Observó la expresión maligna surgida en los labios del médico y se estremeció instintivamente.

-¡Venga! -instó de nuevo el doctor.

* * *

Regresaron a la habitación oriental. Hassan llegó con dos copas conteniendo un licor oscuro que brillaba con puntitos de oro reluciente.

Burke tomó una copa; el doctor la otra. Cuando Palermo se llevó la copa a los labios, el periodista le imitó. La bebida era nueva para él; tenía una potencia que jamás experimentara en ocasiones anteriores.

Dijo de pronto el doctor Palermo:

-Respecto a Chatham siento mucho no haber tenido tiempo de estudiar su caso. De haberlo hecho, quizás habría evitado un crimen. Confiaba que volviese otro día, para hacer un examen más detenido.

-¿Observó algo peculiar en sus maneras?-se aventuró Burke.

-¿En qué sentido?

-¿Parecía ser él mismo? ¿Daba una sensación de normalidad absoluta? ¿O acaso daba la impresión de estar adoptando otra personalidad diferente?

Los ojos del doctor Palermo se achicaron.

Burke casi sentía su escrutinio. Se arrepintió de haber formulado semejante pregunta. Quizá fue demasiado directa.

-¿Quiere usted decir-preguntó Palermo-, si yo estaba seguro de que era Horacio Chatham?

-No, no-respondió el joven, con rapidez-. Desde luego era Horacio Chatham. Sus movimientos han sido corroborados por muchos testigos que le vieron. Simplemente pensé que pudo parecer... diferente, aquella noche.

-Estaba nervioso-declaró Palermo, pensativo-. Aparte de eso, era él mismo.

Burke empezaba a sentir los efectos de la bebida. Sentía una nueva audacia que le inducía a insistir. Su cautela estaba en lucha con su habitual buen criterio.

-¿Mencionó...-la voz de Burke se mostró algo agitada-, mencionó Chatham algo acerca de... de un... zafiro purpurino?

-¿Un zafiro purpurino?-La voz del doctor registró una ligera sorpresa-. ¡Cómo! ¡De ninguna manera! Yo creía que todos los zafiros eran purpurinos.

-Son de un azul oscuro-explicó Burke. Se movió inquieto en su asiento-. Éste era de un azul... más oscuro. Era... purpurino. Pertenecía a un hombre llamado Harriman, Lloyd Harriman, un amigo de Chatham. Harriman murió en Florida... se suicidó. El zafiro purpurino traía mala suerte. Quizá... Chatham se apoderó de aquella piedra. Mala suerte. Me preguntaba sí...

La sonrisa maligna se extendió poco a poco por el rostro del doctor Palermo. Clyde Burke la vio, como si en sueños distinguiese la corporización de un fantasma. Le parecía estar viendo una pesadilla. Intentó hablar de nuevo, pero las palabras rehusaron brotar de sus labios.

-El zafiro purpurino-las palabras del doctor Palermo brotaban lentas-, ¿era muy valioso?

-Muy... muy... valioso-murmuró el periodista, con voz ronca.

-Debo estudiar el asunto, me interesa-declaró el doctor Palermo-. Venga otro día y hábleme algo más de esto. Pero esta noche... no parece usted encontrarse bien. ¡Hassan!

El árabe entró con presteza. El doctor Palermo señaló a Burke, que apenas tenía fuerzas para moverse.

Hassan salió del aposento y regresó poco después con un vaso de agua. El doctor Palermo salió entonces del cuarto. El joven no le vio salir. Bebía agua con la ayuda de Hassan. Cuando el médico regresó, Burke permanecía sentado erguido en el sillón, con el aspecto de un hombre que acabara de recobrarse de un aturdimiento.

-¡Ah! ¿Se siente mejor?-La voz del médico expresaba preocupación.

El periodista asintió sonriendo.

-Esa bebida era algo fuerte-dijo tímidamente-. ¿Qué decíamos?

El doctor Palermo sonrió con suavidad. Esta vez su expresión no tenía ninguna malignidad. Impresionó a Burke con su bondad.

-Es demasiado tarde para hablar ahora-dijo-. Está usted cansado. Llámeme mañana y fijaremos una hora para discutir el asunto. Acabo de telefonear pidiendo un taxi para que lo lleve a su casa. Pensé que no se encontraba usted bien.

-No, no, nada de taxis-protestó Burke-. Tomaré el metro, hasta la calle noventa y nueve.

El doctor Palermo sacudió la cabeza.

-El taxi está pagado-dijo-. Será mejor que vaya usted en coche. Además-señaló a Hassan, que cerraba las puertas que daban a la azotea-, está lloviendo. Ya está encargado. ¡Venga!

Burke siguió al médico escalera abajo. Se sentía más firme ahora. La puerta del vestíbulo estaba abierta; un minuto después hallábanse junto al ascensor.

-El conserje le conducirá al taxi - indicó el doctor, al despedirse.

-Gracias-dijo Burke-. Y perdone las involuntarias molestias que le he causado.

Entró en el ascensor, que inició su descenso con rapidez.

El doctor Palermo dio media vuelta y regresando a sus habitaciones, lentamente empezó a subir la escalera de caracol que conducía al aposento oriental que llamaba su lugar de reposo.

Se sentó en el sillón tan parecido a un trono, como la majestad de un poderoso mandarín tan hermético y misterioso como el mismo Oriente.

-Hay peces grandes-musitó el doctor para sí-, y peces chicos. Se emplean redes enormes para los grandes y pequeñas mallas para los chicos. Este era chico, pero quizá detrás agarre uno grande.

Hassan apareció con otra copa del licor dorado.

Palermo apuró de un sorbo el contenido. Luego, con la copa en la mano, miró derecho al otro lado del aposento y sus labios se extendieron formando una sonrisa demoníaca, una sonrisa que expresaba una satisfacción satánica.

CAPÍTULO VI
¡LA SOMBRA ATACA!

El taxi subía veloz por Broadway. Las luces brillantes de la Vía Blanca se reflejaban en los charcos que iban formándose en la calle, pues el aguacero aumentó poco después de que Clyde Burke saliera de la casa del doctor Palermo.

Reclinado en el asiento trasero del taxi, el periodista se sentía muy débil.

Pensó que debería ser el rápido descenso con el ascensor; pues recobró su vivacidad al entrar en el taxi y dio sus señas al chófer.

Experimentaba una sensación de cansancio. El chófer cerró las ventanillas del taxi, incluyendo el cristal entre las partes delantera y trasera.

Quizás eso explicaba la debilidad que le abrumaba.

Alargó una mano hacia una ventanilla intentando abrirla, pero el pomo no cedió. Probó la otra ventanilla, con igual resultado.

Quiso llamar golpeando en el tabique, pero le asaltó un vahído y se desplomó en su asiento.

Oyó rugir el motor. Pensó que el chófer debió de forzarlo demasiado.

Luego empezó a pensar en su entrevista con el doctor Palermo y su cerebro se convirtió en una maraña de pensamientos confusos.

El taxi se detuvo ante unas señales de tráfico. Un automóvil se puso al lado, casi rozando los estribos. Burke vio que el chófer del taxi dirigía una mirada fulminante al conductor del auto.

Las luces cambiaron. El taxi viró de repente hacia la derecha.

Burke percibió el chirrido de los frenos y logró mirar atrás a tiempo de ver que el automóvil viraba de improviso en el centro de la calle, evitando chocar con otros dos coches casi por milagro; y luego empezó a perseguir al taxi.

Después Burke permaneció indiferente a cuanto sucedía.

El taxi penetró a velocidad temeraria en una callejuela transversal. Detrás se destacaban las luces del automóvil que le seguía.

El taxi pasó unas señales luminosas cuando cambiaron de verde a rojo.

Diez metros atrás avanzaba el auto, sin hacer caso de la luz roja. Un agudo silbato llegó a los oídos de Burke, pero no abrió los ojos. Sentía un cansancio tremendo, y el menor movimiento representaba un esfuerzo sobrehumano.

De haberlo hecho, habría visto a su chófer asomar la cabeza y escudriñar la calle tras él. El auto continuaba la persecución aproximándose cada vez más.

El pito de la policía no le hizo detenerse.

El chófer del taxi ponía en práctica toda clase de artimañas para burlar al coche que lo seguía con tanta insistencia.

Comprendía que el hombre del auto perseguía a su pasajero y estaba resuelto a impedir su captura.

Fue una carrera emocionante a través de las calles de la ciudad, zigzagueando por las calles alumbradas con profusión, dirigiéndose hacia las más solitarias de los alrededores del Parque Central.

En sus esfuerzos para alejarse de su perseguidor, el chófer del taxi hizo casi un recorrido doble del necesario para llegar allí.

A través de la accidentada persecución, Burke iba medio dormitando en el asiento trasero, por completo indiferente a lo que le rodeaba, sin importarle su suerte.

Si le amenazaba algún peligro grave, lo ignoraba y no se sentía tampoco con fuerzas suficientes para luchar contra lo desconocido.

Al fin el conductor del taxi aprovechó una oportunidad. Arrancó como una exhalación entre un automóvil y un tranvía.

El auto, que seguía de cerca, fue detenido por el tranvía. Y antes de que la barrera del vehículo eléctrico que marchaba lentamente desapareciese, el taxi, doblando, entró en una calle transversal.

Dos minutos después llegaba al Parque Central. El chófer obraba con mayor cautela ahora. Miró por el tabique de cristal sonriendo al ver al pasajero reclinado en un rincón, al parecer dormido.

El taxi penetró en una calle más solitaria. El chófer rió silenciosamente.

Sus esfuerzos fueron recompensados: logró burlar a su perseguidor. Pero al doblar en un viraje cerrado para entrar en otra calle, lanzó de pronto una maldición.

¡En la misma dirección que él llevaba, divisó a un automóvil muy parecido al que acababa de burlar!

La persecución empezó de nuevo, y esta vez era en línea recta, en la que se encontraba el taxi en desventaja.

No venían otros coches en la dirección contraria. El automóvil iba alcanzándole con extraordinaria rapidez. Se puso al lado del taxi, a la derecha.

Iba empujando al automóvil hacia el bordillo de la acera. La persecución parecía terminada.

De improviso, de los labios del chófer brotó un grito de triunfo. En el momento preciso en que sus ruedas delanteras subían el bordillo, divisó una calle a la derecha. Dando un centelleante viraje, tomó la curva, casi volcando el coche que conducía.

No podía tener éxito sí la curva hubiese sido muy pronunciada; Pero el ángulo era oblicuo y lo consiguió con esfuerzo. El automóvil perseguidor se detuvo demasiado tarde para lograr la curva.

El chófer fugitivo asomó la cabeza por un costado, lanzando una sonora carcajada al ver detenerse a su perseguidor.

Pero sucedió un final fulminante a su victoria momentánea. Retumbaron tres disparos del auto misterioso.

Las manos del chófer del taxi fueron perdiendo fuerza hasta quedar inertes.

Su pie buscó el pedal del freno, pero resbaló, impotente, sin lograr ejercer ninguna presión.

El taxi salió del camino y chocó con terrible violencia contra unos árboles, colgando el chófer del lado del asiento delantero. Un costado del coche quedó inclinado.

Burke, completamente perdido el conocimiento, cayó deslizándose, hacia ese lado. El ritmo del motor cesó.

El automóvil giró, acercándose al taxi destrozado. El conductor saltó al camino y abrió la portezuela del vehículo.

Cogiendo el cuerpo inerte de Clyde Burke, lo sacó a rastras de allí.

Levantándolo con facilidad, lo colocó al lado del asiento del conductor del auto.

Burke jadeó y sus párpados se movieron.

El hombre que lo trasladó sonrió. Primero aseguróse de que el joven descansaba cómodamente, con la cabeza junto a la ventanilla abierta.

Luego volvió al taxi, donde levantando el rostro del chófer contempló sus facciones. Pareció reconocerlo.

Murmuró:

-Muerto. Un pistolero menos en Nueva York.

Dirigiéndose hacia la parte trasera del taxi encendió la luz interior.

Observó algo debajo del asiento interior. Alargando la mano, tocó una abertura. Aquello confirmaba sus sospechas.

-Del tubo de escape-murmuró-. Monóxido de carbono. Unos cuantos minutos más y...

El ruido de una motocicleta llegó a sus oídos. Después percibió el mugir de una sirena de policía.

El hombre se alejó del taxi cruzando la calle delante de su auto. Al aparecer el resplandor de las luces, se destacó su figura: una forma alta, envuelta en una capa negra y tocada con sombrero de alas anchas también negro. El hombre semejaba un monstruoso murciélago, una figura fantástica que surgiera de la nada.

La motocicleta se acercaba. Los ruidos de los cilindros señalaban que entraba ya en la calle transversal.

El auto se alejó silenciosamente. El conductor de vuelta frente al volante, descendía el coche por una cuesta, sin hacer el menor ruido.

Clyde Burke se movió. Abrió los ojos mirando débilmente a la figura que tenía a su lado.

Los incidentes de aquella noche emocionante estaban borrosos en su cerebro, pues ahora sus pensamientos se concentraban en el ser que le salvó la vida al apartarlo del taxi.

¿Qué sucedió? Burke no lo recordaba. Sólo se acordó de que estuvo en un taxi. En aquel momento iba al lado de un individuo desconocido, que tenía una asombrosa semejanza con un silencioso monstruo de la noche.

El coche descendió por una callejuela, deteniéndose delante de un edificio.

El periodista de pronto reconoció aquel paraje. Hallábanse delante de su casa. Aun con los sentidos medio embotados por el gas venenoso, Clyde sintió que le ayudaban a apearse, a subir las escaleras y finalmente lo conducían a su habitación. Agotado, cayó sobre la cama.

Divisó una vez al hombre que tantas molestias se tomaba para auxiliarlo.

La figura era muy visible en la habitación iluminada: una figura alta y negra, su rostro oculto por el cuello del abrigo y el ala bajada del sombrero negro.

A los oídos del joven llegaban ecos de una risa suave y de rara modulación.

Aunque no reconoció al hombre, recordó la risa.

Cerró los ojos un momento, rendido de fatiga. Cuando los abrió la luz se había extinguido. El hombre desapareció como desvanecido en las sombras.

El ruido de un automóvil que se alejaba fue el último sonido que Clyde Burke oyó aquella noche.

Se quedó dormido al instante, fatigado física y moralmente. Era el precio de su primer trabajo para su nuevo jefe.

Por la mañana, ya despejada su cabeza, el periodista recordó con claridad su aventura con el doctor Palermo. Sabía que su visita fue real, aunque todo le parecía fantástico.

De los incidentes posteriores a su partida de la casa del doctor Palermo, sólo guardaba un vago recuerdo del principio del viaje en el taxi y el final cuando el desconocido lo llevó a su aposento.

El intervalo era como un caso de sensaciones y pensamientos casi indescifrables. El periódico de la mañana hablaba de una muerte en el Parque Central. Mataron de un tiro a un chófer que fue identificado, descubriéndose que se trataba de un conocido pistolero. El periódico mencionaba el hecho de que las ventanillas del taxi estaban fuertemente cerradas y que costó trabajo abrirlas.

Pero la noticia no hablaba de la abertura que había debajo del asiento trasero, por donde entró el mortífero monóxido de carbono, proveniente del tubo de escape. Clyde Burke meditó la reseña del periódico. Supuso que el coche destrozado podía ser el que él usó. Le pareció recordar de una manera vaga unas ventanillas que no conseguía abrir.

Sin embargo la noticia no mencionaba a ningún pasajero del taxi; ni tampoco se hablaba de un hombre fantasma en un automóvil perseguidor.

¿Sería quizá Jorge Clarendon? Recordó la risa suave. Sobre tan endeble indicio, fundaba todas sus sospechas acerca de la identidad de su salvador.

-¡Parecía una sombra!-murmuró-. ¡Cómo una sombra que vino y desapareció en la negrura de la noche!

CAPÍTULO VII
PALERMO SE REVELA

Anochecía de nuevo. Un camión se detuvo delante de los Departamentos Marimba y el chofer llamó al portero.

-Aquí tiene esa caja que esperaba-dijo-. Busque a un hombre para que me ayude a levantarla. Es muy pesada.

-¿Ese cajoncito? -interrogó el conserje, incrédulo.

-Debe estar lleno de plomo-replicó el chofer-. Tres hombres tuvieron que subirla al camión. Creo que se nos dará una buena propina.

El conserje contempló el cajón y después miró a su alrededor. No había nadie más de servicio.

Mientras pensaba dónde encontrar al tercer hombre, apareció una figura, mal vestida, cuyo sweater parecía demasiado ancho para su flaco cuerpo.

-Yo le ayudaré-ofreció el recién venido-. He trabajado ya en un camión. Le echaré una mano, y en un momento lo descargamos.

Los tres hombres tiraron del cajón, que era de forma cúbica, y medía algo más de un metro de largo.

El conserje y el chófer redoblaron sus esfuerzos, pero apenas pudieron mover el cajón hasta que el desconocido les prestó su ayuda.

Entonces el cajón se movió con facilidad y el chófer contempló asombrado la fuerza desplegada por el voluntario.

-¡Uf!-dijo el conserje, cuando dejaron la caja dentro del montacargas-. Me alegro que al fin haya llegado este cajón. El doctor Palermo ha estado preguntándose por él toda la tarde. No nos deja vivir en paz, con sus condenados cajones y paquetes. Ratones, conejillos de Indias... y otros bichitos raros, y Dios sabe qué más.

El ascensor llegó al piso cuarenta. Hassan, el árabe, lo esperaba. Ayudó a los tres hombres a sacar el cajón de la cabina, cuyo empleado también ayudó.

Trabajando los cinco, la caja se movió con facilidad.

El montacargas daba a la única entrada del departamento del doctor Palermo y los hombres levantaron la caja para introducirla por la puerta abierta.

Hassan les indicó que lo llevaran a la izquierda, donde había una puerta que comunicaba con el laboratorio del médico.

El conserje asintió con la cabeza y señaló al desconocido que tan espontáneamente ayudó a cargar el pesado cajón. Hassan comprendió y dio al hombre medio dólar.

El ascensorista salió con el chófer del camión; el desconocido, tras un momento de vacilación, les siguió.

El conserje iba a marcharse, pero Hassan lo detuvo. El hombre comprendió que debía abrir la caja. Sacó un martillo de un bolsillo que llevaba en previsión y levantó la tapa.

Con la ayuda de Hassan, no fue difícil y un objeto voluminoso, envuelto en arpillera, se deslizó de la caja de embalaje.

El criado árabe dio una propina al conserje para que la repartiera y se marchó.

Después de cortar los envoltorios de arpillera, Hassan salió del laboratorio y cerró la puerta del pasillo.

-¿Qué se hizo del hombre que nos ayudó?-preguntó el conserje, mientras descendía en el ascensor.

-Creo que bajó conmigo-replicó el empleado-. Salió con nosotros. Si le digo la verdad, me olvidé de él. Pregunté al chófer del camión.

El camión se había marchado ya cuando el conserje llegó a la calle y el asunto quedó olvidado.

Entretanto, un ascensor de pasaje subía veloz hacia el piso cuarenta. Al pararse, salió una mujer, que luego llamó al timbre de la puerta del doctor Palermo.

Hassan, en el vestíbulo, descorrió una cortinilla que cubría un cuadro colgado de la pared. Oprimió un resorte. Se encendió un cuadro iluminado en el pasillo de una luz suave y difusa. La mujer esperaba de cara a la puerta cerrada. Vestía con elegancia, era joven, bien proporcionada y muy hermosa.

Sus finas y correctas facciones y sus brillantes ojos bajo largas pestañas, eran sin duda familiares para el criado.

Oprimió otro interruptor al correr la cortina sobre el cuadro. Se dirigió al laboratorio y unos quince segundos después, la puerta del laboratorio se abrió automáticamente, dando paso a la hermosa visitante.

Hassan fue quien salió por la puerta del extremo del vestíbulo e hizo una profunda reverencia a la dama.

La mujer atravesó el recibidor y al pasar delante de un hueco junto a las librerías, su sombra, larga y fantástica pareció fundirse en un espacio negro en el sucio. Después de haber ella pasado, el punto negro tembló, como si la sombra moviente la hubiese turbado. Ni la mujer ni el criado observaron el extraño fenómeno.

Hassan abrió la marcha hacia la puerta que daba a la escalera de caracol.

Chasqueó los dedos y la puerta se abrió.

La mujer no se sorprendió. Era evidente que estaba familiarizada con el lugar y sus misterios mecánicos. Ascendió la escalera.

Hassan cerró la puerta, regresando al laboratorio.

Entonces de un rincón del cuarto, apareció aquella misma mancha que nadie notó en el recibidor. Tomó la forma de la sombra de un hombre. Sus movimientos se dirigían hacia la escalera que comunicaba con la escalera de caracol.

Pareció levantarse y adquirir una forma humana. Un hombre vestido de negro surgió delante de la puerta; la capa y el sombrero echado hacia delante ocultaban por completo su identidad.

El hombre chasqueó los dedos con un ademán idéntico al del criado, pero no dio resultado. Se acercó más a la puerta y repitió la acción. La puerta siguió inmóvil como si se precisase de un conjuro mágico para abrirla.

La cabeza de la figura misteriosa se inclinó, como si el hombre mirase los pies. Con sumo cuidado eligió una posición, escogiendo el lugar exacto donde estaba parado.

Al chasquear los dedos por tercera vez, el hombre de negro movió el pie izquierdo ligeramente hacia adelante. La puerta se deslizó hacia atrás.

La sombra entró y cerró la puerta tras sí. Una risa suave brotó de debajo del sombrero.

El sonido de una voz baja y melodiosa llenaba la habitación oriental de la terraza del elevado edificio.

El doctor Palermo, vestido en su túnica carmesí, estaba hablando, sentado en su sillón tan parecido a un trono. Delante de él, sentada también se veía a la visitante, en cuyos labios se dibujaba una sonrisa seductora. Más allá se divisaba la metrópoli iluminada. Era un espectáculo sorprendente y maravilloso.

-Has hecho bien-decía el doctor-. Nuestra labor ha sido lenta pero cuidadosa. En ocasiones me he impacientado por la demora. De haber obrado con mayor rapidez, no habría tenido yo necesidad de tomar ciertas medidas peligrosas con respecto a determinada persona.

"No obstante, no temo las consecuencias. Una hora más y la fortuna que dejaste a mi cuidado, será nuestra. Todos los obstáculos que nos separan de ella, habrán desaparecido para siempre.

-Será tuya, Alberto-replicó la mujer, con dulzura-. Tuya, como yo te pertenezco para siempre.

-Thelda, me has servido muy bien; -la voz del doctor Palermo expresaba aprobación-. A cambio de eso te he prometido una eterna felicidad. Con mi promesa de felicidad poseerás

riquezas fabulosas. Riqueza y poder. Sin riqueza y sin poder, no puede uno ser verdaderamente feliz

"Luego-la voz del hombre adquirió un acento profético-tú y yo podremos realizar grandes empresas. Al amarme, Thelda, amas al hombre más poderoso que el mundo jamás ha conocido.

No había jactancia en la afirmación del doctor Palermo. Lo exponía como un hecho escueto. No dudaba de la veracidad de sus afirmaciones.

El hombre de la túnica roja se levantó y dirigióse a las puertas que daban a la azotea. Contempló el panorama de luces chispeantes y sus labios dibujaron una sonrisa feroz y maligna.

-El mundo es mío-continuó-, mío, si quiero. Pero los que pretenden abusar de su poder suelen fracasar. Seré prudente, Thelda. La prudencia ha sido mi norma en el pasado. Cierto es que necesitaba dinero. Ahora, poseyendo millones...

Se volvió y miró a la muchacha.

Ella se incorporó, los ojos brillando de admiración. Aproximándose a Palermo, le asió del brazo.

-¿Lo dices en serio, Alberto?-preguntó-. De ahora en adelante... tú y yo...

El hombre que acabada de confesar que era en extremo prudente, sacudió lenta y negativamente la cabeza. Con un movimiento suave y cortés apartó el brazo de la mano de la muchacha.

Señalando a una silla, se sentó de nuevo en su asiento. Sus ademanes eran lentos y suaves, como si pretendiese transmitir su propia serenidad a su compañera.

-Debemos esperar, Thelda-dijo-. Debemos esperar, ante todo, hasta que Roger Crowthers haya muerto.

-¡Morirá antes de transcurrir una hora! -exclamó la muchacha, chispeantes de odio los ojos. La luz de la feroz resolución brillaba en ellos, dándoles un aspecto de carbunclos encendidos.

-Entonces-replicó Palermo-, estaremos libres, libres de usar las riquezas que él te ha dado, sin que nadie lo supiera. En calidad de enfermera, Thelda, has representado tu papel de una manera perfecta.

"El mundo se sorprenderá al ver que su fortuna se reduce a unos miles de dólares. No sabrán nada de los millones que me has traído, ni tampoco puede nadie descubrir los efectos del veneno lento que le has administrado, de acuerdo con mis instrucciones. Esta vez el plan es perfecto.

-Entonces somos libres.

-Todavía no. Sospecho un peligro oculto. Me afecta a mí, a Alberto Palermo, pero no a ti, Thelda Blanchet. Un hombre vino aquí anoche. Me interrogó. Fingió ser un corresponsal de prensa. Habló de muchas cosas, entre otras, mencionó... ¡esto!

De debajo de su túnica, sacó un estuche. Abriéndolo mostró un zafiro purpurino. Los reflejos de la luz chispearon sobre la joya por cuya posesión tantos crímenes se habían cometido.

Con una exclamación de alegría, Thelda avanzó para contemplar la alhaja más de cerca. Era en verdad digna de ser admirada y capaz de seducir al más indiferente.

-Algún día-dijo el doctor, en tono significativo-, este zafiro será tuyo, Thelda. Pero debo guardarlo por ahora... hasta que haya solucionado los peligros desconocidos que le rodean.

-¿El hombre que estuvo aquí anoche?

La pregunta de Thelda expresaba una preocupación grave.

Palermo la rechazó con una sonrisa.

-Es un sujeto de poca monta-declaró-. Ni siquiera quise ocuparme de él. Avisé a Macklin. Eso es todo.

"Pero por alguna causa que desconozco los planes de Macklin fallaron. El visitante no murió. Fue salvado... por otro. Tenemos un enemigo que puede ser peligroso. Por eso digo que debemos esperar.

Antes de que la muchacha respondiese, entró Hassan, el criado árabe. Fue al rincón del aposento y abrió una puerta corrediza apareciendo a la vista el montacargas.

Tiró la cuerda y el aparato se puso al nivel del suelo de la habitación.

Dentro había la figura sentada de una extraña imagen oriental enana. La estatua era de bronce; tenía los brazos cruzados y su faz fea y feroz miraba con ojos fulgurantes. Era una figura de aspecto inhumano y repulsivo.

-¿Qué es eso?-preguntó Thelda, impresionada.

-La imagen de Chong-respondió el doctor Palermo-. Hace mucho que deseaba tenerla en este aposento oriental. Se dice que proviene del palacio imperial de Pekín. Me ha costado mucho conseguirla, pero al fin ya es mía.

Ayudó a Hassan a sacar la imagen del ascensor.

Los dos hombres la levantaron con dificultad. La colocaron en un taburete situado en un rincón, un lugar que era evidente fue preparado para contener la imagen de Chong, tanto tiempo deseada por el doctor.

Apareció en ese momento una sombra larga en el suelo; pero nadie la observó, tan absortos se encontraban en el examen de la estatua oriental.

Cuando el doctor Palermo retrocedió, la sombra desapareció en la dirección de los tapices de la pared.

-¡Perfecto!-exclamó el doctor-. ¡Perfecto!

Thelda Blanchet consultó su reloj de pulsera. Sus movimientos eran seguros y elegantes. Dijo:

-Debo marcharme. No estaría mal que cuando yo estuviese allí... -Miró hacia Hassan y se interrumpió-. Sería mejor que me marchara.

El doctor Palermo hizo una reverencia. Sonrió ligeramente al ver la mirada de ternura en los ojos de la muchacha.

Thelda siguió al árabe bajando por la escalera de caracol.

Transcurrieron unos minutos. El doctor Palermo continuaba sentado en su sillón contemplando con fijeza la imagen de Chong.

Parecía meditar profundamente con los ojos medio entornados.

Estaba tan inmóvil como la estatua. Transcurrió un largo intervalo moviendo apenas los labios:

-La imagen de Chong. Paciente, inmóvil e implacable. Teniéndola aquí gozo de una seguridad absoluta. Es una reproducción perfecta.

Su voz se elevó. Parecía representar un papel dramático, al hablar en tono venenoso, y con amplios ademanes como para impresionar a un auditorio invisible.

-¡Un hombre me cierra el paso al poder! ¡Un hombre! ¡Lo eliminaré!

"Desconozco su identidad. Pero pronto sabré quién es. Una vez que le haya visto...

No terminó la frase. Una súbita intuición le dijo que no estaba solo en la habitación. Algo sutil e indeterminado le hizo estremecer.

Volvióse con rapidez, esperando ver la figura de Hassan. En aquel momento quedó inmóvil, la mirada transfija.

Un hombre alto, con una capa negra, permanecía de pie en el centro del aposento. Las manos de la figura estaban ocultas por sus brazos cruzados. Su rostro era invisible a causa del ala negra de un sombrero grande echado hacia abajo.

Sin embargo, de debajo de aquella ala, chispeaban dos ojos de fuego.

-Una vez que le haya visto - fue una voz cuchicheada la que surgió del hombre vestido de negro-, una vez que le haya visto... ¿qué pasará? ¡Conteste mi pregunta! ¡El hombre que busca está aquí, delante de usted!

CAPÍTULO VIII
OTRO HOMBRE MUERE

Los dos hombres permanecieron inmóviles en el aposento oriental.

Semejaban estatuas vivientes, silenciosas e inmóviles como la fulgurante imagen de bronce que presidía aquella habitación.

Formaban un contraste acentuado: el doctor Palermo, en sus flotantes ropas chinas; el hombre vestido de negro, con el rostro invisible.

El médico contempló cauteloso a su audaz visitante. No temía a la aparición ni tampoco podía ponerla en ridículo.

Su cerebro astuto funcionaba buscando un modo de hacer frente al inesperado enemigo. Su magnífica serenidad, le salvó más de una vez en otros trances más apurados.

Hizo una reverencia cortés y habló en todo suave, poniendo sumo cuidado en las palabras que profería.

-Es un placer-dijo-, un verdadero placer conocerle. Ha aclarado una duda mía. Anoche tuve yo la certidumbre de que mi joven visitante obedecía órdenes de quien poseía un cerebro mucho más sagaz. Ahora lo compruebo.

El hombre vestido de negro no contestó.

-Aunque intente ocultar su identidad-continuó el doctor-, quizá le interese conocer que sé quién es usted. He oído hablar de sus proezas en el pasado. Así no es de extrañar que le haya identificado casi al instante.

El hombre vestido de negro continuó mudo.

-Me han dicho-la voz del médico adquirió un timbre irónico-, que existe un hombre de bajos fondos, que se disfrazaba de negro y asusta a los gangsters que tienen corazón de gallina. Usted es, creo yo, ese hombre que se hace llamar La Sombra.

Al pronunciar las últimas palabras, el doctor Palermo levantó la mano izquierda en un ligero ademán.

La acción fue presentida por el hombre vestido de negro. Rápido como una centella, dio media vuelta abriendo los brazos.

En cada mano apareció una pistola automática. Con una encañonaba al doctor Palermo; con la otra apuntaba a la pared superior de la escalera de caracol.

Hassan apareció allí, silencioso y feroz, disponiéndose a saltar sobre el desconocido. Un instante después, se habría lanzado sobre el enemigo de su amo.

La Sombra hizo un movimiento expresivo con la pistola que encañonaba al criado, quien comprendió su significado, cruzó la habitación mirando con furia al hombre de la capa negra y se colocó al lado del doctor Palermo.

Éste permanecía inmóvil y en apariencia indiferente, pero su cerebro trabajaba rápido buscando la manera de vencer a su enemigo.

Con un movimiento pausado, La Sombra guardó ambas pistolas bajo la capa negra.

En un cuchicheo profundo y siniestro dijo:

-Doctor Palermo, he venido a advertirle. Se le juzgará por los muchos crímenes que ha cometido y que han quedado impunes.

"Es usted un doble asesino; y anoche, de no ser por mi oportuna intervención, habría sido usted responsable de un tercer asesinato. Pero antes de que muera-y la muerte será su

castigo-le ofrezco la ocasión de redimir el buen nombre de una persona a quien ha inculpado de un crimen y devolver unas riquezas que no le pertenecen.

El doctor Palermo sonrió lentamente. Comprendió que se hallaba a merced del desconocido; sin embargo, intentó desafiarlo.

-Habla usted de crímenes y también de robos. ¿Qué pruebas posee de que sea yo el autor de tales fechorías?

-No necesito ninguna prueba. He recibido un informe completo de la visita que anoche le hizo Clyde Burke. Mi breve visita a su laboratorio confirmó sus sospechas. Pero para probarle que estoy bien enterado, formularé los cargos concretos contra usted.

Palermo escuchó en silencio.

-Uno-dijo La Sombra, en tono severo-: Asesinó usted a Horacio Chatham. Debo añadir que disolvió usted el cuerpo en su laboratorio.

El hombre vestido con ropas chinas se movió intranquilo. La declaración era increíblemente cierta. Estaba seguro de su impunidad y sin embargo era conocida por su acusador.

-Dos-continúo la voz-: Disfrazado de Chatham, mató a Seth Wilkinson.

Palermo no negó la acusación.

-Tres y cuatro-prosiguió La Sombra-. Robó usted a esos dos hombres. A Chatham le quitó...

Hubo una pausa momentánea, los ojos bajo el sombrero negro parecían leer los pensamientos del médico. Continuó:

-A Chatham le quitó un zafiro purpurino.

Sucedió una nueva pausa amenazadora. El silencio era denso y parecía envolver una siniestra amenaza.

-A su víctima-continuó La Sombra-, arrebató un documento con su firma, dejando en lugar de él un pagaré falsificado.

El rostro del doctor Palermo tomó una expresión extraña. Al parecer estudiaba las acusaciones de La Sombra. Una palidez mortal cubrió sus facciones.

Actuando de una manera automática, se sentó en su sillón de costumbre.

La Sombra se destacaba delante de él como un centinela implacable.

¿Acaso empezaba el castigo de sus crímenes?

Respondió con voz ronca:

-Me acusa usted de esos crímenes. Supongamos que sus cargos son fundados. ¿Eso es todo?

-Por ahora no tengo más que decir.

Por el rostro del doctor Palermo se extendió un destello de triunfo.

Su implacable acusador llegó demasiado tarde para oír la parte primera de la conversación de Palermo con Thelda Blanchet.

¡Ignoraba la suerte que se cernía sobre su siguiente víctima, Roger Crowthers!

-Estudiaré sus condiciones-declaró-. Quizás acceda...

No terminó la frase. Con las manos oprimió los bazos del sillón oriental.

Fue un movimiento súbito y rápido.

La Sombra vio la acción, pero era demasiado tarde para evitarla.

Surgió una delgada columna de humo del sillón y, al mismo tiempo, las luces de la habitación se apagaron.

El antro quedó envuelto en completa oscuridad.

Las pistolas automáticas estaban en las manos de La Sombra; pero al oprimir los gatillos, una figura voluminosa lanzóse sobre él. Resonaron unos disparos, pero la puntería del tirador fue desviada.

Hassan saltó sobre La Sombra y el hombre de la capa negra cayó derribado por el impetuoso ataque del árabe.

El criado tenía fuerza y corpulencia, pero no contó con la habilidad de su adversario. Cuando las pistolas cayeron de las manos de La Sombra, éste lanzó un golpe formidable, con puntería tan certera como si la habitación hubiese estado iluminada.

El golpe descargó de lleno en la mandíbula del árabe, que rodó inerte al suelo.

Avanzando sin errar a través de la oscuridad, La Sombra llegó a la pared y oprimió el interruptor. La luz inundó la habitación. Hassan yacía inconsciente y gimiendo sobre la alfombra.

La imagen broncínea de Chong desde su rincón, miraba fulgurante y con fijeza maligna.

Pero el sillón chino estaba vacío:

¡El doctor Palermo desapareció por completo en pocos segundos!

La Sombra recogió sus pistolas. Acercóse al sillón del trono y lo examinó con precaución.

Volvióse en todas direcciones mientras su mirada penetrante escudriñaba todos los rincones del aposento.

Obrando con rapidez, examinó los tapices que cubrían las paredes. Después se dirigió hacia las puertas de la habitación que se fundían en la oscuridad interior y de donde podía surgir el peligro en el momento más inesperado.

La luz de su lámpara eléctrica iluminó la azotea. No reveló nada.

La Sombra regresó al aposento oriental. Estaba perplejo. Fue burlado por un truco de prestidigitación del astuto doctor Palermo.

La desaparición fulminante del peligroso médico, fue un misterio que le sobresaltaba.

Cual si buscase la solución, se sentó en el sillón que parecía un trono y oprimió los brazos. No alcanzó ningún resultado visible. Resonó un agudo chirrido en el lado opuesto de la habitación.

Levantó la cabeza y distinguió asombrado, una maya de acero con una sola abertura, por la cual se proyectaba el cañón de un revólver.

Era un instrumento ofensivo y defensivo en alto grado.

El arma estaba fija en su sitio: sin embargo, gracias a un dispositivo especial, el cañón cubría toda la habitación.

Tras la malla de acero, se resguardaba el doctor Palermo, la mano descansando tranquilamente sobre el instrumento de muerte.

-¡Necio!

La voz del médico poseía un tono de triunfo. Sonrió al contemplar a su prisionero, pues por el momento La Sombra debía considerarse como tal.

-¿Conque creía atraparme en mi guarida? De haber esperado yo su visita, no hubiera sido tan larga la entrevista. Me encanta dejarle vivir unos minutos, pues parece la mosca cogida en la tela de araña. Está impotente en mis manos y usted lo sabe.

"Dispare sus pistolas automáticas. Voy a divertirme, no hay bala que atraviese esta malla de acero que me protege. Sin embargo, soy de opinión que espere unos minutos antes de hacer la prueba, pues voy a facilitarle algunos detalles complementarios. Si por causalidad se pone nervioso, quizá la entrevista termine súbitamente.

Alberto Palermo movió de una manera significativa la pistola.

La Sombra le observaba en silencio.

-Casi ha acertado en sus conjeturas-dijo el doctor-, fue Hassan, no yo quien mató a Chatham. Yo me encargué de eliminar a su molesto amigo Wilkinson.

"Sin embargo, no sabe cuánto le agradezco esta molestia. Su visita me permitirá proceder con mis planes, sin tenerle a usted pisándome los talones. Nadie sospecha de mí ningún crimen. Mis hechos pasados son leves, comparados con los que me propongo realizar.

"Aquí en lo alto, estoy viviendo en un verdadero Gibraltar, sobre una roca poderosa. Ningún gangster ni sabueso de su tipo pueden alcanzarme. Estoy completamente seguro. Mientras hablo-sé que esto le interesará-la vida de un hombre está terminando. Dentro de unos minutos, Roger Crowthers, el famoso multimillonario, se despedirá de este mundo.

"Un tratamiento apropiado quizá lo salvaría, pero sus médicos no comprenden que esta enfermedad es causada por un veneno lento y sutil, y que la última dosis será administrada, casi juraría, en estos instantes, con su medicina habitual.

Cual si obrase impulsado por un súbito frenesí, La Sombra saltó veloz del trono chino y apuntó una pistola hacia la malla de acero.

El arma escupió fuego y una bala se aplastó contra la red metálica. Siguió un segundo tiro.

El doctor Palermo volvió con calma la pistola hacia el cuerpo de La Sombra y se dispuso a disparar. Cuando apretaba el gatillo que dispararía el tiro mortal, La Sombra hizo fuego de nuevo.

La bala certera, tocó un lugar inesperado. Chocó contra la pistola.

La mano de Palermo cayó inerte a su costado.

La Sombra se volvió hacia la escalera de caracol. Antes de que hubiese avanzado un paso, se topó con un nuevo adversario.

Hassan se había levantado. Y sacudía la torpeza ocasionada por el tremendo golpe recibido en la mandíbula. Cogió a La Sombra de costado y sujetóle los brazos.

Palermo, desarmado tras su malla de acero, profirió un grito de satisfacción al ver la acción del árabe.

La Sombra se agachó torciendo el cuerpo de una manera súbita y casi inconcebible. Hassan fue lanzado de cabeza contra el suelo.

La figura corpulenta del árabe volcó, destrozando una mesita china.

Intrépido, el hombre se incorporó lanzándose de nuevo sobre su contrincante, como si los golpes sufridos no hiciesen mella en su cuerpo atlético.

La culata de la pistola automática de La Sombra descargó con violencia sobre el cráneo del árabe. Al ver que su víctima lograría escapar de la trampa, el doctor Palermo lanzó un grito de rabia y furia. No podía emprender una inmediata persecución. Transcurrieron unos segundos preciosos antes de que pudiera desprender la malla de acero desde el interior.

Una vez libre, titubeó. Tenía la seguridad de que La Sombra se había marchado; sin embargo, recelaba de que el hombre, cual encarnación del Destino, estuviese esperándole, abajo.

Era valiente y astuto, pero tenía una conciencia muy negra. No obstante, la Sombra ya estaba en el Departamento. Corriendo al pasillo, tocó el timbre del ascensor. Luego se quitó con rapidez la capa y el sombrero negros.

Cuando el ascensor llegó, el empleado quedó sorprendido al ver a un hombre de rostro solemne esperándole. Ignoraba que el doctor Palermo había recibido una visita.

Había un teléfono en la farmacia contigua al vestíbulo de los Departamentos Marimba. Allí entró un hombre, consultó presuroso el listín telefónico y llamó a un número.

-Deseo hablar con el médico de cabecera del señor Crowthers -dijo el hombre con visibles muestras de inquietud.

Tras una breve pausa, resonó una voz desde el otro extremo de la línea.

-Debo hablarle respecto al estado del señor Crowthers- explicó el hombre por teléfono-. Es una cuestión de vida o muerte...

Sucedió una interrupción:

La voz alterada del médico resonó trágica en el receptor.

-Lo siento-fueron las palabras-, ya todo es inútil. Lamento informarle que el señor Crowthers murió hace exactamente siete minutos.

CAPÍTULO IX
LOS AGENTES DE LA SOMBRA

Mientras Clyde Burke se dirigía en el "subte" a la parte baja de la ciudad, iba absorto, pensando en los incidentes extraordinarios que le sucedieron desde la primera visita de Jorge Clarendon a su oficina, situada en la calle Cuarenta y Dos.

Hubo la entrevista con el doctor Palermo y luego los incidentes emocionantes del taxi.

Aquella misma tarde, el joven recibió el primer mensaje de su misterioso patrono, lo cual obligó al ex reportero a efectuar varios cambios de importancia en la rutina de su vida.

Recibió instrucciones de cerrar la oficina de recortes de prensa y buscar otro alojamiento, advirtiéndole de que no comunicase a nadie sus nuevos planes. Excepto su jefe, todos debían ignorar su domicilio. De acuerdo con tales instrucciones, se trasladó a una pensión situada a más de una milla de su anterior vivienda. Tomó otra oficina en la parte baja de Manhattan, en cuya puerta no puso ningún nombre.

Se dirigía hacia esta nueva oficina, muy confiado de haber seguido las órdenes al pie de la letra. Repuesto de las emociones, se sentía capaz de desafiar al mundo entero.

Había mandado un informe de lo sucedido en casa de Palermo.

A la mañana siguiente recordó con claridad lo ocurrido y dejó el informe detallado en la oficina de Jonas antes del mediodía.

De esta manera, Clarendon podría seguir el curso de los acontecimientos.

Burke escapó a la muerte una vez y un pistolero murió. Ese hecho presagiaba nuevos ataques; sin embargo, no parecía temerlos.

El periodista, al dirigirse desde la estación a su nueva oficina, observó que hacía un día caluroso. Había escogido un edificio viejo y oscuro y su despacho estaba situado en una habitación interior.

Notó un aire sofocante al entrar. Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla.

Luego miró a la única ventana, que estaba cerrada. Abrirla significaría una serie de recortes revoloteando por el cuarto. Sin embargo, no penetraba mucho viento del patio y la habitación estaba en verdad caldeada.

Era imposible trabajar con provecho en aquel ambiente enrarecido. Se dirigió a la ventana y trató de abrirla, pero no lo consiguió.

Era evidente que estuvo cerrada todo el invierno. Reanudó sus esfuerzos durante unos momentos; sintió de pronto que cedía ligeramente y se dispuso para el esfuerzo final.

-¡Chist!

El cuchicheo bajo y sibilante provenía del umbral.

Se volvió súbitamente, con expresión de asombro.

Un desconocido había abierto la puerta y estaba parado en el umbral. Era un individuo joven, corpulento y estaba en mangas de camisa.

-¡No abra esa ventana!-exclamó el hombre, en voz baja-. Acérquese de nuevo a ella y finja abrirla.

Burke obedeció. El tono del hombre daba a entender algún propósito de importancia.

El desconocido no entró en la habitación; por lo visto no quería ser visto desde el exterior, y por eso extremaba las precauciones.

-Muy bien -La voz desde el umbral habló en tono de aprobación-. Ya ha hecho bastante. Desista y siéntese a su mesa un instante. No mire en esta dirección.

El joven fue obedeciendo en lo que se le ordenaba. Le parecía representar el papel de un actor de cine delante del "cameraman", siguiendo las instrucciones del director. Contempló las cosas que tenía encima de la mesa, procurando conducirse de una manera indiferente.

-Vuelva a la ventana-fue la siguiente orden-. Pruebe de nuevo, pero no la abra. Frótese la frente como si tuviese mucho calor.

Intrigado, el joven siguió la pantomima que le ordenaban.

-Estoy cerrando la puerta-dijo la voz-. Trabaje con la ventana unos momentos, y simule que es imposible abrirla. Luego aléjese como si fuera a buscar al conserje. Salga rápido de la oficina y vaya a la habitación 463.

Clyde Burke siguió fingiendo. Por último, haciendo una mueca de disgusto, se alejó de la ventana.

Apartándose de la luz, cogió con rapidez su sombrero y chaqueta y salió del despacho cerrando la puerta. Se dirigió a la habitación indicada.

Se trataba de una pequeña oficina con escasos muebles y un cuartito en un rincón que hacía las veces de armario.

El desconocido que conversó con él esperaba su llegada. Sin pronunciar palabra, entregó a Burke un sobre sellado.

El periodista lo abrió. Dentro había uno de los mensajes de La Sombra.

"EKRUB: AGNET AZNAIFNOC NE LE ERBMOH EUQ EL
AD OTSE".

Al cabo de unos segundos, mientras los ojos del periodista examinaban las palabras, la escritura fue desapareciendo por completo.

La clave era sencilla. Invertidas, las palabras:

"Burke: Tenga confianza en el hombre que le da esto."

Pero si cualquier otra persona hubiera abierto el sobre, el mensaje habría desaparecido antes de que se hubiese dado cuenta de que las palabras estaban escritas al revés.

Era evidente que el compañero de Burke conocía el contenido de la nota.

Le tendió la mano y cuando el joven la estrechó hizo su propia presentación.

-Me llamo Harry Vincent-dijo-. Usted y yo nos ocupamos del mismo trabajo. Antes de decirle algo, le mostraré una cosa que no dudo le interesará.

Llevó a su compañero al cuartito que tenía una ventanilla alta. Luego le entregó un par de gemelos.

-Mire la tercera ventana a la derecha, del piso de arriba al otro lado del patio-dijo.

Clyde Burke enfocó los gemelos de teatro. El sol brillaba en la ventana indicada. La visión aumentada de Clyde descubrió algo que no podría haber observado sin la ayuda de los gemelos.

Había un hombre parado detrás de la ventana. A su lado veíase lo que parecía ser un trípode. Montado encima de éste, hallábase una cosa larga con un cañón grande y pesado.

-Un rifle-explicó Harry Vincent, cuando el periodista fue a interrogarle-. Un rifle dotado de un silenciador. Apunta hacia la ventana de su oficina. De haber usted abierto aquella ventana... dentro de unos días habrían descubierto su cadáver.

-Pero ¿cómo?

-¿Cómo lo descubrí?-Harry sonrió-. He estado vigilándole a usted y su oficina. Sólo vine para avisarle. Debía prevenirle contra un probable ataque. Trabajamos para la misma causa y espero que hoy recibiremos instrucciones concretas. Está usted seguro aquí. Mientras esperamos, le revelaré algunos hechos importantes.

Regresaron a la oficina. El rostro de Clyde Burke expresaba un vivo interés mientras esperaba las siguientes palabras de Harry Vincent.

-Acabo de llegar de Florida-dijo éste-. Me mandaron allí, hace unos días a investigar el misterio de la muerte de Lloyd Harriman, quien se supone que se suicidó hace unos meses.

-Y descubrió... -Burke no podía reprimir su curiosidad.

-Nada que tenga legalidad ante un tribunal de justicia-replicó Harry-, pero averigüé algunas cosas de importancia. Estoy plenamente convencido de que Lloyd Harriman fue asesinado de una manera habilísima, después de haberle atacado sin los resultados esperados.

-¿Asesinado por quién?

Harry Vincent se encogió de hombros. Él también se había formulado en distintas ocasiones idéntica pregunta, sin hallar solución al problema.

-Lo ignoro -replicó-. Pero mientras Harriman estuvo en Florida, había dos o tres hombres allí...

-¿Era Horacio Chatham uno de ellos?

-Sí, también estaba allí. Me refiero a otros dos hombres, además de Chatham. Uno era un personaje muy conocido en los bajos fondos por el nombre de Pistolero Macklin. El otro era un eminente neurólogo, llamado el doctor Palermo.

-Y ellos...

-Al parecer, no se conocían. Macklin es una de las figuras más astutas del hampa norteamericana. Es un as entre los gangsters. Nadie ha podido probarle nada. En diversas ocasiones la policía lo ha detenido por sospechoso, pero siempre ha demostrado coartadas perfectas.

"El doctor Palermo posee una excelente reputación. Pero yo opino que ambos trabajan de acuerdo. Mientras uno, con toda probabilidad Macklin, ponía fin a la vida de Lloyd Harriman, el otro, es decir, Palermo, practicaba un registro minucioso de la casa del asesinado.

"Tengo la seguridad de que se apoderaron de un importante botín, en dinero o acciones negociables. Al mismo tiempo, no existen pruebas de que se apoderaran del objeto más importante que buscaban.

-¿Jorge Clarendon? -Clyde formuló la pregunta en tono intrigado. Sabía que su patrono era un hombre misterioso, pero no se lo imaginó nunca un hombre capaz de enfrentarse con las fuerzas de la temible hampa neoyorquina.

Harry Vincent sonrió.

-Lo ha conocido usted bajo el nombre de Jorge Clarendon-dijo-, pero no es ésa su verdadera identidad. Se trata de un hombre que ha adoptado diversas personalidades, tantas, que ni yo mismo, que le he ayudado en muchas ocasiones, conozco cuál es la verdadera.

"Sólo existe un nombre por el cual puede definírsele, y ese nombre es tan misterioso como el hombre mismo. El personaje que ordena nuestras acciones es La Sombra.

Clyde Burke abrió la boca estupefacto. Intentó hablar, pero no le salieron las palabras. Un torbellino de sorprendentes recuerdos pasaba por su mente.

Aquélla era una de las mayores sorpresas de su vida.

-La Sombra-repitió Harry, con suavidad-. Un hombre de misterio. Un individuo poderoso. Un ser dotado de un cerebro sobrenatural, que aparece en múltiples y extraños disfraces; cuya identidad, cuando la adopta, se oculta bajo una capa negra.

"Un hombre cuyo grito de triunfo es una risa burlona, que infunde terror en el corazón de sus enemigos. Quien la ha oído una sola vez, nunca la olvidará.

Las palabras de Harry Vincent fueron una revelación para Clyde Burke.

Recordó la extraña personalidad de Jorge Clarendon; cómo el hombre aparecía y desaparecía de una manera maravillosa.

Recordó la espeluznante risa oída en un momento decisivo y tuvo unos vagos recuerdos de la figura vestida negro que le condujo sano y salvo a su habitación.

-¡La Sombra!-exclamó al fin-. He oído hablar de ese personaje misterioso. He escuchado su voz por la radio. Dicen que se desconoce su identidad, hasta en el estudio de la emisora.

-Exacto-asintió Harry-. Se trata de un verdadero enigma.

-He oído mencionar su nombre-continuó el periodista-. Lo han susurrado gangsters peligrosos, que le temían. Otros han declarado que es un super-criminal. En cambio, muchos afirman que es un famoso detective. ¿Cuál es la verdad?

-Lo ignoro-replicó Harry, con franqueza-. Sólo puedo decirle que La Sombra nunca falla a quien trabaja para él. Además, ha hecho fracasar los planes siniestros de muchos hombres peligrosos. Ahora tiene el propósito de frustrar las maquinaciones de uno de los malhechores más audaces que se han conocido: el doctor Palermo. Tenemos el deber de obedecer a La Sombra. ¿Está conforme?

Clyde Burke estrechó en silencio la mano de Harry Vincent.

-Recuerde bien esto-siguió Vincent-. Macklin y sus gangsters no pueden derrotar a La Sombra. En calidad de agentes de ésta, desbarataremos sus ataques.

"Palermo se considera seguro en su Gibraltar, pero mientras permanezca allí, sus planes serán frustrados, debido a la incapacidad e impotencia de sus mercenarios. Esto significa...

-¡Que Palermo se verá obligado a salir de su guarida! -exclamó Clyde.

-Exacto-asintió su nuevo compañero con una sonrisa-. La Sombra ha descubierto las actividades del doctor. Está dispuesto a poner fin a ellas en todas partes. Nosotros debemos colaborar en esa tarea.

Clyde Burke se incorporó.

-Regreso a mi oficina-declaró-. No se preocupe-observó la mirada de aprensión dibujada en el rostro de Harry-, tendré mucho cuidado. Voy a recoger algunos de aquellos recortes. Volveré dentro de unos minutos.

Descendieron por el pasillo, el joven consideró las revelaciones de Harry Vincent. Se alarmó al principio, pero ahora se sentía tranquilo y sereno, lleno de confianza en el futuro.

Abriendo la puerta de su oficina, entró en la habitación y cerró la puerta tras sí. Fue un gesto maquinal e irreflexivo.

Una forma se precipitó sobre él, desde un rincón.

Clyde vio al enemigo a tiempo. Se revolvió contra su adversario, que era un individuo fuerte y corpulento. Obró impulsivamente, pues de otra forma quizá no se hubiese atrevido.

El periodista, pequeño pero fuerte, luchó con ferocidad defendiendo su vida.

De pronto un brazo le apretó fuerte el cuello.

Se encontró mirando con ojos saltones en el rostro brutal de su adversario.

Los labios del hombre dibujaban una sonrisa burlona.

La presión disminuyó. Clyde cayó al suelo, medio desvanecido. Apenas distinguía al hombre inclinado sobre él, empuñando la culata levantada de una pistola automática.

El golpe mortal iba a descargar sobre el cráneo de Clyde Burke, quien, débil y ahogándose, se sentía incapaz de poder defenderse.

En ese momento un puño poderoso descargó contra el mentón del pistolero.

La sonrisa burlona se cambió en una expresión de furiosa sorpresa, cuando el malhechor rodó inerte al suelo. Fue un golpe magistral y oportuno.

Harry Vincent ayudó a incorporarse a Clyde Burke, quien, cual si soñara, sintió que lo conducían en peso a la otra oficina.

Su compañero lo depositó en un sillón y le dio a beber un vaso de agua fría.

El joven se sintió mejor.

-Miré por la ventana-explicó Harry-,y observé que la oficina del piso de arriba estaba vacía. Sospeché entonces que habían tendido otra emboscada, y corrí a ayudarle. Llegué a tiempo de evitar que lo despachasen.

-Gracias -jadeó-. Pero ¿y el individuo que usted derribó?

-Lo dejé donde cayó-respondió Harry-. Ni siquiera sabe quién lo fulminó. Es uno de los secuaces de Macklin. Lo reconoceremos si lo volvemos a ver. Me fijé en su rostro. También le traje sus recortes.

Percibieron un ligero ruido junto a la puerta, cerrada en precaución de un posible ataque. Un sobre revoloteó por el buzón.

Harry lo abrió. Una vez terminada la rápida lectura del mensaje, dejó caer el papel al suelo. Éste estaba en blanco.

-Ya hemos recibido nuestras órdenes-anunció-. Las cumpliremos al instante. Voy a entregarle los útiles de trabajo.

Abrió una puerta de un armario y sacó una maleta grande, de la cual extrajo unas ropas viejas, dos pistolas automáticas y dos sobres.

Entregó unos pantalones, una camisa, un sweater y una gorra a Clyde Burke, diciendo:

-Póngase esto. No tenga reparo, aunque usado, está limpio y desinfectado.

Breves minutos después los dos hombres quedaban transformados en unos gangsters típicos. Harry colocó en la maleta sus trajes habituales. Se guardó un sobre y dio el otro a su compañero.

Declaró sonriendo:

-Un par de gangsters de pelo en pecho, recién llegados de Chicago. Artie Feldman y Harry Boutonne. Buscamos al pistolero Macklin y a su banda de gorilas. Estas cartas - dio unos golpecitos en su sobre-, son de presentación y nos las dio un famoso pistolero de Chicago. Ahora a trabajar. Vamos, compañero.

CAPÍTULO X
PALERMO TRAZA PLANES

Aquella noche el doctor Palermo recibió un visitante. Los dos hombres se aposentaron en el "living room" en el piso cuarenta. El huésped era un individuo alto y fuerte. Su rostro, visto de lejos, quizás hubiese parecido bello y correcto, pero examinado más de cerca, mostraba una expresión de brutalidad y astucia siniestras, que lo hacían repulsivo.

Decía el doctor Palermo, con sutil sarcasmo en su voz:

-De manera que se os volvió a escabullir el hombre.

-Sí, ésta es la verdad; se escurrió de entre los dedos-respondió el visitante, visiblemente molesto por la alusión-. Bugs Lakey salió a "liquidarlo". Lo esperaba con un fusil en una oficina situada al otro lado del patio del edificio. Pero el sujeto no pudo abrir la ventana y Bugs no se atrevió a disparar a causa del cristal, por temor al estrépito.

"En consecuencia, Bugs se introdujo en su despacho y lo esperó. Lo habría terminado allí de no ser que otro sujeto intervino y dejó knockout al imbécil de Lakey, quien todavía se siente atontado.

Comentó Palermo, sarcástico y disgustado:

-Mala suerte.

-No tanto como pudo ser-fue la réplica-. Jerry Marcus murió la noche que llevaba a Burke en el taxi. Creo que le mató el mismo sujeto que dejó knock-out a Bugs Lakey. Jamás nos había ocurrido fracasar por dos veces en un mismo asunto.

-Eso no importa, Macklin-dijo Palermo-. La cuestión es ésta. Te he pagado bien por tu trabajo, ¿no es verdad?

-Sí, debo reconocer que no es avaro.

-Aunque en ocasiones me ha sido difícil conseguir el dinero -añadió Palermo con suavidad-. Todo lo que te he pedido es que me proporciones hombres de confianza, capaces de la faena asignada. Sólo en una ocasión te ordené que hicieras un trabajo personalmente.

-Lo hice-replicó Macklin-. Nadie sospechó que Harriman no se había suicidado. No conseguí apoderarme de aquella joya porque el hombre no la llevaba encima. Pensó usted que acaso se la dio a Horacio Chatham y puse a un par de hombres para que vigilasen al tipo hasta que éste liquidó a Wilkinson y desapareció.

-Exacto-asintió Palermo-. Pero no es éste el asunto más interesante. Además tenía el zafiro purpurino. Creo que sé dónde está ahora y puedo adquirirlo yo mismo. No, Macklin, hasta hace poco no he tenido queja de tu trabajo. Pero este doble fracaso en una cuestión tan sencilla como eliminar a un periodista, a Clyde Burke, puede resultar muy serio. A decir verdad, está entorpeciendo algunos de mis planes.

-¿Por qué?-la voz de Macklin era de reto-. ¿Qué le importa a usted un sujeto como Burke? No puede acusarle de nada, ¿verdad?

-Nada de particular.

-¿Por qué este nerviosismo, entonces?

-Macklin-dijo Palermo, con suavidad-. Tienes un defecto: no ves ciertas cosas que saltan a la vista. Comprendes, desde luego, que Burke escapó gracias a la ayuda de un amigo o protector. Sin embargo, no tienes la menor idea de quién puede ser ese entrometido que desbarata nuestros planes.

-Sí, tiene usted razón - reconoció el gangster -. Ordené a los muchachos que suprimieran al periodista. No pensé en ese otro sujeto. Sí él...

-Si él no estuviera por medio-añadió, mientras Macklin vacilaba -,sería fácil eliminar a Burke, ¿no es verdad?

-Sí. No había pensado en ello hasta ahora.

-Muy bien. Entonces hazlo. Elimínalo.

-Sería fácil-rió Macklin-, si supiese su paradero. Pero en este momento...

-Te gustaría conocer quién es, ¿no es cierto?

-Claro, esta clase de hombres son siempre un estorbo.

-Te diré quién es-dijo Palermo, en voz baja y haciendo que Macklin le mirara con fijeza-.Te diré quién es. Le llaman-hizo una pausa impresionante-. ¡La Sombra!

-¡La Sombra! -los ojos de Macklin se dilataron.

-La Sombra-repitió Palermo, con acento impresionante-. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

El pistolero Macklin se incorporó de un salto y empezó a pasear nervioso de un lado a otro de la habitación. Era evidente que aquella inesperada revelación le había sobresaltado.

-¿Está seguro de eso?- interrogó alarmado -. ¿No está burlándose, verdad? ¡Debemos hablar en serio! ¿No quiere asustarme?

-Ciertamente que no-repitió Palermo, con frialdad.

-¡La Sombra!-cuchicheó Macklin-. ¡No lo creo! ¡No hay ningún pistolero que jamás pudiera eliminarlo! Nunca me figuré que llegaría el momento de enfrentarme con La Sombra.

-Pues así es. Ha llegado el momento y debe obrarse con rapidez.

-Dígame, ¿está seguro de ello?-inquirió nervioso Macklin-. Dígame, ¿lo ha visto usted alguna vez? ¿Ha visto alguna vez a La Sombra?

-Sí. En esta habitación.

Macklin miró a su alrededor cual si esperase ver a algún monstruo negro surgir de la pared y lanzarse sobre él.

Sus ojos escudriñaron el rostro de Palermo, poniéndose más nervioso al contemplar la expresión de desdén en los labios del médico.

Este dio unas palmadas y apareció el criado llevando dos copas de licor en una bandeja.

-Sólo una, Hassan-dijo Palermo, con calma-. Dásela al señor Macklin; la necesita. Parece que se ha puesto nervioso con la noticia.

Macklin tomó la copa.

-La Sombra demostró ser una persona muy hábil-añadió Palermo, después que su cómplice bebió de un trago el contenido de la copa-. A decir verdad, creyó pillarme en una trampa. Me vi obligado a utilizar uno de mis mejores trucos. Desaparecí convertido en humo.

-¿Usted... qué?-preguntó el gangster, incrédulo.

-Me esfumé-afirmó el doctor con voz serena-. Cuando La Sombra me volvió a ver, estaba a mi merced.

"Hasta entonces, La Sombra actuó de una manera estúpida. Pero de pronto dio señales de habilidad. Antes de que yo pudiese eliminarlo, logró escapar. Fue más rápido que yo, y cogió la delantera.

-¡Uf!-exclamó Macklin-. ¿Lo ha vuelto a ver desde entonces?

-No. Por este motivo te llamé esta noche. Quiero que lo busques.

-¿Que busque a La Sombra?-exclamó Macklin-. No buscaría a este individuo por ningún dinero del mundo. ¡No es un ser humano! Nadie conoce su rostro y los que intentaron conocerlo no quedaron vivos para dar su descripción.

-Te he pagado muy bien desde que entraste a mi servicio-indicó Palermo-. Pero haz lo que quieras. Nuestro convenio ha terminado y puedes despedirte de todo futuro beneficio, a no ser que prefieras buscar a La Sombra.

Macklin meneó la cabeza.

-Sé lo que es capaz de hacer ese pájaro. No hay bastante dinero en el negocio. Es inútil mencionar el precio. No quiero ni escucharlo.

-Quizá debiera mencionar-replicó el doctor Palermo-, que La Sombra se interesa por el pasado, así como también por el futuro. La Sombra tiene especial interés en descubrir mis actividades y las de mis asociados. No es cuestión de dinero, Macklin. Se trata de protegernos mutuamente. A los dos nos amenaza el mismo peligro.

La última frase fue pronunciada de una manera enfática.

Macklin palideció y se movió inquieto en su silla. Se pasó una mano por la frente cubierta de un sudor frío.

-Además-continuó el médico-, La Sombra no tiene motivo para creer que yo cesaré en mis actividades por su causa. Está vigilando nuestros movimientos, Macklin, no sólo los míos.

"Si nos movemos, nos obligará a obrar. Estamos amenazados y debo advertirte que tú corres mayor peligro. Si te decides a abandonarme, te colocarás en una situación desesperada.

El gangster se secó la frente con un pañuelo de seda. Estaba convencido de que el doctor decía la verdad. Miró alarmado al médico, como buscando la idea salvadora, que le protegería.

-Veo que comprendes ahora-dijo éste-. Por consiguiente, te diré cómo debes obrar. ¿Tienes un experto en cajas de caudales, que sea de confianza?

-Sí. Louise Seligman. Está oculto. La policía ignora que se encuentra en Nueva York. A un aviso mío, acudirá en seguida.

-Muy bien. Mándalo esta noche a casa de Raymond Hoetzel. Las señas están en este papel.

"Hoetzel vive en una casa vieja protegida por timbres de alarma. Pero el viejo, un paciente mío, me explicó el sistema de protección de su casa y pude descubrir su deficiencia. Este sobre contiene todas las instrucciones que Saligman necesitará.

"Manda cuatro pistoleros con él para vigilar el lugar y que estén de guardia mientras él abre la caja. Asegúrate de que vigilan fuera.

"Dales órdenes de disparar sobre cualquiera que pretenda intervenir. Pero no les digas que acaso La Sombra los interrumpa.

-De acuerdo-replicó Macklin-. Oiga, tengo un par de pistoleros de Chicago que acaban de llegar. Buscan trabajo serio. ¿Qué le parece? ¿Les pongo en este negocio?

-¿Dónde los conociste?-preguntó Palermo, cauteloso.

-Trajeron cartas de Frank Margio-explicó el gangster-. Tuvieron que salir de Chicago. Margio conoce a todos los buenos tiradores de allí; es de confianza. Cuando los recomienda deben ser buenos. Estoy seguro.

-Muy bien. Úsalos.

-¿Qué me dice del botín?

-Es probable que sea importante. Haz los tratos con Seligman. Paga también a la escolta. Después de esos gastos, iremos a medias.

"Si suprimen a La Sombra... habrá mucho dinero para nosotros dos. Debes participar en esta operación, Macklin.

-¿Yo?-preguntó el gangster, alarmado.

-Sí, tú. Al otro lado de la calle, delante de la casa de Hoetzel, hay un parque de estacionamiento para unos cuantos coches. Ve con tu auto y espera allí. Puedes vigilar la parte delantera y lateral de la casa de Hoetzel. Si La Sombra aparece, elimínalo. No te equivocarás si lo ves.

Macklin se guardó el sobre y el papel con las señas. Y levantándose salió del aposento.

Un cuarto de hora después de la partida del jefe de los gangsters, el doctor recibía una nueva visita. Era la hermosa Thelda Blanchet.

Hassan introdujo a la joven en el piso y la condujo al aposento oriental.

El doctor permanecía sentado en su trono dorado, silencioso e impasible como la imagen broncínea de Chong que descansaba en un rincón. Acogió con una sonrisa a su visitante.

-Parece una eternidad desde que estuve aquí la última vez-murmuró con dulce entonación-. Sin embargo, tan sólo fue hace unas noches. Me dijiste entonces que no tardaríamos mucho tiempo... tú y yo...

Hizo una pausa y miró cl impasible rostro de Palermo.

-El momento se acerca, está quizá muy próximo-respondió éste-. No obstante, debemos esperar. Aquella noche, cuando estuviste aquí, tuve una visita inesperada.

La muchacha adivinó algo ominoso en las palabras de Palermo. Le asió del brazo en alarma momentánea, pero el hombre permaneció tan impasible como antes.

Aquella magnífica serenidad, real o aparente, impresionaba a la muchacha.

-Pero me llamaste esta noche-protestó Thelda.

-Sólo para avisarte de nuestro peligro-fue la respuesta-. El hombre que vino aquí se llama La Sombra.

-He oído hablar de La Sombra-dijo Thelda-. Sé que es un hombre extraño y misterioso. Nadie lo ha visto nunca...

-Yo lo he visto -Había una nota de orgullo en la voz de Palermo-. He tropezado con él y puedo destruirlo. Pero necesito tu ayuda.

-La tienes. Ya sabes que obedeceré tus mandatos.

-La Sombra-dijo Palermo-trabaja con la audacia de un criminal. No es un hombre del hampa. Pertenece a la aristocracia. Sabiendo esto, he estudiado mis estadísticas. Contienen

datos respecto a todos los que alternan en la alta sociedad. He eliminado una por una todas las posibilidades hasta descubrir el único hombre que me huele a sospechoso.

"La Sombra, cuando se mezcla con la aristocracia, usa el nombre de Jorge Clarendon. En este nombre empieza la pista que tú debes continuar.

El nombre no significaba nada para Thelda Blanchet.

-Jorge Clarendon -continuó Palermo -, asistirá a una fiesta particular mañana por la noche. Se celebra en la sala de baile del Hotel Larchmore. Irás allí escoltada por el señor Herbert Archer, un joven distinguido perteneciente a la mejor sociedad. Te presentarán a Jorge Clarendon. Si mañana estás tan hermosa como esta noche, Clarendon responderá a tus encantos. No existe en la tierra hombre capaz de resistirte.

La muchacha asintió con la cabeza. Empezó a comprender los planes de Palermo.

-Lo vigilarás con cuidado-indicó Palermo-. Con mucho cuidado, seductoramente. El joven Archer te dejará con Jorge Clarendon. Quizá puedas entretenerle desde ese momento. Si Clarendon partiera de una manera brusca e inesperada, expresa tu sentimiento y procura concertar una cita para veros otra vez. Y sea cual sea el momento en que se marchara, llámame tan pronto como lo haya hecho.

Sucedió un silencio en la habitación misteriosa.

Palermo se sumió en sus pensamientos, trazando planes.

Thelda pensaba en la perspectiva de la noche siguiente; pero más que en eso, gozaba del inesperado ensueño del lugar donde se encontraba en presencia del hombre a quien amaba.

La voz de Palermo rompió de improviso sus sueños.

-Debes marcharte ahora-dijo.

-¡No, no!-protestó Thelda-. ¡Te veo tan pocas veces!

El doctor Palermo sacudió negativamente la cabeza. Era inflexible cuando se trataba de realizar alguno de sus planes.

-Todavía no-dijo-. Debes marcharte y no venir aquí hasta que te llame. Eso será después de que hayamos suprimido esta amenaza. Mañana por la noche quizá seamos libres. Confío en ti, Thelda.

La muchacha se levantó apesadumbrada.

-Corres peligro aquí-dijo-. No puedo marcharme con esa terrible incertidumbre.

-Aquí no-replicó Palermo-. Aquí estoy seguro.

-Pero estás solo. No tienes más que al criado.

-No sólo a Hassan -En el rostro de Palermo apareció una sonrisa leve, al señalar con una mano hacia el rincón del aposento-. No olvides a Chong. Es una compañía excelente.

La muchacha miró a la imagen de bronce, con sus brazos cruzados y su faz fea y fulgurante. No pudo reprimir un estremecimiento.

El horrible ídolo parecía turbar la melodiosa armonía del aposento oriental.

Thelda se volvió suplicante hacia Palermo, pero éste permaneció impasible.

En silencio, la muchacha salió del santuario.

Durante muchos minutos, el doctor Palermo permaneció inmóvil en su trono, mientras que el dragón rojo de su túnica carmesí, parecía retorcerse a la brisa que corría.

El criminal planeaba nuevos proyectos, nuevos movimientos, como un maestro de ajedrez. Sus ojos se clavaban en la imagen broncínea de Chong, al tiempo que en su rostro se extendía una sonrisa siniestra. Habría sido difícil decidir cuál era más horrible, sí el ídolo o su siniestro dueño.

CAPÍTULO XI
LOS MUERTOS NO HABLAN

La emboscada estaba tendida.

Macklin, el pistolero, obraba de acuerdo con las instrucciones que le diera el doctor Palermo.

Iba de caza mayor aquella noche, caza tan grande que le infundía pánico.

Ni siquiera se atrevía a mencionar cl nombre del hombre a quien pretendía cazar.

El gangster se consideraba afortunado. En Louie Seligman tenía un verdadero as de las cajas de caudales. Además, contaba con los otros cuatro hombres elegidos.

Goldman y Brill eran dos hombres de confianza. Con ellos había dos gangters de Chicago: Artie Feldman y Harry Boutonne.

Macklin sonreía satisfecho al dirigirse hacia la parte alta de la ciudad. Tenía absoluta confianza en los cuatro pistoleros.

Detuvo el coche delante de la casa de Hoetzel, junto a la acera de enfrente.

Una luz de la calle le permitía vigilar la entrada del edificio y la callejuela transversal cercana. Por allí partieron los hombres.

La cita fue para las doce de la noche. Macklin llegó cinco minutos más tarde. Estaba nervioso e intranquilo, pero aparentaba una serenidad que no sentía.

Se agachó y cogió una botella. Tomó un trago preparándose para lo que pudiera suceder.

Podía entrar en la casa de Hoetzel por la puerta principal o por una pequeña puerta lateral. Los cuatro hombres se marcharon en aquella dirección, dirigidos por Seligman, el experto en cajas de caudales.

Sólo Louie conocía el método de desconectar un alambre muy importante que hacía funcionar el timbre de alarma. Macklin le facilitó tan preciosa información, gracias a las instrucciones recibidas del doctor Palermo.

Los otras cuatro se perdieron en la negrura de la estrecha callejuela, dominando el único acceso, a menos que alguien apareciera por la parte de delante de la casa.

Quien entrase en aquella callejuela entraría en las garras de la muerte.

Los cuatro hombres tenían órdenes de registrar la pequeña calle para asegurarse de que no había allí nadie escondido.

Al marcharse, debían hacerlo de dos en dos y por distintos caminos.

Seligman, si se veía obligado a huir solo, debería lanzar el saco conteniendo las herramientas que, esperaba Macklin, contendría luego el botín.

Los pistoleros se sorprendieron de la insistencia de Macklin de que siguieran al pie de la letra dichas instrucciones. Ignoraban que su jefe tenía el propósito de estar sobre el terreno, vigilando con ojos de halcón desde el otro lado de calle. Pues no les hizo la menor advertencia respecto a La Sombra.

Macklin desconocía cómo se situaron los hombres.

Intentó imaginarse sus posiciones, pero no lo consiguió, aunque ayudara a su imaginación con otro buen trago.

Le tranquilizaba saber que había allí cuatro pistoleros veteranos dispuestos a suprimir a quien se aventurara por aquella callejuela.

Un solo hombre podría entrar por allí: La Sombra. Ninguna otra persona acudiría a altas horas de la noche a un lugar casi deshabitado y peligroso.

Macklin, sentado en el coche, empuñó su pistola automática. Comprendía que el doctor Palermo era un analista muy agudo.

Obedecía, pues, las órdenes recibidas; no estaba allí para pasar un rato distraído. Algo le avisó que la escena crítica podría ocurrir fuera de aquella callejuela.

Perfectamente; su título de "Pistolero" lo ganó a pulso. De día o de noche, sobrio o borracho, Macklin era un tirador mortal.

Si La Sombra apareciese, debería entrar en la callejuela y luego salir de ella.

Era imposible que procediese de otra forma.

Mientras esperaba en el coche, muy paciente, sabiendo que Louie Seligman operaba con su habitual destreza, ocurría una cosa muy vulgar en el Hotel Larchmore.

Un caballero llamado Jorge Clarendon expresaba su sentimiento por verse obligado a marcharse tan temprano.

La muchacha a quien hablaba parecía sentirse muy decepcionada después de su partida. No regresó a la sala de baile, donde la fiesta seguía en su espectacular apogeo.

Se dirigió a una cabina telefónica y pidió un número. Lo que dijo y lo que ocurrió a causa de ello, jugó un papel muy importante en la carrera de Macklin, el Pistolero.

Había transcurrido escasamente una media hora, cuando el hombre del automóvil se imaginó haber visto algo al otro lado de la calle, junto a la mal iluminada callejuela.

Levantó su pistola automática mientras vigilaba con ojo avizor.

Unas sombras ligeras y temblorosas se movían junto a la pared de la casa contigua a la de Hoetzel. Semejaban sombras vivientes, especialmente una, mucho más negra que las otras.

Macklin titubeó. Buscaba una sombra llamada La Sombra. Esperaba que fuese fugitiva, pero a lo menos algo más corpórea que un vago fantasma.

Estaba dispuesto a hacer fuego; pero conocía que un solo disparo tonto comprometería a los cuatro hombres de la callejuela.

La sombra que observaba tenía una semejanza con una figura humana.

Macklin aguzó la vista para encontrar el cuerpo a la cual pertenecía. No tuvo éxito.

La sombra permanecía inmóvil ahora. Empezó a moverse cual si oscilase al viento leve. Daba la sensación de deslizarse por la pared en dirección a la callejuela.

Macklin siguió esperando. Empuñaba la pistola, apuntando hacia la entrada de la callejuela, tembloroso el dedo sobre el gatillo.

La sombra llegó delante de la callejuela. Poco a poco iba deslizándose en la oscuridad, fundiéndose en la negrura.

Macklin rechinó los dientes. Sabía que el hombre debía seguir a la sombra.

A pesar de eso, el hombre seguía invisible. La sombra se fundió en la negrura y desapareció.

El pistolero observó incrédulo cómo el individuo entraba en la callejuela.

¡Ante sus ojos La Sombra había caído en la trampa! ¡La Sombra fantasmal era un hombre vivo!

Esperaba oír los disparos de las pistolas automáticas. Pero esperó en vano.

Era evidente que La Sombra no había llegado al lugar donde los cuatro hombres hallábanse apostados bajo la ventana abierta.

Con seguridad habrían descubierto su presencia. Era imposible que un hombre solo redujese a los cuatro.

¿Por qué no se oía ningún ruido indicando que entraron en acción?

Transcurrían los minutos y La Sombra no reaparecía.

Fue entonces cuando Macklin, el Pistolero, tuvo una resolución. Un pensamiento casual penetró en su mente, iniciando una serie de ideas que le revelaron la verdad sorprendente.

A menos que La Sombra esperase tontamente en la entrada de la callejuela, debía haber llegado a la ventana donde se hallaban los cuatro veteranos.

Macklin estaba convencido de que sus cuatro hombres eran leales; pero sospechó de improviso de los pistoleros de Chicago. Se imaginó una escena que resultó extraordinariamente cierta.

Goldman y Carver Brill, confiados e indiferentes, eran engañados por la aparente vigilancia de los pistoleros de Chicago. Mientras tanto, La Sombra descendía por la callejuela y entraba por la ventana, sin ser molestado.

Macklin reprimió un grito de rabia. ¡Le burlaron¡

Como en respuesta a sus sospechas, percibió un sonido provinente de la callejuela. No era el ruido de un disparo. Era una carcajada burlona, proferida por algún ser invisible.

Luego retumbaron unos disparos y la carcajada volvió a resonar burlona y triunfante.

Cuatro hombres salieron corriendo de la callejuela.

Macklin los contó cuando entraron en la zona iluminada. No podía distinguirlos bien a causa de la distancia; pero conocía que eran sus cuatro hombres; dos leales y los otros dos, traidores.

Esperó. Ya se vengaría más tarde de los pistoleros de Chicago. Ahora tenía que saldar una cuenta con La Sombra.

Resonó una sirena de la policía en lo alto de la calle. No podía haber llegado tan pronto, de haberla atraído los disparos.

Seguramente sucedió algo en el interior de la casa.

La respuesta asaltó la mente de Macklin.

La Sombra redujo por la fuerza a Louie Seligman mientras operaba y luego denunció el asalto a la policía. Hecho esto, se burló de los hombres de la callejuela, riéndose de ellos desde el interior de la casa.

Los tiros fueron disparados por Goldman y Brill, pero fueron disparos tontos y malgastados. Su excelente plan había fracasado a causa de su maldito enemigo.

La llegada del coche de la policía sólo sirvió para dar ánimo a Macklin.

Estaba seguro de que ahora La Sombra saldría antes de la llegada de la policía. También a él podrían acusarle de escalo, y lo que más debía temer era la revelación de su identidad.

En la oscuridad se sentía seguro, por el momento. No obstante, no dejaría nada al azar. Puso el pie sobre el acelerador.

Divisó una sombra al otro lado de la calle; una sombra que parecía surgir de la acera delante de la callejuela. Iba adquiriendo una forma humana, alejándose de la casa de Hoetzel.

La policía se acercaba con rapidez.

Puso en marcha su coche. Salió del parque de estacionamiento. Conducía con la mano izquierda, dirigiéndose hacia el lugar donde aún distinguía a la sombra moviente.

La rueda delantera rozó el bordillo de la acera opuesta de la calle.

Rechinando los dientes en triunfo, se inclinó de repente por un costado del coche, pistola en mano.

Disparó una vez, luego otra; sus balas se aplastaron en la pared del edificio.

Fue entonces cuando divisó a La Sombra.

Las luces delanteras del coche iluminaron la negrura de la pared. Destacado por el resplandor, distinguió a un hombre vestido de negro, una figura inmóvil y silenciosa, cubierta con una capa larga y un sombrero de alas anchas.

Bajo el ala de aquel sombrero chispeó algo, como si los faros del automóvil brillaran en dos ojos relucientes. Por un extraño designio del destino, Macklin, el Pistolero, consiguió lo inesperado. Descubrió a La Sombra, aquel temible fantasma de los bajos fondos.

Por primera vez en la historia del hampa, La Sombra no pudo deslizarse en algún escondrijo o grieta negra, donde los ojos humanos no alcanzasen a descubrirlo.

¡La Sombra estaba allí!

Macklin, el Pistolero, de puntería mortal se encontraba con la ocasión de eliminar al terror del hampa. Su equivocación fueron sus dos primeros tiros.

Sirvieron de aviso.

Ya, cuando apuntaba directamente hacia La Sombra, hubo un movimiento veloz de uno de los brazos negros. Una lengua de fuego brotó de la pared.

Luego, una segunda bala. Seguidamente, una tercera.

El primer tiro hirió la muñeca de Macklin en el momento en que iba a apretar el gatillo de su pistola. La mano descendió cuando la bala surgió como una lengua de fuego del negro cañón de la pistola.

El segundo disparo hirió el antebrazo de Macklin.

El tercer mensajero del arma de La Sombra se alojó bajo el hombro del gangster.

Inmediatamente el coche pasó por el lugar donde la negra y misteriosa figura se apoyaba.

Ya no se destacaba perfilado en la pared el hombre de la capa larga y negra.

Alejado el resplandor de los faros, La Sombra se convirtió una vez más en una parte de la densa oscuridad de la calle.

El dolor y el pánico iban apoderándose del gangster. Ahora sólo pensaba huir. Huir de la venganza de La Sombra, del rondín volante que se acercaba y que no se marcharía sin hacer una buena redada.

Guiando con la mano que le quedaba útil, conducía como un loco.

Un taxi cruzó en la esquina. Hizo un valeroso esfuerzo para desviar su coche, pero su mano útil carecía de la fuerza necesaria.

El taxi viró cuando el automóvil del gangster chocó con el bordillo estrellándose contra la pared.

Macklin fue lanzado sobre el parabrisas. La policía lo encontró desvanecido.

Media hora más tarde. Macklin, el Pistolero, abrió los ojos en el dispensario de urgencia del hospital Ransome. El primer rostro que divisó inclinado contemplándole fue el del detective Steve Lang. La expresión del agente era de sarcasmo.

-Conque eres tú Pistolero Macklin, ¿eh?-dijo irónico-. De manera que operando con Louie Seligman, el experto en cajas de caudales. Te atrapamos esta vez, Pistolero. Tenemos a Louie en chirona.

"Está dispuesto a cantar. ¿Qué tienes que decir?

-Nada-replicó Macklin, rechinando los dientes.

-Dicen que no tardarás en despedirte de este mundo, Pistolero -continuó el detective-. Será mejor que confieses antes de hacerlo.

Macklin cerró los ojos.

Steve Lang se alejó malhumorado. No era la primera vez que fracasaba en su tenaz intento de hacer hablar a un gangster.

Al llegar a la puerta, el rostro de Lang se iluminó de alegría. En la habitación entró Jerry Haggerty, uno de los compañeros de Lang.

Jerry era el único miembro de la fuerza que nunca jamás fracasó en el arte de hacer cantar a un gangster.

-Déjeme hablar a Macklin-dijo-. Prepárese, Lang, voy a intentar que confiese el plan que llevaba preparado.

Se inclinó sobre el herido.

-Mírame, Macklin-ordenó en tono duro-. Te atrapamos al fin, ¿eh? ¡Habla!

-Pruebe de hacerme hablar-replicó Macklin, abriendo los ojos.

Jerry se inclinó y cuchicheó unas palabras en el oído del herido.

Macklin se quedó boquiabierto; sus ojos se tornaron vidriosos.

-¿Cómo... cómo? -tartamudeó-. ¿Cómo sabe usted eso?

-Te traicionaron, Macklin-replicó Jerry-. Sólo hay una manera de vengarse de quien tan mal se portó contigo. Cuéntanos lo sucedido.

-¿Palermo es La Sombra?-murmuró Macklin, incrédulo-. ¡No puedo creerlo!... Esto es un absurdo, quieren engañarme, para que hable.

-No menciones lo que te acabo de decir-dijo Jerry-. Dinos lo que sepas. Háblanos de unos meses atrás, de lo que sucedió en Florida.

Por el rostro de Macklin apareció una expresión de odio. No acertaba a comprender cómo los detectives sabían de Palermo ni de La Sombra. Estaba seguro de una cosa: que alguien lo traicionó.

Jerry retrocedió para que Steve Lang se sentara al lado del gangster.

-¡Ahora lo comprendo! -gritó Macklin, intentando incorporarse-. Me dijo anoche... me dijo que debíamos eliminar a...

Se desplomó agotado.

-Lo veo...-Su voz sonaba con más calma-. Fue una farsa. Quería deshacerse de mí porque yo sabía... yo sabía demasiado y ya no me necesitaba. Quince billetes de mil me pagó.

-Empieza por Florida-instó la voz de Jerry

Macklin tenía los ojos cerrados. De haber visto al detective entonces quizá confundiría su alta figura con la vestida de negro que encontró poco antes.

Pero iba perdiendo el conocimiento. Su rostro tenía una palidez mortal.

-Continúa Steve-dijo Jerry-. Salgo un instante. Vuelvo en seguida.

Dirigióse a la puerta y permaneció allí esperando.

Entró una enfermera que se acercó a Steve Lang.

-Telefonearon para decirle que el detective Jerry venía aquí - anunció.

-Muy bien-gruñó Steve-. Gracias.

Valiente aviso, pensó, cuando Jerry ya casi termina su trabajo.

Pero el hombre parado en la puerta se impresionó al oír el aviso de la enfermera.

-Le diré todo, Steve -dijo -. No creo que voy a morir... pero se lo diré de todos modos. Empezaré mi historia desde la época en que estuve en Florida - Su voz se debilitó -. Cuando... cuando... estuve en Florida.

Un interno acababa de entrar en la sala, llevando un vaso de medicina.

Acercóse a la cama, manteniéndose de espaldas a la puerta, de forma que el hombre alto allí no podía ver su rostro.

Dijo en voz baja a Lang:

-Que beba esto. Se encontrará mejor después. Está muy débil ahora.

Arrimó el vaso a los labios de Macklin, quien tragó el contenido de un sorbo. El interno se alejó con el vaso vacío.

Salió por otra puerta, de espaldas hacia el lugar donde el detective Jerry estaba de pie.

Macklin se irguió sentado. Sus ojos chispearon.

-Hablaré ahora -dijo-. Le diré todo cuanto sé, Lang.

El detective miró hacia la puerta a tiempo de ver a Jerry salir. Le llamó, pero éste no le hizo caso.

Lang se volvió hacia Macklin. La declaración del gangster era de gran importancia. Ahora era el momento de conseguirla.

-¿Cómo se llama él?-inquirió.

-Se llama el doctor... el doctor...

El herido se llevó las manos al pecho. Intentó hablar de nuevo, pero sus labios no respondieron. Tosió de repente y se desplomó.

El detective se incorporó de un salto. Alguien había entrado en la sala. Se volvió y vio a Jerry Haggerty.

-Corra, Jerry-exclamó Lang-. El sujeto tiene un ataque. ¡Cielos!, Me alegro de que hayas vuelto. ¿Adónde fue?

-¿Que adónde fui?-repitió Haggerty-. ¿Qué quieres decir? Acabo de llegar ahora-señaló hacia el hombre de la cama-. ¿Cree usted que puedo hacerle hablar?

Steve Lang abrió la boca pasmado de asombro. La situación parecía inexplicable.

Luego el estado inconsciente del herido lo despertó de su aturdimiento, haciéndole entrar en acción.

-¿Dónde está ese enfermero?-gritó-. ¡Ah!-vio a una figura vestida de blanco entrar en la sala-. Aquí está. Oiga, este paciente acaba de morir. ¿Tiene usted otro vaso de la bebida que acaba de darle?

-¿Que acabo de darle?-preguntó el interno lleno de estupor-. No he estado aquí dentro, desde su llegada.

-¿Dónde se ha metido el interno que estuvo aquí?

-Yo soy el único que hay en esta sala.

Miró hacia la figura de Macklin, y volviéndose hacia los dos detectives, dijo, en tono solemne:

-Ese hombre está muerto y me parece que acaba de ser envenenado.

La Sombra fracasó de nuevo al intentar detener la mano de muerte de Palermo. Disfrazado de Jerry Haggerty, consiguió con habilidad inducir a Macklin a que confesara.

Pero Palermo previó la cosa. Al recibir el aviso de Thelda, se dirigió sin pérdida de tiempo al Hospital Ransome, sabiendo que cualquier herido en la casa de Hoetzel sería llevado allí por la policía.

Disfrazado de interno estuvo esperando preparado con el veneno, esperando que La Sombra fuese llevado herido.

Al oír que Macklin intentaba confesar sus crímenes cortó las revelaciones, dando a su secuaz la dosis preparada para La Sombra.

Con la llegada del verdadero Jerry Haggerty, La Sombra desapareció.

Palermo, terminada su misión siniestra, salió del hospital.

Macklin el Pistolero, estaba muerto. Y dos detectives aturdidos y un interno intrigado, fueron los únicos que quedaron en escena.

CAPÍTULO XII
LA RED VA AGRANDÁNDOSE

Dos hombres sentados en una habitación oscura, miraban por la ventana.

Frente a ellos estaba la puerta de entrada, bien iluminada de los departamentos Marimba.

Desde aquella habitación, situada en el segundo piso, que servía de puesto de observación, los dos hombres vigilaban lo que ocurría en el vecino edificio.

Como la ventana estaba abierta y hablaban a media voz, apenas se oían sus palabras. Discutían ciertos incidentes apasionantes ocurridos unas noches antes.

-Todavía no he salido de mi asombro, Harry-dijo uno-. Sabíamos que La Sombra descendía por aquella callejuela. Representamos a la perfección nuestro papel, cuchicheando con aquellos gangsters mientras fingíamos vigilar alerta la ventana. ¡Pero aunque estábamos con ojo avizor, La Sombra se deslizó por entre nosotros, sin que nos diésemos cuenta!

El otro hombre se echó a reír.

-Cuanta más experiencia tiene uno de La Sombra-dijo-, tanto más extraordinario parece. Nuestro trabajo se limitaba a conservar la vía libre, Clyde, y lo hicimos.

-Su risa me sobresaltó-reconoció Clyde Burke-. También asustó a Bull y a Carver. Cuando usted dijo: "¡Larguémonos!", No necesitaron mayores estímulos.

"Temía que no podríamos seguirles cuando huimos hacia el coche que tenían estacionado a la vuelta de la esquina.

-Borramos nuestro rastro-añadió Harry Vincent-. Bull y Carver pensaron que sería mejor escondernos después de aquella escapatoria. Por lo que ellos saben, somos un par de pistoleros de Chicago que han regresado a sus lares.

-Tengo el presentimiento de que Macklin se dio al fin cuenta de la jugarreta. Pero ya no nos puede molestar más.

-La prensa ha iniciado una campaña hablando de su muerte -observó Harry-. ¡Qué historia podríamos facilitarles! Steve Lang y Haggerty no han salido todavía de su asombro.

-¿Quién representó el papel de Haggerty? ¿Quién era el interno desconocido? Nosotros sabemos que La Sombra era uno y Palermo otro. Pero ninguno de los investigadores ha conseguido descubrir una pista todavía.

-Palermo estaría muy alarmado al suprimir a Macklin.

-La Sombra no consiguió que Macklin declarara.

-Pero Palermo perdió a su lugarteniente.

-Se encuentra en una situación en verdad desesperada.

-¿Cree usted eso?-preguntó Harry en tono solemne-. Se equivoca, Clyde.

"El gangster era el único hombre que podía comprometer a Palermo; el único que conocía muchos de sus secretos. Ahora está muerto.

"Han descubierto la identidad de La Sombra, Clyde. Sin el testimonio del pistolero, no hay probabilidad de revelar los crímenes de Palermo. Su rastro está borrado por completo.

-Si supiesen lo que sucedió en el Hospital Ransome...

-No les servirá de nada. Existe una probabilidad: que la policía encuentre por casualidad alguna pista que les sirva de punto de partida.

"Sin eso, no se puede formular ningún cargo contra Palermo.

-¿Qué se propone La Sombra?

-¿Por qué me lo preguntas?-replicó Harry-. La Sombra, cuando actúa contra los reyes del crimen, es implacable. Procura socavar su poder; trata de que se delaten a sí mismos. En muchas ocasiones ha acorralado a gangsters muy peligrosos, impidiéndoles escapar. Luego la policía los ha atrapado con las manos en la masa.

"Cuando La Sombra fracasa en tal empresa, utiliza todo su poder para coger en la red a su enemigo, imposibilitándolo para toda acción. Eso es lo que hace con Palermo, ahora.

-Pero ¿cuál será el resultado?

-El doctor se verá obligado a adoptar medidas desesperadas-explicó Harry-. Eso ofrecerá otra oportunidad a La Sombra para destruirlo. Solamente en caso extremo se toma la justicia por su mano.

-Puede usted ver cómo la red va cerrándose en torno a Palermo. Era éste muy peligroso controlando los movimientos de una banda de gangsters por mediación de Macklin. Ahora se le ha despojado de esa fuerza. Palermo se encuentra más seguro que antes, pero está obligado a defenderse personalmente.

"Vigilando a todo el que entre en los departamentos Marimba, haremos una lista de sus asiduos visitantes.

Clyde Burke tomó nota de dos hombres vestidos de etiqueta que entraban en aquel momento en el edificio. De pronto hizo una objeción:

-Hay cuarenta pisos en esta casa. Entra y sale mucha gente, de todas clases. ¿Cómo sabremos quiénes van a visitar a Palermo? Hay un coche en la calle, con el objeto de seguir a cualquier visitante que pueda salir... Pero, ¿cuáles son los visitantes de Palermo y cuáles no?

Harry Vincent se echó a reír.

-Debo mencionar que el ascensorista de noche de esa casa fue despedido hace un par de días. Su plaza la ocupó otro hombre, un tal Burbank. Debo añadir que se trata de uno de los agentes de La Sombra.

Clyde Burke profirió una exclamación de sorpresa.

Harry murmuró:

-Burbank nos avisará. Por eso tomamos nota de todas las llegadas. La primera persona que visite al doctor Palermo, será vigilada cuando suba al piso cuarenta.

La eficacia del sistema de La Sombra provocó la admiración de Clyde Burke. Comprendió que se había convertido en una parte del eficaz mecanismo que ya colocaba al doctor Palermo en una situación insostenible y desesperada.

El médico criminal se vería obligado a reconocer su derrota y permanecer virtualmente prisionero en su fortaleza del piso cuarenta o bien tendría que efectuar un contraataque que descubriría el lado vulnerable de su situación. Clyde conocía ya la personalidad dinámica del doctor Palermo; y tenía la seguridad de que el hombre intentaría un esfuerzo desesperado para escapar de la red de La Sombra.

Era la primera noche que los hombres vigilaban la entrada de la casa del doctor Palermo. Clyde sospechaba que acaso La Sombra estuvo de vigilancia la noche anterior. Nadie podía prever cuándo terminaría.

Palermo debía de obrar con cautela y sabiduría. Pero si esperaba que La Sombra diera a conocer sus planes, esperaría en vano.

Clyde y Harry se encontraron en el piso de un edificio más viejo. La entrada se hallaba en una calle contigua. No se acercaban si a una manzana de los departamentos Marimba cuando entraban en el edificio.

-¿Qué clase de individuo es Burbank?-preguntó Clyde.

-Es un sujeto muy reservado-respondió Harry-. Es el hombre ideal para esta operación. Conoce muchos oficios. Sabe conducir un ascensor.

-¿No sospechará Palermo de él?

-Nadie sospecharía de Burbank. La Sombra lo utiliza en muy raras ocasiones. Nunca he hablado con él; a decir verdad, apenas lo he visto una vez. Las instrucciones que recibí hoy explican el trabajo de este agente. Eso es todo lo que se dijo de él.

Un automóvil se detuvo delante de los departamentos Marimba. Dos señoras salieron de la casa y partieron en el coche.

Breves instantes después, un taxi paró delante de la puerta. El conserje abrió la portezuela. Se apeó un hombre corpulento.

Clyde le vio pagar al chófer. El taxi se marchó.

El periodista divisó el rostro del recién llegado y asió, excitado, el brazo de Harry Vincent.

-¡Mire, Harry!-exclamó-. ¿Conoce a ese individuo?

-No.

-¡Es Stanley Warwick!

-¿El detective?

-El mismo. El orgullo de los detectives de Nueva York. Goza de una reputación internacional. Sólo se ocupa de casos de importancia.

-Acaba de regresar de Italia, ¿no es verdad?

-Exacto. Fue a exterminar a la Mafia. Siguió una pista iniciada en Nueva York.

Los hombres escondidos observaron a Stanley Warwick citando entró en la casa que vigilaban. La llegada del detective parecía significativa.

-¿Qué irá a hacer allí?-preguntó Clyde.

-Pronto lo sabremos-murmuró Harry. Transcurrieron tres minutos.

Se oyó un zumbido de un teléfono situado en un rincón del cuarto. Era un aparato sin timbre.

Harry fue y habló en voz baja.

-Vincent-dijo-. Sí... Bien... Observamos al hombre desde aquí... Alrededor de un metro noventa... Abrigo gris... Paso corto y rápido... La descripción es perfecta... Muy bien. Avisaré.

Colgó el receptor y se volvió hacia Clyde que apenas le veía a la luz proveniente de la calle.

-Es Burbank-dijo Harry-. Stanley Warwick subió al piso cuarenta. Vigile mientras aviso.

Marcó un número en el teléfono. Era una línea particular, que no estaba conectada con la de la casa.

Hubo una pausa. El agente dijo:

-Habla, Vincent. Frente a Marimba. Observé la entrada de un hombre, Burbank lo identificó. Es Stanley Warwick, el detective. El agente avisó. Warwick subió al piso cuarenta.

Hubo un silencio mientras Harry recibía la respuesta.

-Hemos recibido las órdenes-dijo al fin.

Colgando el aparato, volvió a la ventana.

-Debemos permanecer aquí-dijo-. Comprobaremos el tiempo que dura la visita de Warwick. No debemos seguirle. Evidentemente La Sombra conoce lo que trae al detective por aquí.

-¿No tiene usted ninguna idea...?-empezó Clyde.

-Tengo una idea, desde luego-rió Harry-. Creo que Stanley Warwick recibió un informe de fuente desconocida, ha llegado a sus manos alguna información que le ha permitido atar cabos respecto al misterio de Macklin. Su visita de esta noche es el resultado.

-Es muy probable-declaró Clyde-. Sin embargo, no sabemos nada en concreto.

Harry Vincent, apartado de la ventana, encendía su pipa.

Clyde Burke vio su rostro iluminado al leve resplandor de la cerilla.

Distinguió los labios de su compañero moverse lentamente al pronunciar esa frase enigmática:

-¡Sólo la Sombra lo sabe!

CAPÍTULO XIII
LO QUE AVERIGUÓ WARWICK

Stanley Warwick se sentó frente al doctor Palermo. Formaban un contraste chocante. El rostro del detective estaba surcado de líneas profundas. Era un hombre corpulento, cuyo aspecto denotaba una energía extraordinaria.

Se quitó el abrigo gris y exhibió un traje arrugado.

Se comprendía al instante que era un hombre a quien no le importaban las ceremonias; un investigador tenaz a quien no se burlaba con facilidad.

Palermo lo comprendió al instante; sin embargo, conservaba su serenidad.

El doctor vestía un traje elegantísimo.

Llamó a Hassan palmoteando las manos. El criado apareció con dos copas del licor que se ofrecía a los visitantes.

Warwick lo rehusó con gravedad y Palermo despidió con un gesto al criado.

-Entremos en materia, doctor-dijo Warwick, con voz profunda-. Me telefoneó usted hace un rato, diciéndome que deseaba verme. No lo conozco a usted ni le he visto nunca antes, ¿por qué me llamó?

-Deseo dar alguna información-replicó Palermo-. Pensé que acaso usted sabía quien está investigando la muerte de un hombre llamado Macklin.

-¿Eso es todo?-rió Warwick de una manera desagradable-. ¿Se le ocurrió a usted alguna vez que el cuerpo de detectives conoce su trabajo?

-Sé que el cuerpo de detectives acepta a veces una información -replicó Palermo, en tono sereno.

-¿Qué información puede facilitarnos?-interrogó Warwick, con brusquedad.

-La divulgaré-respondió Palermo-, sólo cuando vea al hombre que se ocupa de ese caso.

-Hable, pues, ahora-replicó Warwick-. Yo soy el hombre encargado del caso Macklin.

-¡Ah!-Palermo parecía satisfecho-. Eso es excelente, señor Warwick. ¿Qué progresos ha hecho?

-Más de lo que usted piensa, Palermo-respondió con sequedad el detective -. Lo suficiente para hacerle a usted algunas preguntas importantes.

El doctor enarcó ligeramente las cejas.

-¿De manera que ya averiguó algo?-interrogó con suavidad-. Debe usted ser muy hábil, Warwick. O bien...

-O bien ¿qué?

-O bien alguien le ha estado proporcionando algunas ideas.

-Le diré hasta dónde he llegado-dijo Warwick, inclinándose hacia adelante-. Hasta verme obligado a preguntarle cómo fue que estuvo en Florida el mismo tiempo que Macklin, el Pistolero.

-Es una pregunta muy lógica-contestó Palermo-. Pero no se le habría ocurrido a usted simplemente porque Macklin habló algo de Florida cuando agonizaba.

El detective no respondió. Se inclinó en su asiento.

-Warwick-dijo Palermo, pensativo-, es usted el único hombre capaz de solucionar este misterio. Evidentemente trabaja usted solo en este caso.

-No estoy diciendo tal cosa-replicó Warwick, cauteloso.

-No lo dice, por razones muy evidentes-dijo Palermo. La sonrisa siniestra apareció en su rostro-. A veces los detectives han hablado demasiado al encontrarse a solas con hombres sospechosos de asesinato. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

Warwick permaneció impasible.

-No se preocupe-continuó el doctor-. Está usted seguro aquí. Sea usted o no el único que sospecha de mí, el caso está en sus manos. Le facilitaron cierta información e ignora quién fue. Pero yo lo sé. No le agradan a usted las informaciones a menos que encaje con algo que usted ya conoce.

"Macklin habló de Florida. En consecuencia, alguien le telefoneó advirtiéndole: "El doctor Palermo estaba en Florida durante la estancia de Macklin." Y usted decidió investigar esto.

El detective seguía estudiando el rostro del médico. No hizo la menor indicación de que las palabras de Palermo hicieran mella en él.

El médico continuó:

-Recibió la información poco antes de que yo le llamara. Por consiguiente, mi llamada debió ser una sorpresa. Algo así como una coincidencia, ¿eh? No hubo tal cosa. Simplemente pensé que iban a facilitarle esa información. Le telefoneé con la esperanza de ser el primero. Pero su voz, al contestarme por teléfono, le delató; poseía ese leve tono de sorpresa que un oyente perspicaz puede descubrir fácilmente...

-Palermo-interrumpió Warwick-quizá sepa usted mucho; pero cree usted ser demasiado listo. Déjeme hablar. Conozco más de lo que se imagina. Conteste esta pregunta. ¿Qué hacían usted y Macklin en Florida?

No hubo contestación.

-¿Qué sabe usted de Lloyd Harriman? Estaba allí en la misma época.

El doctor Palermo sostuvo sin parpadear la mirada del detective.

En el rostro de Warwick apareció una expresión resuelta.

-¿Qué sabe usted de Lloyd Harriman?-repitió, apretando los dientes.

El doctor Palermo sonrió ligeramente.

-¿Tiene el propósito de no contestar?-inquirió Warwick.

El médico frunció los labios. Parecía que iba a hablar. Mientras el detective esperaba, dio una respuesta lenta y deliberada que pasmó de asombro a su interlocutor.

No habló en palabras. Lo hizo en letras. -No ...O-respondió.

-S...I -replicó Warwick, aturdido, al médico.

-Nosi-dijo Palermo, con voz pausada, pronunciando las letras como si formaran una sola palabra.

-Iaon-fue la respuesta de Warwick.

Palermo se llevó las manos al pecho. Una, extendida; la otra, mostrando los dedos.

-Los Siete Silenciosos-silbó entre dientes.

Automáticamente el detective se llevó las manos a las solapas de su chaqueta; una mano extendida, la otra formando un puño. ¡Era una consigna!

-Los Cincuenta Fieles-contestó con voz temblorosa.

De un bolsillo del chaleco, Palermo sacó tres monedas, una monedita de cincuenta centavos y dos piezas de diez. Levantándose se las entregó a Warwick.

El detective contempló aturdido las monedas. Las tres llevaban la fecha 1915. Introdujo una mano en su bolsillo y sacó una moneda de dos centavos, que entregó al médico. Su fecha correspondía con la de las otras piezas de cobre.

Dijo Palermo, acercando su silla al detective:

-Warwick, conoce usted la misión de Los Siete Silenciosos. Nadie los conoce, exceptuando ellos entre sí-su voz se tornó baja e imperiosa -y sus secuaces deben obedecerlos ciegamente.

Stanley Warwick asintió.

-Como los otros-continuó Palermo-, ha conquistado usted su posición gracias a la influencia de algún miembro. Aquí en Nueva York nos ha sido usted muy útil. Pero nunca exigimos sus servicios, excepto en casos de suma urgencia. Por ese motivo nuestro poder ha llegado a ser inmenso y el secreto de nuestra sociedad ha sido conservado; porque no hemos abusado de nuestros privilegios. ¿Cuántas veces ha trabajado usted para nosotros?

-Sólo dos veces-replicó el aturdido detective.

-En ambas ocasiones relacionado con asuntos de tremenda importancia, ¿no es verdad?

El detective asintió.

-Entonces prepárese. Esta vez le confiaré una tarea muy grande. Se refiere a un hombre muy peligroso, un hombre que, si alguna vez sospechara la existencia de nuestra sociedad, haría todo lo posible para destruirla.

-¿Quién es ese hombre?

-¡Ese hombre es La Sombra!

-¡La Sombra!

-Exacto. Como cada miembro de los Siete, tengo mis fines. Ejecuto mi trabajo con tal habilidad que nadie ha sospechado de mí hasta el presente. Pero La Sombra es un superhombre. Fue él quien se disfrazó de Jerry Haggerty, con el objeto de arrancar una confesión de los labios de Macklin, moribundo. Yo lo impedí. Simulando ser un interno, di al herido un veneno. La Sombra trata ahora de destruirme. Fue él quien dijo a usted que investigara mi vida.

-Una voz susurrante-murmuró Warwick-. Sonaba sobrenatural, en el teléfono.

-La voz de La Sombra-dijo Palermo-. ¡La voz de mi implacable enemigo! Tengo que vencerle.

El rostro de Warwick tomó una expresión de resolución. Era un verdadero luchador. El público le conocía por un detective que trabajaba meses enteros siguiendo una pista.

-Con su ayuda-continuó Palermo-, puedo derrotar a La Sombra. Es usted un hombre que está por encima de toda sospecha. Tiene la policía a su disposición. Por mediación suya, venceré este peligro que nos amenaza a todos.

-Deme sus órdenes-replicó el detective.

-No mencione nada del caso Macklin-indicó Palermo-. Trabaje solo, en su forma acostumbrada. Guárdese toda la información descubierta.

"La Sombra puede estar vigilando su partida de este edificio, pero no sospechará nada. Creerá que vino aquí a interrogarme. Entretanto tenderé una emboscada. Es probable que La Sombra esté alerta, esperando un ataque de los gangsters; no creerá que la policía le busca. Es un hombre peligroso. ¡Debe morir!

El rostro de Stanley Warwick se endureció al asentir con la cabeza.

-La entrevista ha durado lo suficiente-prosiguió Palermo-. Sé cómo ponerme en contacto con usted. No vuelva aquí hasta que le dé instrucciones al respecto.

Cuando Stanley Warwick salió de la casa, cuatro ojos le vigilaban desde la habitación a oscuras del otro lado de la calle. Harry Vincent hizo su informe.

Stanley Warwick estuvo en el piso de Palermo cerca de media hora.

Los agentes de La Sombra salieron de su escondite, satisfechos de su labor.

No sospechaban que su enemigo acababa de trazar el plan de un nuevo y vital ataque.

El nombre de Stanley Warwick era una garantía. Como Palermo dijera, este implacable perseguidor de criminales, estaba por encima de toda sospecha.

Nadie podía conocer lo que sucedió aquella noche en el piso del doctor Palermo. Nadie... ¡ni siquiera La Sombra!

CAPÍTULO XIV
EL MENSAJE DE PALERMO

Un hombre y una mujer terminaban la comida en un reservado del jardín de la azotea del hotel Riviera. Unas palmeras los aislaban del comedor principal.

La música suave y melodiosa de la orquesta de baile sonaba lejana. Una brisa suave penetraba por la abertura arqueada del otro lado.

La muchacha miró por el arco, donde las luces de Manhattan brillaban cual joyas en la oscuridad.

-¿Un cigarrillo?-preguntó el hombre.

La muchacha asintió con la cabeza.

El hombre observaba a su compañera mientras ella arrojaba leves bocanadas de humo que adquirían un color anaranjado a la suave luz del reservado.

La muchacha sonrió al mirar a su compañero cuyo rostro no revelaba nada.

Las facciones del caballero parecían correctas; sin embargo, eran severas y enigmáticas.

La joven deslizó su mano hacia el otro lado de la mesa y oprimió con suavidad la muñeca de su compañero.

-Jorge-murmuró cariñosa-, la vida me parece diferente desde que te conocí. No he olvidado aquella noche del hotel Larchmore. Me dejaste sola; te marchaste y... todavía no me

has dicho el motivo. Pero desde aquella noche no he pensado más que en ti. Aunque sólo hace pocos días que nos conocemos, me parece que soy tu amiga de toda la vida.

En los labios del hombre apareció la leve sombra de una sonrisa.

-En estos sueños tuyos, has olvidado...-dejó sin terminar su pregunta.

-¿A los otros?-interrogó la joven-. Sí. Los he olvidado por completo. Desde ahora en adelante, sólo puede haber uno. Tú estarás siempre primero en mi corazón, Jorge. El primero y el único. Dime: ¿sientes lo mismo hacia mí?

-No tengo recuerdos del pasado-declaró el caballero, en tono solemne-, amor es una emoción nueva en mi vida, Thelda. Nueva... y maravillosa.

Se contemplaron mutuamente.

La mirada de la muchacha era amorosa y suplicante. Su rostro mostraba una expresión de absoluta sinceridad. Al mirar en los ojos de Jorge Clarendon, parecía escudriñar profundidades infinitas. Distinguió allí un brillo extraño denotando un mundo de ternuras.

Los dos eran sinceros o bien actores magníficos.

Pues ninguno de ellos delataba ninguna expresión desmintiendo las palabras que acababan de pronunciar. De estar presente el doctor Palermo, se habría alarmado. Pues parecía que Thelda Blanchet, al tratar de ganarse la confianza de Jorge Clarendon, sucumbió a su personalidad dinámica.

Y Clarendon parecía ceder al encanto y belleza de la exquisita muchacha.

Los dos representaban un papel de una pieza dramática. Ambos conocían las circunstancias aunque no las mencionaran.

Mientras estaban juntos, Jorge Clarendon controlaba, al parecer, al único agente por medio del cual podía actuar el doctor Palermo.

De igual manera, Thelda Blanchet, mientras acompañaba a Jorge Clarendon, impedía la acción del implacable enemigo del hombre amado. Las fuerzas se neutralizaban.

Mientras subsistía esta situación, el duelo mortal entre Palermo y La Sombra se aplazaba de una manera indefinida.

Cosa extraña, los dos protagonistas de este drama pasivo, la joven y el caballero, parecían olvidarse de todo, excepto el uno al otro.

-Jorge-dijo Thelda, en tono sincero-, seré franca contigo. He olvidado el pasado. ¿Estás tú dispuesto a olvidar también? Ahora que nos hemos conocido, ¿por qué hemos de pensar en otra cosa?

“Me gustaría hallarme lejos de todo esto; me gustaría estar en algún lugar remoto donde pudiera vivir... y amar.

Jorge Clarendon permaneció impasible.

Falsas o sinceras, las palabras de la bella joven eran encantadoras.

Si ella seguía leal a Palermo, la sugerencia era un lazo. Si era sincera, y en su voz no se notaba ningún engaño, Jorge Clarendon quizás hallaría un mundo de felicidad.

Pero el resultado sería el mismo. Si desertaba de su deber por cuestiones de amor, el doctor se encontraría libre de la amenaza que ahora le asediaba.

-Estoy dispuesto a olvidar el pasado-respondió el hombre.

La muchacha pareció vibrar de emoción al oír las palabras.

-Sí-continuó Clarendon-. Estoy dispuesto a olvidar el pasado... más adelante. Por el momento tengo trabajo. Después, Thelda, seremos libres.

-¡No, Jorge! -exclamó la muchacha. Miró con aprensión en los ojos de Clarendon-. ¡No debemos esperar! No sabemos lo que puede suceder para impedir nuestro amor.

-Tenemos que esperar.

-Olvídalo todo -cuchicheó Thelda, cuando Clarendon levantó la cabeza y miró en los ojos oscuros de la muchacha-. Olvídalo todo.

-Todo-respondió Clarendon en voz baja-. Todo excepto..., nuestro amor...

"Todo-repitió Clarendon-excepto... - lentamente volvió hacia abajo la mano izquierda. Sus ojos dejaron de mirar a Thelda mientras consultaba su reloj de pulsera... -, todo excepto cierta cita.

La muchacha contuvo el aliento.

Clarendon no supo si ella se sentía turbada por la decepción o por la pesadumbre. Hizo una reverencia y tendió la mano, invitándola a levantarse.

Thelda se mordió los labios; después sonrió con dulzura.

-Tienes razón, Jorge... -dijo-. Debemos esperar. Eres un hombre de muchas ocupaciones -su tono indicaba que procuraba olvidar su derrota-, y debes prestar atención a tus intereses. Pero prométeme que después...

-Prometo - replicó Clarendon -, con tal de que en realidad me ames.

-Siempre.

La muchacha sonreía mientras bajaban en el ascensor. Parecía tener deseos de dejar a su compañero de buen humor.

-Puesto que estás ocupado-dijo-, buscaré alguna distracción esta noche. ¿Vas a tomar un taxi?

-Sí.

-¿Quieres dejarme en el teatro Alwyn?

Entraron en el taxi que se detuvo delante del teatro.

Thelda le envió un beso con los dedos al apearse.

-¿Me llamarás más tarde, querido?-preguntó.

Clarendon sonreía al asentir con la cabeza. El taxi arrancó cuando la muchacha entró en el teatro.

Se sumergió en el torbellino del tráfico nocturno. El chófer cruzó unas palabras con el conductor de otro coche. No oyó abrirse y luego cerrarse la portezuela de su vehículo.

Thelda Blanchet se paró en el extremo de una cola formada delante de la taquilla.

Miró con indiferencia hacia la calle, luego volvióse impaciente y abandonó la cola. Penetrando en una tienda contigua al teatro, se dirigió a la cabina telefónica.

Una vez conseguido el número, preguntó:

-¿El departamento del doctor Palermo?

La voz del médico respondió un instante después. Habló en un tono contenido.

-Habla Thelda-anunció la joven.

-¿No conseguiste entretener a Clarendon?

-No. Pero voy adelantado.

Hubo una pausa. Seguidamente Palermo habló con lentitud.

-Toma papel y un lápiz y anota lo que te voy a decir:

"Residencia del doctor Brockbank, número 711, Avenida del Este -continuó-. Clave en la carta dirigida a ti al hotel Bargelle. Entra en la casa. Habitación del segundo piso frente al descansillo. Hallarás llave en el cajón de la mesita del teléfono. Abre pupitre. Cajón inferior a la derecha. Sobre grande marcado “P” cógelo. Tráelo inmediatamente. No hagas nada hasta medianoche".

Sucedió una pausa momentánea.

-Repite-ordenó la voz de Palermo.

La muchacha leyó en voz alta el mensaje.

-Ahora rompe lo que has escrito. Haz ocho pedazos. Tíralos por el suelo de la cabina.

La muchacha obedeció.

-He terminado-anunció.

-Entonces anula-fue la respuesta.

Las últimas palabras de Palermo fueron pronunciadas en tono bajo. El receptor sonó al colgarse acto seguido.

Thelda Blanchet salió de la cabina, sin prestar atención a las personas que había paradas cerca.

Un hombre consultando un listín de teléfonos penetró al instante en la cabina, pero la muchacha ni se fijó en ello.

Ella entró en el vestíbulo del teatro y adquirió una butaca.

El hombre que entró en la cabina sin duda la observó mientras ella hablaba.

Con un movimiento rápido y ágil recogió los trozos de papel y no consiguiendo el número deseado, salió de la cabina.

Y dirigiéndose a un hotel cercano, reunió en el vestíbulo los ocho pedazos de papel. Después de leer el mensaje, quemó los trozos.

Luego sonrió. La risa leve y momentánea, recordaría a un observador su parecido con la de Jorge Clarendon. Pues el rostro parecía completamente diferente.

El hombre sacó un reloj de bolsillo. Hasta en ese detalle, se diferenciaba de Jorge Clarendon. Eran las nueve y diez.

-A las diez y media tendré tiempo suficiente-murmuró.

Recordaba todos los detalles del mensaje de Palermo. Sólo le faltaban las dos palabras que el médico diera después de romper Thelda el papel. Las dos palabras eran: "Entonces anula".

Tenían una significación para Thelda Blanchet: que no debía llevar a cabo las instrucciones dadas. Era ésa una de las claves individuales de Palermo.

El hombre que recogió el mensaje no supo las instrucciones finales.

Sin saberlo, caería en la trampa que el doctor Palermo le tendía.

CAPÍTULO XV
RECLAMADO: "LA SOMBRA"

La casa del doctor Jeremías Brockbank era una vieja residencia que resistió los asaltos de los edificios modernos de aquella barriada.

Semejaba una reliquia entre la masa de altos edificios para viviendas, un recuerdo del Nueva York de fines de siglo.

La casa permanecía cerrada. Sus ventanas estaban tapadas con tablas. La puerta de roble macizo formaba una barrera formidable.

No había nada de valor en el interior de la casa. Cualquier observador casual habría supuesto ese hecho.

El propietario estuvo ausente muchos meses y se desconocía la época de su regreso. Una sombra apareció delante del edificio. Fue visible sólo un instante. Luego se esfumó. No reapareció.

Tras la vieja casa, en la oscuridad de una callejuela trasera, la misma sombra fugaz cruzó un destello de luz.

Una tabla que tapaba una ventana trasera fue aflojada. Pareció moverse mecánicamente y silenciosamente, sin el contacto de una mano humana.

Siguió otra tabla. Levantaron la ventana. Luego las tablas se colocaron de nuevo en su sitio.

No se oyó ningún ruido. Algo de negrura penetró en el interior del viejo caserón. Tan sólo las tablas se movieron.

Unos ojos escudriñando desde una habitación oscura, de una casa situada detrás del caserón de Brockbank, vieron el movimiento de aquellos postigos blancos.

Hubo un resultado inmediato. Unas figuras sigilosas avanzaron por el callejón. Unos hombres vestidos de paisano se apostaron a ambos lados de la fachada de la casa de Brockbank.

Una mano cautelosa abrió la puerta trasera. Las figuras penetraron suave y silenciosamente en el vetusto edificio.

Ardía una luz en el interior, una luz que no podía verse desde el exterior.

Era un círculo diminuto de una lámpara de bolsillo. Avanzaba por el suelo de las habitaciones casi vacías.

Llegó a la escalera principal y la persona que la llevaba ascendió en silencio. La luz se detuvo un segundo; entró después en la habitación situada delante del pasillo, en lo alto de la escalera.

La luz escudriñó con rapidez el aposento, deteniéndose al fin sobre una mesita de teléfono. El aparato, cubierto de polvo, quedó destacado; luego la luz se proyectó sobre un cajón.

Éste se abrió. Apareció una mano, blanca y delgada. Unos dedos ágiles registraron el interior y encontraron una llavecita.

La luz buscó ahora un pupitre situado en un rincón. La mano que tenía la llave fue diligente. Abrió un cajón y la luz de la lámpara reveló un sobre grande y abultado. La lámpara se dejó en el pupitre. Dos manos ágiles y suaves levantaron la cartera del sobre. En uno de los dedos brillaba una piedra que arrojaba un resplandor rojo.

Era la mano de La Sombra, la mano que llevaba el misterioso ópalo de fuego, una piedra talismánica que parecía proteger de todo daño a su portador. Las manos hicieron una pausa al sacar los papeles del sobre.

De algún lugar del pasillo exterior, el hombre en la oscuridad percibió un sonido. Escuchaba ahora, oídos capaces de percibir el más leve rumor.

No se oyó ningún otro ruido. La luz se proyectó de nuevo. Los papeles fueron sacados del sobre. Las manos introdujeron un rollo de papeles en blanco, plegados.

Después sacó un tubito y aplicó una sustancia gomosa a la cartera abierta del sobre. Unos dedos delicados alisaron la cartera y el sobre, perfectamente sellado, fue colocado de nuevo en el cajón.

La luz se extinguió.

Un hombre escuchaba en la oscuridad. Su respiración ni siquiera turbaba el silencio ni la quietud.

La luz, todavía sobre el pupitre, encendióse de nuevo cuando las manos desdoblaron los documentos sacados del sobre.

¡Los papeles estaban en blanco, como los que les sustituyeron!

Las manos permanecieron inmóviles, como si el cerebro directivo quedara paralizado de sorpresa.

Luego resonó una carcajada, baja, casi imperceptible. Era una risa cuchicheada, poco más que un eco leve en la oscuridad.

La luz se extinguió en el acto; las manos tocaron la mesita del teléfono y volvieron a colocar la llave.

Reinó un silencio absoluto durante unos segundos. Nadie habría podido conocer que un hombre atravesaba la oscuridad en dirección a la puerta del aposento.

De algún lugar de la casa provino un silbido rápido, corto y gorjeante.

Alguien debió oprimir un interruptor. En un instante, el caserón entero quedó iluminado.

La habitación situada en lo alto de la escalera se llenó de luz.

Tres hombres vestidos de paisano subieron, corriendo, hacia esa habitación.

Otro, un hombre alto llevando una insignia, surgió de un armario situado en aquel cuarto. Dos hombres surgieron del pasillo. Cada uno de los seis individuos empuñaba una pistola automática.

En medio del grupo formado de improviso, veíase el objetivo de los seis policías; un hombre alto, vestido de negro. Los detectives se detuvieron en seco. Sus pistolas encañonaron a su víctima. Esperaban, antes de acercarse, la orden de su jefe: un hombre alto y fornido, que fue uno de los que subieron, corriendo, la escalera.

El rostro surcado de arrugas de Stanley Warwick dominaba la situación.

La Sombra hallábase cercado. Sabía que tenía cortada la retirada, que si escapaba de los hombres que le rodeaban, encontraría a otros abajo y fuera de la casa.

Permaneció inmóvil, esperando la captura. El cuello de su capa le oscurecía el rostro; el sombrero de ala ancha ocultaba su frente.

Las manos de La Sombra, ocultas en los negros pliegues de sus ropas, se arrimaban a su pecho como si sujetase la capa en torno al rostro.

Unas esposas tintinearon en la mano de Stanley Warwick.

Los detectives esperaban que su jefe esposara al capturado. En lugar de ello, Warwick esperó, sereno y silencioso, contemplando a La Sombra como podría haber estudiado un pez extraño, capturado en las profundidades del mar.

Stanley Warwick actuaba de una manera perfecta, tan perfecta que ni La Sombra comprendió el juego.

El detective mostraba una ligera sorpresa. Al parecer esperaba encontrar a otra persona, en lugar de la figura vestida de negro.

-La Sombra-murmuró Warwick-. Todavía intentando ocultar su identidad. Pensó usted la otra noche que me había burlado. Pero no lo consiguió.

Su significado era claro para el hombre vestido de negro. El detective identificaba a La Sombra por el doctor Palermo, aunque no mencionaba su nombre.

El detective obraba con habilidad. Él, como Thelda Blanchet, recibió instrucciones de Palermo de engañar a La Sombra; si lo capturaba Warwick no revelaría ni por un instante que trabajaba para otras fuerzas que no fuesen las de la ley.

Parecía reacio a utilizar las esposas para completar la captura. Su espera tenía una finalidad, basada en una orden explícita del doctor Palermo.

No deseaba capturar a La Sombra vivo. Tenía el propósito de matar al hombre misterioso.

Acercándose al fin, colocó las esposas en las muñecas de La Sombra.

Parecían interesarle sólo las esposas, asegurándose de que estaban bien puestas.

Poniéndose detrás de La Sombra, le apoyó el cañón de la pistola en la espalda.

-Muy bien, muchachos-ordenó-. Ya lo tengo seguro. Salid al pasillo y formad en la escalera. Yo lo conduciré abajo.

Los agentes obedecieron.

Warwick esperó seguro de que su prisionero haría un esfuerzo para escapar.

Y esa tentativa sería su muerte. Dos detectives estaban apostados a ambos lados de la puerta, en el pasillo.

Al toparse con ellos La Sombra se vería obligado a descender, corriendo, la escalera.

La menor vacilación lo expondría a las balas de Warwick, por detrás. Los agentes tenían instrucciones de disparar al menor intento de huida.

Warwick confiaba en que herirían y detendrían a La Sombra. Él mismo dispararía el tiro final.

-Camina-, ordenó, apretando con más fuerza el cañón de la pistola en la espalda del prisionero.

No quería matarle sin causa justificada; necesitaba un pretexto para explicar la muerte a sus hombres. Esperaba que La Sombra huiría hacia la puerta.

Pero el prisionero se volvió de repente, echando el hombro a un lado. El movimiento inesperado desvió el cañón de la pistola de Warwick, quien disparó un segundo demasiado tarde.

Saltando atrás, apuntó hacia el prisionero esposado. Pero cuando su dedo volvía a oprimir el gatillo, La Sombra golpeó hacia abajo con las muñecas esposadas, tocando la pistola y desviando la bala.

El arma cayó de las manos del sorprendido detective.

Las muñecas esposadas volvieron a levantarse, topando con el mentón cuadrado del detective, cuya cabeza retrocedió al caer.

Volvióse con rapidez hacia la puerta entornada. La Sombra la abrió de un puntapié.

Dio en los rostros de los agentes apostados allí. Luego dio un salto y la cerró.

Se produjo un tumulto afuera. El hombre vestido de negro no hizo caso.

Las llaves de las esposas estaban en poder del desvanecido detective; pero La Sombra adoptó un medio más rápido para liberarse.

La mesita del teléfono tenía una tapa de mármol. Moviendo las manos hacia abajo golpeó las esposas contra el borde de la tapa de mármol, que se agrietó al golpe formidable. Una de las esposas se abrió.

La otra mano de La Sombra quedó libre tras otro golpe. Silencioso y rápido, se quitó el sombrero y la capa.

Los detectives golpeaban furiosos la puerta. La barrera comenzaba a ceder bajo los golpes. Dominando el estruendo resonó un grito de mando del interior de la habitación.

-¡Esperad!-ordenó la voz de Warwick-. Lo he "liquidado". ¡Apartaos que abriré la puerta!

La llave giró en la cerradura. La puerta se abrió hacia dentro, y un brazo cubierto con una manga gris señaló la figura de negro hecho un ovillo en el suelo, boca abajo, con el sombrero de ala ancha al lado.

-Le pegué un tiro-explicó el detective jadeando. Su sombrero casi le tapaba el rostro-. Recogedlo fuera-terminó.

Los agentes avanzaron. Dos de ellos levantaron el cuerpo inerte. Apareció a la vista el rostro.

-¡Es el jefe! -gritó uno de los agentes.

Los otros corrieron hacia la puerta en el momento en que una figura vestida de gris desaparecía de la vista.

Siguieron unos disparos, pero ineficaces.

Entonces los detectives comprendieron la estratagema.

La Sombra, con velocidad increíble, se puso el abrigo de Warwick y había envuelto al detective en la capa negra. ¡Llegó hasta esposarlo!

-¡Detenedle! -gritó alguien desde lo alto de la escalera.

Un hombre apostado en la puerta principal oyó el grito. Desconcertándose por el momento al ver acercarse la figura de Stanley Warwick, pero de pronto vio que el individuo que se aproximaba era más alto que su jefe.

Antes de que pudiera actuar, el agente cayó derribado por un puñetazo formidable. El fugitivo salió de la casa cerrando la puerta tras sí.

Las luces de la calle no delataron su identidad. La Sombra no tenía las facciones de Stanley Warwick, pero imitaba a la perfección su manera de andar.

Con la cabeza inclinada, escudriñó con rapidez en ambas direcciones. Luego dio una orden en el tono acostumbrado de Warwick.

-Entrad en la casa, muchachos- dijo-. Daos prisa. Ya tenemos a nuestro hombre.

Dos detectives surgieron de delante del edificio.

El hombre vestido de gris saltó a la acera al tiempo que ellos subían corriendo los escalones. La puerta se abrió de sopetón antes de que ellos llegaran. Dos agentes salieron corriendo.

-¡Allí va! -gritó uno, señalando al hombre del abrigo y sombrero grises descendiendo veloz por la calle.

Dispararon desde los escalones.

Les contestó una carcajada burlona que enloqueció a los perseguidores. La distancia era demasiado grande para precisar el tiro.

Los detectives saltaron, corriendo, a la acera, a tiempo de ver al fugitivo desaparecer tras la esquina. Cuando llegaron allí, había desaparecido.

La Sombra, el superhombre de la acción, había escapado. Vivo todavía, podía frustrar la carrera de crímenes de Palermo.

No obstante, el astuto médico consiguió un triunfo a su favor. Aquella misma noche, Stanley Warwick hizo una declaración que dio origen a nuevas órdenes policíacas.

Un criminal peligroso burló a la policía. Se transmitieron órdenes generales al efecto de conseguir su detención.

Su nombre era desconocido; pero se había revelado su alias.

¡La Sombra estaba reclamado por la Justicia!

CAPÍTULO XVI
PALERMO ACTÚA

La búsqueda de La Sombra perdió la aprobación oficial poco después de iniciados los primeros trabajos. Los ardientes esfuerzos del detective Warwick fueron entorpecidos por sus superiores.

Jamás ocurrió nada semejante en la historia de la policía de Nueva York.

Podía buscarse a un hombre por algún crimen determinado; era posible seguir una pista en persecución de algún crimen desconocido.

Pero era imposible obtener un mandato de detención contra cualquier persona que llevase un sombrero y una capa negros.

La voz de La Sombra fue oída por radio la noche después del suceso de la casa de la Avenida del Este.

Pero eso no significaba nada. No existían pruebas de que el hombre que burló a Stanley Warwick fuese la misma persona que el anunciante de la radio.

Los registros de la policía demostraban que más de un criminal pretendió ser La Sombra. En vista de lo ocurrido anteriormente, el jefe de policía juzgó conveniente rescindir la orden que Stanley Warwick ideó.

El detective comprendió muy pronto su locura. Podía exigir que se pusiese de relieve la identidad del hombre que radiaba todas las semanas; pero también comprendía que tal acción sería un error.

No conocería a La Sombra si lo encontrase cara a cara. Juzgó que lo mejor sería esperar hasta que La Sombra reanudase sus actividades.

Si un hombre vestido de negro cometiera un crimen o alguna cosa sospechosa, eso podría ser el punto de partida.

Warwick poseía ya una información. Palermo le notificó en secreto que debía vigilarse a Jorge Clarendon. Pronto se enteró de la vida de éste, que frecuentaba la alta sociedad. Pero no logró averiguar dónde vivía.

Era evidente que La Sombra obraba con cautela y el doctor Palermo consiguió la libertad de movimientos deseada, por lo menos temporalmente.

Aconsejó a Warwick que buscase a los agentes de La Sombra, nombrando a Clyde Burke como uno de ellos.

No se encontró al periodista. De acuerdo con las instrucciones de La Sombra, vivía en la casa situada delante de la del doctor Palermo.

Harry Vincent era el único que salía a la calle.

De haber detenido a uno de ellos, tampoco lograría ninguna información importante; pues La Sombra telefoneaba desde distintos lugares.

Recibían un mensaje cada hora; el número para responder era siempre distinto.

La vigilancia de la casa del doctor Palermo, continuó. La cuarta noche después del encuentro entre Warwick y La Sombra, sonó el teléfono mientras Burke vigilaba desde la ventana.

Burbank, el empleado del ascensor, llamaba.

-Me llaman al piso cuarenta-avisó-. Debo darme prisa. Es probable que Palermo salga.

Harry Vincent llamó al último número dado por La Sombra.

No hubo respuesta. Era un momento que exigía obrar con decisión.

-Vamos-dijo, lacónico-. No debemos perder esta ocasión.

Los dos hombres salieron al instante a la calle y subieron al coche de Harry.

Al doblar la esquina observaron que un taxi partía de delante de la casa de Palermo. No pudieron ver el rostro del pasajero.

-Veremos lo que resulta-gruñó Harry-. Sea lo que fuere, seguiremos a este pájaro.

El taxi partió en dirección a la parte alta de la ciudad, seguido del coche de Harry. Llegaron a la Avenida del Este. El taxi se detuvo delante de un viejo caserón con las ventanas tapadas con tablas.

Los dos amigos vieron a un hombre subir los escalones y abrir la puerta.

Pasaron por delante, vigilando.

-Es Palermo-murmuró Clyde-. Esa casa es la mencionada en los periódicos, la casa del doctor Brockbank, donde Warwick fracasó con La Sombra.

-Es chocante-observó Harry cuando el coche se detenía a la vuelta de la esquina-. El detective inició la alarma acerca de La Sombra. Warwick también perseguía a Palermo. ¿Por qué no identificó al doctor como La Sombra?

-Porque Palermo no es La Sombra.

-Desde luego. Pero Warwick interrogó al médico y tuvo un encuentro con La Sombra. Debe sospechar alguna relación...

-Cree que trabajan juntos o bien conoce la verdad, es decir, que Palermo y La Sombra son enemigos mortales. Warwick es un hombre muy astuto, Harry.

Se apearon del coche. Fueron juntos a la parte trasera de la casa.

Harry observó los tablones blancos sobre la ventana por donde entrara La Sombra.

-Están flojos-comentó tras un examen rápido. Desprendiendo los tablones, probó abrir la ventana. Dijo:

-Está abierta. Entremos.

Clyde Burke empujó a su compañero por la ventana y luego éste le ayudó a entrar. Halláronse al principio envueltos en una densa oscuridad.

Pero al dirigirse a la parte delantera del edificio, observaron una luz en el piso superior.

-Vamos - dijo Harry.

Sacó de un bolsillo una pistola automática y se la entregó a Clyde.

Empuñando otra, abrió la marcha.

Subieron en silencio por la escalera. La puerta de arriba hallábase entornada.

No podían ver quién se encontraba en el interior del aposento.

Un tablón crujió bajo el pie de Clyde.

Esperaron en la oscuridad. Oyeron que alguien se acercaba a la puerta que se abrió.

Palermo quedó visible al salir al pasillo.

-¿Quién hay?-preguntó con voz fuerte.

Palermo oprimió el botón de una lámpara de bolsillo, proyectando la luz por el corredor. El destello de luz reveló a los dos compañeros.

Harry no titubeó. Dando un salto, encañonó al médico que, soltando la lámpara, retrocedió al interior del cuarto. Los dos jóvenes le siguieron.

El doctor Palermo se sentó en el sillón junto al pupitre, con las manos en alto.

-¿Qué significa esto?-gruñó.

Pero suavizando el tono, añadió de pronto:

-¡Ah! Es mi amigo Burke. ¡Quién sospecharía que se dedica al robo con escalo!

Después de asegurarse de que Burke era dueño de la situación, Harry descendió la escalera. Halló el teléfono y llamó al número que La Sombra diera. Respondió la voz baja y familiar.

-Habla Vincent-dijo Harry-. Estoy en casa de Brockbank. Seguí a Palermo hasta la habitación de arriba. Burke lo vigila. Podemos guardarlo.

-¿Cuánto tiempo?

-El tiempo que usted desee.

Del otro extremo de la línea llegó una carcajada. No era la carcajada usual de La Sombra. No vibraba de triunfo ni era burlona. Fue una carcajada sorda, apagada, que al parecer indicaba una decepción.

Harry se quedó perplejo.

-Vuelva en seguida a la habitación y ordene a Palermo que vuelva con usted, mientras seguimos conversando. Dése prisa, pues quizá sea demasiado tarde.

Harry subió, corriendo, las escaleras. Vigiló la escalera mientras conversaba con La Sombra.

¿Qué es lo que su jefe quería insinuar con las palabras: "demasiado tarde"?

Llegó a lo alto de la escalera. Empuñaba su pistola y tenía en la punta de la lengua la orden que iba a dar a Palermo.

Pero se detuvo en seco, pasmado de asombro. ¡La habitación estaba vacía!

Silenciosa y misteriosamente, el doctor Palermo desapareció del cuarto que tenía una sola puerta y la ventana tapada con tablones clavados.

Escapó de la trampa. ¡Más aún, Clyde Burke se esfumó con él!

CAPÍTULO XVII
THELDA HABLA

-Burbank al habla.

La voz salió por el receptor de un teléfono.

-Hable-fue la respuesta.

Respondió un hombre vestido de negro. Estaba sentado en la oscuridad de un aposento reducido.

Tan sólo una leve luz penetraba proveniente de un patio estrecho que había al otro lado de la ventana. Delante se extendía una pared.

-Caja entregada a las cinco y media-anunció la voz monótona de Burbank-. Información obtenida del conserje.

-¿Alguna descripción de la caja?

-No dio el tamaño exacto. El hombre supone que se trata de animales vivos.

"La caja contenía algunos agujeros para la ventilación.

-Bien. ¿Entra usted de servicio en seguida?

-Sí, señor.

-¿Algún informe sobre Palermo?

-Todavía ausente.

-Bien. ¿Está preparado?

-Sí, señor.

El hombre vestido de negro colgó el auricular. Se levantó de la silla desvencijada, junto a la mesa del teléfono.

En la semioscuridad, su figura alta se destacaba sólo como un perfil fantástico.

El hombre se puso un sombrero grande. Luego se echó una capa negra sobre los hombros.

Parado un momento junto a la ventana, sacó dos pistolas automáticas de los bolsillos y las examinó detenidamente. Satisfecho de la inspección, salió del cuarto.

Oscurecía cuando llegó a la calle. Su extraordinaria vestimenta no parecía muy llamativa cuando avanzaba a paso lento.

Era una calle medio abandonada del East Side. El día caluroso de primavera anunciaba la proximidad del verano. Ya los chiquillos buscaban el aire de la noche.

El hombre se detuvo cuando dos muchachos cayeron delante de él luchando.

Entró en un garaje situado en otra calle. Pocos minutos después, salía un coche veloz

Las sombras del crepúsculo hacían al hombre invisible desde la calle.

Conducía el coche a marcha moderada, y al cabo de un rato llegó a la Avenida del Este. Aminoró la marcha al pasar delante de la casa de las ventanas tapadas con tablones.

Había un policía de guardia delante del edificio. El hombre del coche sonrió al pasar. La policía vigilaba la casa desde la noche anterior.

Llegaron media hora después de la desaparición misteriosa del doctor Palermo.

Registraron con detalle la casa, buscando a un hombre vestido de negro.

Fue un trabajo inútil, pues no apareció.

Las luces de Broadway brillaban sobre el asfalto cuando el coche, atravesándola, entró en una callejuela transversal, donde su conductor lo dejó estacionado.

Apeándose avanzó despacio de vuelta a Broadway, mezclándose entre el gentío. Al llegar a la calle Cuarenta y Una, dobló a la derecha, hacia una travesía donde entró en una casa.

Era un lugar de pocas pretensiones. Un empleado preguntaba detrás de un mostrador qué deseaba a cada visitante y contestaba las llamadas telefónicas.

No obstante el recién llegado no se aproximó al pupitre; subió por la escalera. Su ascenso fue interceptado por un enrejado. Todos los visitantes debían subir utilizando el ascensor. La barrera estaba cerrada con llave; pero el hombre vestido de negro la abrió con rapidez con la ayuda de un agudo instrumento de acero.

Cerró la verja tras él y subió al cuarto piso. Se detuvo delante de la puerta de un departamento escuchado el canto de una mujer.

La herramienta de acero volvió a trabajar, con suavidad, y en silencio. Al fin, abriendo la puerta, el hombre cerró.

Una mujer se alisaba el cabello delante de un espejo. Cantaba cuando el hombre entró; su voz se convirtió en un suave murmullo.

Vestía un traje exquisito; al parecer, se preparaba para salir a cenar.

El reflejo de su rostro era hermosísimo, visto en el espejo. De improviso el semblante se tornó rígido. Una expresión de terror cubrió sus facciones.

Mirando en el espejo, vio la imagen de un hombre vestido de negro.

Hallábase éste parado en el umbral, tras ella; el cuello de la capa oscureciéndole el rostro, y el ala ancha de su sombrero arrojando una sombra sobre su frente.

La joven permaneció inmóvil.

El hombre de negro no hizo ningún movimiento. Un silencio tenso, mortal, parecía reinar en el cuarto.

La muchacha se recobró de la primera impresión. Perduraba en su rostro la expresión de terror, al volverse del espejo para mirar a su visitante nocturno.

El hombre de la puerta pronunció unas palabras que no parecían brotar de labios humanos. El tono de la voz era aterrador.

-Thelda Blanchet-exclamó el hombre de negro-. Yo soy La Sombra.

La muchacha fue incapaz de pronunciar la menor palabra.

-He venido a interrogarte-continuó el hombre, en su tono siniestro.

La muchacha se tapó los ojos con las manos. Vaciló; luego retrocedió a medida que la figura avanzaba paso a paso.

Apoyada en la puerta del armario de luna, Thelda sintió un desmayo y se habría desplomado al suelo de no sujetarla por los brazos dos manos con guantes negros.

La Sombra echó atrás la cabeza. El sombrero de ala ancha cayó al suelo. El cuello de la capa cayó atrás.

La muchacha abrió los ojos. Se encontró frente a frente con el rostro de Jorge Clarendon.

-Intentaste traicionarme-recordó el hombre.

-¡No, no! -gimió Thelda.

-No mientas- Vibraba una furia reprimida en las palabras de La Sombra-. Intentaste conquistarme para llevarme a mi muerte.

Los ojos de Thelda suplicaban mientras intentaba explicarse. Apenas podía mantenerse en pie. Le parecía vivir unos momentos de pesadilla.

La presión de las manos enguantadas de negro en sus brazos produjeron unas señales rojas. La fascinación de los ojos centelleantes abrumaban a la muchacha.

-Fingiste amarme-continuó Clarendon, con fría lentitud-. Sin embargo, tu amor sólo fue un lazo infame: Mírame en los ojos, para que yo pueda conocer la verdad. Empleaste tus encantos seductores para conducirme a una emboscada mortal. Confiesa.

La muchacha asintió débilmente.

-Buscaste mi amor-repitió Clarendon-. Ahora conocerás su poder.

La severidad desapareció de los ojos penetrantes que empezaron a brillar cual si estuviesen llenos de una luz milagrosa.

-Amaste a Alberto Palermo-dijo Clarendon.

-Ya no le amo más-cuchicheó la muchacha-. Todo aquello ya pasó.

-Te ordenó que me buscaras.

-Sí.

-¿Dónde está él ahora?

-Lo ignoro. Salió hace rato.

-¿Cuándo volverá?

-No antes de medianoche.

Las palabras de Clarendon tenían un tono asombroso. Guardaban una marcada semejanza con el tono siniestro de La Sombra, sin producir espanto.

Las respuestas de Thelda eran espasmódicas. Parecían surgir sin esfuerzo, como si la muchacha hablase sin darse cuenta de sus palabras.

-Iré a las habitaciones de Palermo esta noche - anunció el hombre.

-¡No, no, no vayas!-exclamó la joven llena de ansiedad-. ¡Hay muchos peligros terribles allí!

Los ojos de Thelda se desorbitaron por el temor de lo que pudiera ocurrirle al hombre cuya personalidad la conquistara.

Olvidó toda lealtad para con Palermo. Jorge Clarendon dominaba ahora su existencia.

-Dime-dijo Clarendon-, dónde está el peligro.

-En la habitación oriental-replicó Thelda.

-¿Qué hay allí?

-Casi todo son trampas mortales. Algunos objetos están cargados de una corriente eléctrica suficiente para matar a cualquiera que los toque. Hay un incensario, tan exquisito, que uno no puede resistir la tentación de examinarlo.

"Cuando Alberto se ausenta, aquel incensario contiene un explosivo peligroso. El teléfono, si uno lo toca, emite un gas tóxico. Sin embargo, si no se toca ningún objeto de aquella habitación, no puede suceder ningún daño.

-¿Y el trono chino?

-Es inofensivo, es sólo un truco.

-¿Y la estatua de bronce?

-No debe tocarla nadie. Alberto la recibió un día que yo me encontraba allí. Me dijo que se la enviaron de China. Puede ser otra trampa.

Clarendon contempló pensativo a la muchacha. Parecía ansiosa por decir la verdad. Continuó interrogándola.

-¿Dónde guarda Palermo los géneros robados?

-En un rincón del cuarto chino. El bargueño del rincón se abre. Contiene acciones al portador y otros valores, algunos de los cuales yo... yo le ayudé a conseguir.

-¿Es peligroso ese mueble?

-Sí. Su secreto es sencillo, pero muy peligroso. Debe girarse un pomo pequeño para abrirlo.

"Cualquier persona que lo haga seguramente girará el pomo hacia la derecha. Eso significaría una muerte instantánea. El bargueño está siempre preparado de esta manera.

"A veces me he estremecido cuando Alberto lo ha abierto. Siempre gira el pomo hacia la izquierda. Parecía estar tan cerca de la muerte... tan cerca de la muerte...

La voz de Thelda fue apagándose. El brillo desapareció de sus ojos. La tensión nerviosa agotó sus fuerzas. Estaba a punto de desmayarse.

Clarendon la sostuvo cuando iba a caer. La colocó en un sillón contemplándola con lástima.

El hombre de negro sacó un block de un bolsillo y escribió unas cuantas palabras con lápiz. Dobló el papel y lo puso en las manos de la muchacha.

-Thelda-dijo con acento severo-, no te condeno por tu conducta pasada. Debes cambiar de vida. Tu futuro será diferente. Olvidarás la nefasta influencia que Alberto Palermo ha tenido en tu vida.

-Lo he olvidado.

-Debes olvidarme.

-No puedo olvidarte.

-Debes esforzarte. Me olvidarás. Te marcharás de aquí esta noche. Saldrás de Nueva York. He escrito mis instrucciones en esa hoja de papel; es el último mensaje que recibirás de mí. ¡Adiós, Thelda¡

Tras estas palabras, se alejó.

Desde ese instante, Thelda Blanchet supo que su amor hacia Jorge Clarendon era imposible.

El hombre volvió a convertirse en La Sombra. Con la capa en torno a sus hombros, y el sombrero de ala ancha en la cabeza, tomó la forma de un ser gigantesco. Llamó a un número de teléfono y su voz se tornó en un cuchicheo.

-Vincent-dijo-, ¿está preparado?

Hubo una pausa. Empezó a dar instrucciones. Parecía haber olvidado por completo la presencia de la muchacha. Ni siquiera la miró.

Obraba como si ella no pudiese oír ninguna palabra. Así era. La muchacha se había desmayado.

Cuando volvió en sí, se encontró sola en la habitación. No recordaba ni una palabra de sus revelaciones.

Todo fue un sueño extraño, una visión fantástica en la que el terror se convirtió en amor y el amor en decepción. El rostro de Jorge Clarendon sobresalía entre sus recuerdos.

Miró el papel que tenía en las manos.

"Thelda: Márchate. Esta noche. A tu familia."

No había firma. La muchacha lo comprendió todo.

Su antiguo amor por Alberto Palermo se convirtió en una farsa. Detestaba hasta el nombre de quien se sirvió de ella como instrumento de sus malvados planes. Por primera vez sintió remordimiento.

Un hombre, entrando en el vestíbulo exterior, se detuvo un momento; luego continuó. Oyó el inconfundible sonido de los sollozos de una mujer.

El sonido provenía del mismo piso donde La Sombra oyera a una mujer cantar.

CAPÍTULO XVIII
EN LA GUARIDA

Un hombre que llevaba una maleta, entró en el vestíbulo de los departamentos Marimba.

Parecía estar familiarizado con el edificio, pues pasó por delante del conserje y entró en el ascensor, colocándose en un rincón donde era poco visible.

El conserje se acercó al ascensor.

-Va a la fiesta del piso treinta y cuatro-explicó el empleado, asomándose a la puerta de la cabina.

El conserje se dio por satisfecho.

La puerta del ascensor se cerró y empezó a ascender. Si el conserje no hubiera estado ocupado mirando una revista, se habría fijado que la esfera del indicador situado encima de la puerta del ascensor, se movía muy despacio y que el aparato se detenía demasiado tiempo en el piso treinta y cuatro.

Dentro del ascensor el pasajero trabajaba con rapidez. Poco después de haberse cerrado la puerta, agachándose abrió la maleta. De ella sacó una capa negra que se puso levantando el cuello de forma que ocultó su rostro.

También sacó un sombrero negro que se puso de manera que ocultó su frente.

Para entonces, el ascensor llegaba al piso treinta y cuatro. Esperó allí mientras el hombre vestido de negro sacaba dos pistolas automáticas de la maleta, depositándolas bajo la capa, tirando por último en la maleta el sombrero que antes llevara.

El ascensorista miró mientras conducía el aparato al piso cuarenta.

La puerta se abrió, pero el hombre de negro permaneció oculto en el ascensor. El empleado, saliendo de la cabina, se dirigió a la puerta del piso del doctor Palermo y tocó el timbre.

Se abrió la puerta apareciendo la figura corpulenta de Hassan bloqueando la entrada. El árabe miró interrogante al empleado del ascensor.

-Tengo una carta importante para usted-anunció-. Aquí la tengo.

Introdujo la mano en un bolsillo de su uniforme. No hallándola, buscó en otro bolsillo. Al fin sacó un sobre que entregó a Hassan.

El árabe se inclinó levemente al ir a coger el sobre.

Con la rapidez de una centella, el hombre sacó la mano del bolsillo derecho y la levantó en un movimiento corto y rápido. Una porra descargó con violencia detrás de la oreja derecha del criado.

Hassan se desplomó.

El golpe no fue muy duro, pero aturdió por el momento al criado.

Antes de recobrarse, el hombre de la capa negra salió del ascensor, llevando la maleta.

Mientras Hassan, gimiendo, abría los ojos, el hombre sacó de la maleta un trapo que le aplicó a la nariz. El olor a cloroformo saturó el pasillo. El árabe yacía inerte y silencioso.

-Me voy abajo-dijo Burbank, el ascensorista, con voz pausada. Tenía el rostro sereno e impasible-. Simularé una llamada cuando vuelva Palermo. El timbre del teléfono le avisará a usted-agregó.

La puerta del ascensor se cerró mientras el hombre de negro asentía aún con la cabeza, en señal de aprobación.

El visitante misterioso sacó dos correas de la maleta. Arrastró el cuerpo de Hassan al interior del piso y cerró la puerta tras sí.

Utilizó las correas para atar al árabe.

Dejó la maleta junto a la puerta y empezó a andar por la habitación. El lugar no le era desconocido. Intentó abrir con cuidado la puerta del laboratorio. Estaba cerrada con llave y el árabe no la llevaba encima.

Abandonó la búsqueda y empezó a examinar el aposento. Llegó a un entrepaño que servía para ocultar la escalera secreta.

No imitó el teatral chasquear de dedos que utilizaba el doctor Palermo para intrigar a sus visitantes.

Simplemente buscó los tablones del suelo debajo de la alfombra. Cuando se colocó encima de ellos, la puerta se deslizó por las ranuras. Subió con cautela la escalera.

A la suave luz del cuarto chino, la sombra del hombre se extendía por el suelo alfombrado. Examinó detenidamente las características de la habitación e inspeccionó artículo por artículo, sin tocar ninguno de ellos.

Miró cuidadosamente la imagen de bronce de Chong, el ídolo silencioso del remoto Cathay. La figura era horrible; sus piernas y brazos eran tallados delgados.

Los dedos de sus manos broncíneas semejaban garras de uñas largas.

El hombre que esculpió aquella figura, debió poseer una imaginación morbosa, pues no se parecía a ningún ser humano.

El visitante se dirigió hacia el sillón chino. Despertó su curiosidad. Estaba construido a semejanza de un trono, con un asiento ancho y brazos verticales y sólidos.

El hombre colocó sus manos enguantadas en los brazos del sillón. Encontró dos botones que oprimió.

Con un movimiento suave y automático el asiento del trono se dividió en dos partes que cayeron abajo. Al mismo tiempo, surgió una nube de humo vaporoso envolviendo al hombre vestido de negro.

Sus ojos divisaron una habitación inferior, donde extendieron una red para coger a un cuerpo que cayese.

De los brazos del sillón surgieron dos entrepaños formando un nuevo asiento en sustitución del que cayó antes.

El secreto de la desaparición misteriosa del doctor Palermo quedó descubierto.

Protegido por cl humo, desapareció de la vista y el trono oriental se convirtió de nuevo en una estructura sólida.

Era evidente que la habitación de abajo comunicaba con el pequeño ascensor por el cual subiera el doctor la noche de la visita de La Sombra. El investigador continuó el examen del lugar. Salió a la azotea, que parecía inmensa en la oscuridad, destacándose la baranda blanca en el extremo del edificio.

Regresó al cuarto chino. Se puso a escuchar. Vaciló un momento, como si fuera a practicar una investigación abajo. Luego volvió la cabeza hacia el bargueño.

Este mueble de fabricación china era un trabajo exquisito. El rincón del cuarto estaba vacío. El bargueño estaba a poco más de un metro de distancia del rincón. La imagen de Chong se encontraba a igual distancia del rincón, pero arrimada a la pared contigua.

No era posible confundir el mueble, pues era el único de los que había en el aposento con un hueco debajo.

La imagen de Chong estaba colocada también cerca del rincón.

El hombre vestido de negro se acercó un poco nervioso. Inclinándose, extendió cauteloso una mano.

Su guante tembló ligeramente al tocar el pomo de la puerta debajo del bargueño. De pronto asió el pomo, girándolo poco a poco hacia la izquierda.

Se abrió la puerta, mostrándose una serie de cajas de ébano. Las manos enguantadas sacaron la caja superior y la abrieron. El hombre vaciló.

Se enderezó mirando con rapidez en torno, asegurándose de que no entró nadie. El cuarto seguía silencioso.

Sacó los papeles de la caja. Luego cerró ésta y la volvió a colocar en el hueco debajo de la mesita.

Sucedió en aquel instante una cosa extraña.

La imagen broncínea de Chong empezó a moverse. De una manera silenciosa y espeluznante la horrible figura empezó a dar señales de vida.

Dando un salto, la imagen se deslizó de su pedestal. Sus pies descalzos no produjeron ningún ruido al tocar el suelo.

La monstruosidad viviente avanzó sonriente y clavando los ojos en el hombre vestido de negro.

El ser fantástico se detuvo junto al visitante intruso, que examinaba la segunda caja de ébano y retrocedió apartándose de la mesita.

Los largos y delgados brazos de Chong, se alargaron con rapidez haciendo presa, como tentáculos, en el cuello del hombre inclinado.

Ahogándose la víctima se llevó las manos a la garganta intentando en vano deshacerse de aquella terrible presa. Las manos estranguladoras apretaron con mayor fuerza, hundiéndose las uñas en la carne a través de los pliegues de la capa negra.

La víctima retorcióse intentando echarse al suelo.

El horrible enano no soltó su presa. Su rostro mostraba un gozo satánico mientras hundía más y más sus garras en la garganta de la víctima.

Haciendo un último esfuerzo, el hombre vestido de negro logró enderezarse; pero, no pudiendo resistir más, cayó de bruces sobre la alfombra.

El sombrero se le cayó de la cabeza. Quedó tendido inerte.

Lentamente, las manos broncíneas de la imagen viviente soltaron su presa.

El hombre postrado no respondió. Retrocediendo, Chong regresó al pedestal.

Depositó ambas manos sobre la mesa y recobró su primitiva posición.

Quedó allí sentado, inmóvil de nuevo, cual una representación perfecta de un ídolo metálico.

El único cambio en el aspecto de la figura, fue la dirección de su mirada.

Fijo, sin parpadear, el guardián del santuario esperaba dispuesto a un nuevo ataque, si la víctima mostrase la menor señal de recobrar el conocimiento.

Resonó el teléfono en le vestíbulo. No respondió nadie, aunque había tres hombres vivos a corta distancia. Uno, Hassam, estaba atado.

Otro, el hombre negro, hallábase privado de conocimiento. El tercero se había convertido en una estatua de bronce.

CAPÍTULO XIX
APARECE PALERMO

La puerta del ascensor se abrió en el piso cuarenta.

Salió el doctor Palermo, deteniéndose mientras contemplaba al empleado silencioso y sereno.

El hombre aparentaba unos cuarenta años. Tenía una expresión de indiferencia. Sus ojos grises no demostraban ningún interés cuando encontró la mirada del médico. Preguntó éste.

-¿Es usted nuevo aquí?

-Estoy de servicio desde hace unos días, señor-fue la respuesta.

-¿Cómo se llama?

-Burbank, señor.

-Desde ahora en adelante, Burbank-dijo Palermo-, no suba el ascensor a este piso, a menos que yo se lo ordene. Es un reglamento de la casa. Escogí el piso cuarenta para que nadie me molestase. No quiero recibir ninguna visita esta noche. ¿Comprende?

-Sí, señor.

La puerta del ascensor cerróse.

El doctor Palermo, lanzando una bella carcajada, retorció el botón junto a la puerta del ascensor, dejándolo bien ajustado.

Operaba de esta manera, un mecanismo secreto que hasta ahora no había utilizado nunca.

Hasta que aflojara el botón, el elevador no pasaría del piso treinta y nueve.

Tocó el timbre del piso. No respondió nadie. Sacando una llave peculiar la ajustó en una ranura entre los decorados de la puerta. Esta se abrió.

Al entrar en el piso tropezó con el cuerpo atado de Hassan. No mostró gran sorpresa ante el inesperado hallazgo. Del interior de su frac, sacó un cuchillo, con el cual cortó las correas que ataban al árabe.

Hassan se incorporó con timidez, como esperando un castigo. El médico aguardó un instante; luego señaló al teléfono.

Palermo se echó a reír. Señaló a su criado que le siguiera. Se dirigieron al entrepaño corredizo.

Al chasquear los dedos, apareció la abertura y los dos hombres subieron al cuarto oriental.

El médico observó al instante que la figura vestida de negro yacía boca abajo, con los brazos extendidos, sobre el suelo. La habitual sonrisa feroz comenzó a juguetear en los labios del médico.

Se convirtió en burlona cuando, volviéndose, contempló la imagen de Chong, que aún miraba con fijeza al cuerpo tendido en la alfombra.

El dueño habló en una lengua extraña. El ídolo recobró el movimiento.

Descendió de su asiento, desapareciendo por una abertura entre los tapices.

Palermo puso la mano en la pared, descorriéndose un entrepaño. Vióse entonces avanzar una pequeña grúa, llevando la imagen de bronce a lo largo del pedestal.

El ídolo metálico era un duplicado perfecto del espantoso enano que acababa de marcharse.

Palermo se quitó el abrigo y palmoteó las manos.

Apareció Hassan con la tónica roja que tenía un dragón dorado bordado primorosamente.

Palermo se dirigió entonces al trono, descubriendo al instante que alguien giró el mecanismo. Palmoteó las manos y el criado colocó el trono en su anterior posición.

Se sentó entonces en el sillón, empezando ahora a mostrar verdadero interés por la víctima de Chong. Contuvo su curiosidad respecto al hombre de negro.

La expresión de su rostro indicaba que estaba ante algo largo tiempo deseado.

Palmoteando las manos señaló a la capa negra con la figura debajo. El criado, recogiendo el cuerpo del hombre como si fuera una pluma, lo colocó en un sillón.

Luego bajó el cuello negro de la capa, para que su amo viera el rostro de La Sombra.

¡Quedaron reveladas las facciones de Harry Vincent!

Por el rostro de Palermo cruzó una expresión de sorpresa. Vio aquel rostro la noche anterior, en la casa del doctor Brockbank.

Harry abrió los ojos, mirando débilmente hacia Palermo. La presencia del hombre de la túnica le intrigaba.

El doctor observó su perplejidad, pero la atribuyó al recobrar tan de súbito el conocimiento. Habló con la solemnidad de un mandarín:

-¡De manera que la Sombra ha venido! Me extraña encontrar un hombre tan joven. Pero he oído decir que adopta diversos disfraces.

Harry intentó formular una frase pero la voz le falló.

El médico leyó el mensaje en los labios:

-¿Dónde está Burke? Es lo que deseaba saber, ¿no es verdad? Aquí está, esperándole. Le cogieron por sorpresa anoche, como a usted ahora. No obstante, debo felicitarle. Fue usted más cauto; evitó todas mis trampas, salvo una.

"Hace una semana, quizás habría usted triunfado en su misión. Pero recientemente pensé que mis lazos tenían un punto flaco. No tenía yo ningún medio de observar a la víctima que se introdujese en esta excelente guarida, una trampa con ojos y oídos así como también movimiento...

Se interrumpió de repente. Observó que Harry Vincent no comprendía todo el significado de sus palabras.

Comprendió que la víctima no tenía la menor idea de lo ocurrido. El pensamiento provocó una risita al médico.

-Podremos volver a este asunto más tarde-prosiguió, con indulgencia-. Por cl momento, consideramos a su agente Burke. Debo mencionar, si es que ya no lo ha adivinado que el doctor Brockbank y el doctor Palermo, son la misma persona. Cuando adopto la personalidad de Brockbank, obro con igual cautela que ahora.

"Aquí-agitó la mano-tengo muchos objetos curiosos, y muchos de ellos significan la destrucción para el hombre que comete la equivocación de manipularlos.

"El pequeño santuario del docto: Brockbank tiene escasas pretensiones pero es eficaz. Su alfombra cubre a una pantalla de alambre, que se carga de electricidad oprimiendo una palanca situada debajo del pupitre. El espacio junto a la mesa no ofrece peligro.

"Por consiguiente, mientras yo estaba junto al pupitre, Burke cayó víctima de la descarga recibida. Me lo llevé conmigo, a través de una puerta oculta, situada en la parte trasera del armario.

Harry Vincent, oía lleno de estupor estas declaraciones.

-La casa de Brockbank-sonrió Palermo-, se comunica, por la bodega, con un viejo almacén. De este almacén mandaron hoy un cajón, conteniendo al señor Burke, narcotizado. Está ahora en el laboratorio. Hassan lo traerá dentro de un momento.

"Debo añadir que usted estuvo anoche casi a mi merced. De haber sabido yo entonces que usted era La Sombra, quizá lo habría suprimido de una manera fulminante. Pero me imaginé que se trataba tan sólo de otro agente y que La Sombra llegaría más tarde. Cubrió usted muy bien su identidad. He retenido a Burke para atraerlo a usted aquí. Quizá le gustaría saber lo que me propongo hacer con él. Le interesará sobremanera puesto que su suerte será igual a la suya.

"He disecado muchos cuerpos, amigo Sombra. Su agente Burke, ha visto mi colección de cerebros, que incluye el de Horacio Chatham; pero raras veces dispongo de buenos sujetos para los efectos de la vivisección. A decir verdad, algunos de mis experimentos han debido aplazarse por esta causa. Esta noche podré trabajar tal como lo he deseado hace mucho tiempo. Burke será mi primer sujeto. Usted le seguirá ¡Hassan!

El árabe apareció.

Harry, desesperado, intentó incorporarse y al echar mano a sus pistolas, vio que se las habían quitado. El árabe le sujetó al instante.

Palermo descendió del trono chino y ayudado del criado colocó al prisionero en un sillón, atándole de pies y manos.

Hassan levantó una banda de hierro colocada en el respaldo del sillón y sujetó el cuello de Harry.

-Es una silla de tortura-explicó Palermo, con suavidad-. Le aconsejo que permanezca quieto. Sufrirá más si forcejea.

Arrimaron la silla a un rincón, quedando Harry de cara a la pared.

-Chong verá esto -murmuró Palermo.

La sonrisa maligna apareció en el rostro de Palermo, cuando levantando la tapa del bargueño sacó un frasco.

Lo aplicó a la nariz de Vincent, quien al instante perdió el conocimiento.

Palermo llamó y un momento después apareció Chong, el enano, quien al instante ocupó el lugar de la imagen de bronce que ocultó otra vez en la pared.

Cuando Harry Vincent abrió los ojos un instante después, no observó ningún cambio en el aposento.

Los tapices se movieron a un lado, descubrieron un ascensor que contenía una camilla con ruedas.

Clyde Burke yacía bajo la sábana blanca. Se le veía tan sólo el rostro pálido.

Hassan llevó la camilla al centro del aposento.

Clyde miraba suplicante a Harry, como si no reconociese el estado de impotencia de su compañero.

-Debo advertirle-declaró Palermo, dirigiéndose a Vincent-, que esto no es más que pura condescendencia de mi parte. Tengo la costumbre de practicar mis experimentos en mi laboratorio. Comenzaré aquí. No obstante, cuando le llegue el turno, Hassan y yo lo llevaremos a usted al laboratorio.

Mientras el árabe ajustaba una lámpara a la camilla de Burke, el doctor Palermo cruzó la habitación y cerró las puertas. Luego ayudó a Hassan a sacar un motor del ascensor. Después se puso una bata blanca. El aposento china se convirtió en una sala de operaciones.

Harry se estremeció.

-Debo advertirle otra cosa-dijo Palermo-. No nos molestará nadie aquí. Por consiguiente, si tienen algunos amigos, no confíe en su ayuda. Le dije a usted en una ocasión que ésta era mi fortaleza. No existe ni la más remota posibilidad de que entre alguien,

"Estas luces-señaló a un tablero de la pared-están dispuestas para avisarme sí ronda algún intruso. Estamos a cuarenta pisos de altura. Amigo Sombra, puede usted prepararse para el mismo fin que Burke sufrirá dentro de un instante.

Hassan trajo una caja con instrumentos.

El doctor Palermo parecía un cirujano con la bata blanca. Hizo unos preparativos metódicos y cuidadosos que estremecieron a Harry, quien no podía apartar los ojos, fascinado de horror.

El motor empezó a zumbar con ritmo continuo, que hacia más horrorosa la escena.

-Va usted a presenciar una operación delicadísima -anunció Palermo, en tono frío-. Una operación de la base del cráneo. Procederé poco a poco, para que pueda apreciar los detalles.

El ruido del motor era enloquecedor. El doctor Palermo estaba absorto en su trabajo infernal. Hassan lo observaba.

La imagen de Chong también presenciaba con interés la operación.

La mano derecha de Palermo empuñaba un bisturí largo y delgado.

Su mano izquierda volvió la cabeza de Clyde Burke, cual si fuera un objeto inanimado en lugar de una parte de un ser humano vivo.

Los ojos de Burke no se apartaban en demanda de súplica del rostro de Vincent. La punta del instrumento descansaba en el cuello del periodista.

El motor seguía girando, pero cosa inexplicable, no producía el menor ruido.

Palermo debió observarlo de repente, pues permaneció inmóvil en actitud expectante. Transcurrieron unos segundos.

Tranquilizado inclinó la cabeza para continuar. Unos instantes después se levantaba con una expresión de pasmo en sus facciones.

La puerta se abrió hacia el interior con gran estruendo.

De la noche surgió una figura alta, vestida de negro. Llevaba los brazos extendidos y los pliegues colgantes de la capa semejaban las alas de un murciélago enorme y monstruoso.

Unos ojos brillaban bajo cl ala ancha del sombrero. Eran ojos fulgurantes de rabia.

Como un ave colosal surgió del cielo negro, para descargar su venganza sobre el criminal que empuñaba un instrumento de muerte.

¡La sombra, rey de la oscuridad, llegaba a tiempo de paralizar la mano del asesino!

CAPÍTULO XX
EL GOLPE DE PALERMO

La increíble aparición de La Sombra, llenó de estupor a Palermo.

Creía tenerle en su poder, cuando Harry Vincent cayó en sus manos. Tomó toda clase de precauciones para asegurar el éxito de sus planes.

Este desenlace era por completo inesperado.

Por primera vez en su vida se encontraba ante una situación que le asustaba.

Su asombro, se reflejaba en el rostro de su criado, Hassan, el árabe.

Para Harry Vincent, la llegada de La Sombra era un milagro. La vida de Clyde Burke estaba salvada.

El hombre tendido en la mesa de operaciones, hallábase demasiado débil por los efectos de las drogas, par comprender lo que sucedía; pero una súbita luz brillando en sus ojos, mostró que comprendía que iba a ser libertado.

Tan sólo una persona conservaba la misma expresión. El enano Chong. El horrible monstruo seguía en su postura de estatua.

De esta manera la imagen falsa escapaba a la atención de La Sombra, quien concentraba toda su atención en Palermo.

La Sombra descendió sus brazos y sacando una pistola automática, encañonó a Palermo y a su criado.

Reacio, el doctor soltó el bisturí y levantó las manos por encima de su cabeza. Hassan le imitó al instante.

-Retroceda-ordenó La Sombra.

Avanzó, al tiempo que los dos hombres obedecieron.

Con la mano libre, La Sombra manipuló las barras que sujetaban a Harry Vincent. Parecieron romperse a su toque.

Tan sólo un segundo brilló una pequeña herramienta de acero en la mano, que rompió los grilletes.

Harry se levantó de la silla donde estuvo prisionero. Se dirigió en seguida al lado de Clyde Burle para cortar las correas con que estaba atado a la mesa de operaciones.

Utilizó el bisturí que Palermo soltó al entrar La Sombra.

Esta se había alejado de la abertura que daba a la azotea. Entonces Palermo tuvo la explicación de la asombrosa llegada de La Sombra.

En la azotea descansaba una máquina extraña: un helicóptero.

Descendiendo casi verticalmente, el aparato aterrizó sin ruido en la azotea.

Palermo trazaba un plan. La Sombra llegó: ahora tenía que marcharse llevándose a sus dos ayudantes.

El doctor había tomado una precaución especial. Cuando entró aquella noche, le siguió nada menos que Stanley Warwick.

El detective aguardaba en este momento en el vestíbulo del edificio, esperando un aviso de su jefe secreto.

El único pensamiento de Palermo, era evitar por el momento la venganza de La Sombra. ¡Si pudiese comunicar con Warwick, y tenía medios para hacerlo, quizá derrotara a La Sombra en el último momento!

Las acciones inmediatas de La Sombra decepcionaron profundamente a su prisionero.

El hombre vestido de negro señaló a Hassan que se sentara en la silla que retuvo prisionero a Harry Vincent. El árabe obedeció la orden.

Harry depositó a Clyde Burke en el trono chino de Palermo. Vio lo que La Sombra estaba haciendo y fue a ayudarle.

La Sombra no se ocupaba de Palermo, que estaba junto a la pared. Daba órdenes a Harry que las obedecía con celeridad. La orden final se relacionaba con Clyde Burke.

Harry ayudó al periodista a salir a la azotea. Entonces divisó Palermo que había un hombre junto al aparato. La Sombra no vino sola; trajo un piloto experto consigo.

Burke fue colocado en el autogiro. El piloto tomó su asiento y volvió al aparato con la ayuda de Harry que subió entonces a bordo.

El motor rugió cuando el aparato se puso en marcha. Al principio se arrimó a la parte superior del edificio y parecía correr peligro de un choque.

Luego se remontó de repente desapareciendo al instante de la vista.

Palermo lo observó todo asombrado. Sus víctimas escaparon de sus garras.

Quedaba tan sólo La Sombra, dispuesto a liquidar los crímenes del médico.

-Palermo-dijo la voz siniestra-, exijo dos cosas. Primero, una confesión de su doble crimen, de las muertes de Horacio Chatham y de Seth Wilkinson. Segundo, su propia vida.

Palermo intentó estudiar la situación.

Si La Sombra hubiese hablado de entregarlo a la justicia, las cosas podrían cambiar a su favor. Pero La Sombra previó esto.

Llegó resuelto a terminar la carrera de crímenes de Palermo, y a proteger a sus víctimas.

El doctor rehusó contestar hasta vez la imagen de Chong. Ello le inspiró.

Decidió engañar a La Sombra.

-Ha vencido usted-declaró-. Acepto sus condiciones. ¿Qué desea que haga?

-Escriba su confesión-ordenó La Sombra.

-No hay necesidad-replicó Palermo, con voz apagada-. Existen pruebas, más convincentes que cualquier declaración mía. Las encontrará en ese bargueño del rincón.

La franqueza de Palermo no desarmó a La Sombra. Pero le hizo vacilar. Si el prisionero no mentía, su confesión holgaba.

El doctor observaba atento a La Sombra; para comprobar la veracidad de sus palabras, debería examinar los documentos del bargueño.

Ésa era la última esperanza de Alberto Palermo.

La Sombra avanzaba hacia el mueble que ocultaba la muerte.

El médico reprimió una sonrisa. Si La Sombra giraba el pomo hacia la derecha-según su opinión, Vincent acertó por casualidad-sería su enemigo, no él, quien moriría.

La Sombra, inconsciente del peligro, se volvió de espaldas al inclinarse sobre el bargueño. Desde esa posición no apartaba los ojos de la imagen de Chong.

El hombre vestido de negro giró el pomo. No sucedió lo que esperaba Palermo. Giró el pomo hacia la izquierda y la puerta del mueble descubrió sus secretos.

El médico comprendió que su muerte se aplazaría hasta examinar los documentos.

Con las manos en alto todavía, Palermo empezó a moverse hacia la derecha, apartando los ojos de La Sombra de la imagen de bronce.

El hombre vestido de negro se enderezó de un salto. Ante la amenaza de la pistola, el médico se detuvo en seco, temblando al ver el dedo de La Sombra sobre el gatillo.

Satisfecho del efecto de su amenaza, La Sombra retrocedió hacia el bargueño.

El criminal no pudo ocultar una sonrisa. La Sombra estaba cayendo en la misma trampa que Harry Vincent. Dentro de un momento...

La Sombra se detuvo en el instante en que su mirada se apartaba de la imagen de bronce. El doctor se desplazó inconscientemente un poco a la derecha. Sin darse cuenta, el prisionero obedecía la orden de La Sombra.

Este volvió a enderezarse, encañonando a Palermo.

-Esta es mi última advertencia-exclamó en tono glacial-. No vacilaré en matarle si hace otro movimiento.

Palermo lamentó su error. No obstante, la ocasión volvería a presentarse dentro de unos cuantos segundos.

La suerte de La Sombra estaba virtualmente en las manos de Chong. Tan pronto como el hombre vestido de negro regresase junto al bargueño, su juego terminaría de una manera fulminante.

La Sombra miró sonriente a Palermo.

-Quizá-cuchicheó de una manera siniestra-, quizá se considera usted inmune a las balas. O bien pone en duda mi puntería. Permítame mostrarle, Palermo, lo que puede hacer una bala cuando toca un objeto; por ejemplo, un objeto de... bronce.

La pistola automática disparó cuando el dedo oprimió el gatillo.

La bala, en lugar de aplastarse en la masa de bronce, perforó la frente de un ser viviente. Jadeando, el horripilante enano cayó de bruces.

Instintivamente, el monstruo alargó sus delgados brazos cuando la muerte le fulminó, retorciéndose un instante en los estertores de la agonía.

El brazo de La Sombra descendió. La capa negra pareció oscilar como si su portador hubiese quedado estupefacto.

La Sombra, que jamás conoció la emoción de la sorpresa, quedó paralizado, momentáneamente, por la realidad.

Jamás sospechó que la monstruosidad de metal fuese un engendro humano.

En el asombro del momento, olvidó dónde estaba, por completo fascinado por la visión del monstruo a quien mató impensadamente.

Palermo aprovechó la oportunidad. Dando tres saltos prodigiosos, lanzóse sobre el desprevenido hombre de la oscuridad antes de que éste hubiese salido de su asombro.

El ataque rompió el encanto de la situación. El médico cogió el cañón del revólver. La Sombra asía aún la culata.

Forcejeando llegaron al centro de la habitación.

Palermo fue el primero en ceder; su repentina debilidad no dio ninguna ventaja a su adversario. Sólo se dejó llevar hacia el lado opuesto del cuarto.

La Sombra lo empujó contra un biombo, que cayó a un lado. Su adversario tropezó con una mesa.

La Sombra apretó el gatillo de la pistola, cuando se volvía hacia Palermo; éste detuvo el movimiento del cañón y la bala le rozó el cuerpo.

Retumbó otro disparo. El criminal escapó de nuevo.

-¡Socorro! - gritó.

Su contrincante comprendió en seguida el propósito de su enemigo.

Cuando Palermo chocó con la mesa tiró el teléfono que rodó al suelo con el receptor desenganchado.

Era una lucha contra el tiempo. A menos que La Sombra redujese con rapidez a su adversario, el auxilio llegaría pronto.

Atacando de repente, Palermo logró arrebatarle la pistola a su adversario, pero luego se le cayó de las manos.

La Sombra retrocedió mientras Hassan, prisionero en la silla de tortura, observaba rechinando los dientes.

La Sombra se bamboleó y cayó al suelo, pero se incorporó de nuevo, todavía agarrado a su contrincante, pero ahora tenía el brazo izquierdo inutilizado.

La Sombra se debilitaba por momentos y no hacía más que resistir. Palermo poseía la fuerza de un toro.

Con la fuerza de la desesperación el médico levantó en vilo a La Sombra y le condujo a la azotea.

Su adversario se zafó allí.

El médico sólo quería una cosa: levantar a La Sombra en vilo y llevarlo a la baranda de la azotea.

Llegaron al parapeto. La Sombra parecía más débil que antes. Palermo le empujó hacia la baranda. Su adversario se agarró desesperado a los postes.

Ahora estaba encima de la baranda, luchando todavía. De repente hizo un esfuerzo sobrehumano.

Palermo, apoyado en la balaustrada de piedra e intentando tirar abajo a La Sombra, se sintió arrastrado sobre el borde.

Abajo brillaban las luces diminutas de la calle. La Sombra estaba casi vencido; pero aquella visión de la calle despertó en Palermo el instinto de conservación.

Un movimiento en falso representaba la muerte, y aflojó la presa sobre su adversario al intentar conseguir una posición más segura.

Entonces el brazo derecho de La Sombra hendiendo el aire descargó con fuerza sobre el cuello de Palermo.

Fue el golpe que decidió el combate a muerte.

Las manos del criminal doctor soltaron la baranda. Se bamboleó un instante; luego La Sombra lo empujó.

Las manos de Palermo tocaron el borde de la azotea. No encontraron apoyo ni asidero allí. Y el super-criminal cayó de cabeza en el espacio.

Profirió un grito largo y agudo, de terror, que pareció perderse a lo lejos, mientras el abismo se lo tragaba.

La Sombra lo observaba agarrado débilmente del poste situado debajo del parapeto. Vio el cuerpo de Palermo disminuir de tamaño. Le vio voltear dos veces al aumentar la velocidad de la caída. De pronto el descenso se interrumpió de una manera súbita y fulminante. Desde aquel punto, a cuarenta pisos de altura, todo lo que quedaba de Alberto Palermo era una masa diminuta y repugnante de blancura sobre el asfaltado pavimento de la calle.

CAPÍTULO XXI
LA PARTIDA DE LA SOMBRA

Una figura vestida de negro penetró en el aposento chino. Hassan reconoció al momento el agotamiento físico del hombre bajo su capa destrozada.

Sabía que el grito lejano oído hacía unos momentos, anunció la muerte de su dueño.

La Sombra recogió la pistola. Contempló el cadáver repugnante de Chong.

Luego se acercó al árabe y lentamente le puso en libertad.

Hassan quedó libre al alejarse La Sombra. El árabe conocía demasiado bien la amenaza de aquella pistola. Permaneció silencioso, esperando órdenes.

Nadie le dijo nada. Entonces se dirigió a la azotea, y acercándose al parapeto, se asomó al borde, intentando ver al hombre que se estrelló.

Seguidamente con precisión deliberada, se encaramó a la baranda.

Sin titubear un instante, el fiel árabe saltó el parapeto, lanzándose al espacio para reunirse con su dueño.

De los labios de La Sombra brotó un leve suspiro. Fue al bargueño y vació las cajas de ébano, examinando con rapidez los documentos que contenía.

Palermo dijo la verdad. Existían allí suficientes pruebas para condenar al médico por muchos crímenes.

Terminado el examen, La Sombra se guardó los papeles. Se levantó vacilante y tropezó con el cadáver de Chong.

Buscando un sitio donde descansar se acercó bamboleándose al trono original. Se reclinó allí, indiferente a lo que pudiera suceder. Se sentía agotado.

Resonó el ruido de unos golpes sordos abajo, pero La Sombra no lo oyó. El martilleo distante cesó y sucedió un silencio de varios minutos.

Luego resonaron nuevos golpes, más cercanos, al pie de la escalera de caracol.

Un hacha golpeaba una puerta. Se oyeron pisadas subiendo los escalones; luego voces excitadas. La Sombra levantó de repente la cabeza. Desapareció su letargo. Estaba presto a entrar en acción en cuanto abandonara el trono.

Pero ya era demasiado tarde.

La figura vestida de negro se dejó caer en el asiento cuando el detective Stanley Warwick entró en el cuarto, seguido de otro agente.

Los recién llegados se detuvieron en seco al tropezar con la figura espantosa de Chong, contemplándola como si vieran alguna forma absurda descendida de otro planeta.

Warwick miró por encima del cadáver, viendo entonces a la figura vestida de negro sentada en el trono.

-¡La Sombra!

Lanzando un grito de triunfo, Warwick saltó hacia delante, seguido de su compañero.

Le respondió una carcajada burlona. Los dedos de La Sombra oprimieron los brazos del trono. Una columna de humo oscureció su figura.

De en medio de la nube brotó otra carcajada frenética y espeluznante, como la de un demonio saltando al infierno.

El detective retrocedió mientras el humo se disipaba. El trono estaba vacío; sin embargo la carcajada resonaba aún en la habitación.

El empleado del ascensor extraordinario se detuvo en el piso treinta y cuatro para tomar a un pasajero.

Entró un joven cantando, con una maleta en la mano. El juerguista llevaba un sombrero gris. Tenía un rostro simpático y parecía muy alegre.

El ascensorista rió mientras el pasajero bromeaba durante el descenso. Iba a acostarse temprano, declaró.

Aquella reunión era lo más aburrido que conoció en su vida. Vieron, por último, al joven cruzar bamboleándose, la puerta de la calle y subir a un taxi que esperaba.

El vehículo cruzó la calle con dificultad. Había una patrulla de la policía y también una ambulancia.

Un individuo cayó por una ventana, explicó el chofer. Pero el joven pasajero no se prestó a ningún comentario. Se apeó en Broadway y poco después pudo vérsele zigzagueando por una callejuela transversal.

Fue la última visión que se tuvo de él. Transitaba poca gente por la calle.

El único que pudo encontrar al joven fue un caballero alto, vestido de negro, cuyo rostro no era visible a causa de su sombrero de ala ancha.

Apareció en la callejuela poco después que el joven desapareciera.

Los periódicos daban la noticia de la trágica muerte del doctor Palermo. Se suponía que su criado árabe, Hassan, le arrojó de la azotea.

Sin dada, el criado se arrepintió de su acción y temió ser detenido, pues se suicidó poco después.

El verdadero misterio del caso era el hallazgo del cadáver de un enano chino. Stanley Warwick, el detective, sostenía la teoría de que el árabe se volvió loco de repente, y en un ataque de locura mató a su dueño. No se mencionaba a La Sombra. Warwick evitó hacerlo, con mucho tacto.

Su primer fracaso le dejó en ridículo. No veía la necesidad de mencionar la figura vaga divisada de una manera borrosa un momento antes de que se esfumara.

El detective cumplió su deber con Palermo; los secretos de sus negociaciones y conferencias desaparecieron con el doctor.

Demostró buen criterio. Pues el nombre de Palermo quedó envuelto en el deshonor unas semanas después de su muerte.

Aparecieron documentos probando que asesinó a Horacio Chatham y también a Seth Wilkinson. Su nombre estaba asociado con el supuesto suicidio de Lloyd Harriman.

Entre otros objetos descubiertos en las habitaciones del doctor, estaba el famoso zafiro purpurino que se suponía llevaba la desgracia a sus poseedores.

La mala suerte resultó verdad en cuanto a Lloyd Harriman. También se confirmó en el caso del doctor Palermo.

Nadie sabía cómo adquirió la joya de Harriman. Era posible que Horacio Chatham la guardase en su poder, durante un tiempo.

Ciertas acciones al portador pertenecientes a Roger Crowthers, el difunto millonario, se devolvieron a sus herederos.

Se demostró también de una manera concluyente que el doctor Palermo fue expulsado del colegio de un estado del Oeste. El hombre era un médico muy hábil, pero carecía de ética.

En toda esta serie de noticias, no se mencionó a La Sombra, ni tampoco a Harry Vincent, ni a Clyde Burke.

Ningún periodista descubrió que un autogiro aterrizó en la azotea del edificio de los departamentos Marimba.

Harry Vincent rió al respecto al ser que ningún periódico lo mencionada.

Clyde sonreía mientras recortaba las noticias interesantes, en su nueva oficina de la parte baja de la ciudad.

Un día, almorzando juntos, hablaron de ello.

-Es una historia maravillosa-declaró Clyde-. Sin embargo, nadie sabe nada al respecto, excepto nosotros...

Harry Vincent sonrió, Terminó la frase con estas palabras enigmáticas:

-¡La Sombra lo sabe!

FIN